

Este libro es la primera antología que se publica en castellano de los escritos políticos de Henry David Thoreau: incluye importantes textos inéditos, otros poco conocidos y, por supuesto, sus ensayos clásicos y fundamentales, todos ellos en una nueva y excelente traducción.

Siempre es un buen momento para leer a Thoreau, no lo duden. Pero los editores de este volumen creemos que el clima político y social que estamos viviendo invita encarecidamente a acercarse a este autor y su pensamiento político. En los últimos años, hemos visto cómo se alzan leyes que ilegalizan la desobediencia democrática y la resistencia pasiva, cómo el Estado se resiste con mayor ahínco a garantizar los derechos y libertades elementales del ciudadano, cómo los gobiernos siguen ignorando sus apremiantes responsabilidades en el ámbito ecológico… Todas éstas fueron, precisamente, las grandes inquietudes de Thoreau, las grandes preguntas que lanzó a su tiempo y al nuestro: ¿cuál es el fundamento y el límite de la obediencia de los ciudadanos con relación a la autoridad política?, ¿puede justificar la libertad el uso de la violencia?, ¿cuáles son nuestras verdaderas necesidades y quién debe garantizarlas?

En términos políticos, Thoreau fue sin duda un disidente e impregnó sus escritos con una fuerza tonificante que, aún hoy, anima nuestro propio espíritu de la resistencia y mantiene nuestra guardia en alto. A la manera de la famosa divisa de *Walden*, «simplifica, simplifica», la propuesta de Thoreau, que es una propuesta fundamentalmente política, es simple, en el mejor sentido de la palabra: nos sugiere rechazar las falsas bondades de la civilización (la riqueza, el poder, el industrialismo, el éxito, el intelectualismo) y acercarnos a los verdaderos dones de la naturaleza (la sencillez, la sobriedad, la belleza, la imaginación, la autonomía, la vida). Y la excepcionalidad de Thoreau reside en haber llevado a cabo esta propuesta no tanto por medio de un sistema filosófico como de una auténtica vida filosófica: pensaba aquello que vivía y vivía tal como pensaba.

errata naturae
www.erratanaturae.com

DESOBEDIENCIA HENRY DAVID THOREAU

DESOBEDIENCIA
ANTOLOGÍA DE ENSAYOS POLÍTICOS
HENRY DAVID THOREAU



errata naturae

Henry David Thoreau (Massachusetts, 1817-1862) fue agrimensor, naturalista, conferenciante y fabricante de lápices, además de ensayista y uno de los padres fundadores de la literatura norteamericana. Disidente nato, tan completamente convencido de la bondad de la naturaleza como para proclamar un «pensamiento salvaje», se le considera también un pionero de la ecología y de la ética ambientalista. Sin embargo, su auténtico empleo fue, según él mismo se ocupó de recordar, «inspector de ventiscas y diluvios». Su primer libro, *Musketaquid*, nace de un intenso viaje por los ríos Concord y Merrimack junto a su hermano John. Pero Thoreau quiso experimentar la vida en la naturaleza de forma plena y para ello, el 4 de julio de 1845, Día de la Independencia, se fue a vivir durante dos años a una cabaña en los bosques, donde redactó su obra más conocida, *Walden*, recientemente editada por Errata naturae. Años antes se había negado a pagar impuestos debido a su oposición a la guerra contra México y a la esclavitud en Estados Unidos, por lo que fue encarcelado. De este hecho nace su ensayo «Desobediencia civil», contenido en este libro y pionero en sus propuestas relativas a la insurrección frente al Estado. De este mismo autor Errata naturae publicó también *Cartas a un buscador de sí mismo*, una correspondencia lúcida y reveladora, íntima y filosófica, sobre los grandes temas de la existencia cotidiana y la vida salvaje, así como el bellísimo volumen *Un paseo invernal*.

DISEÑO DE CUBIERTA

David Sánchez (Madrid, 1977) ha realizado el diseño de varias colecciones de Errata naturae y es el ilustrador de buena parte de sus libros. Ha colaborado con publicaciones como *Rolling Stone*, *Cinemanía*, *Don*, *Vice*... En 2010 publicó el cómic *Tú me has matado* (Astiberri), por el que recibió el Premio al Autor Revelación del Salón Internacional del Cómic de Barcelona. Es también autor de los cómics *No cambies nunca* (Astiberri, 2012) y *La muerte en los ojos* (¡Caramba!, 2012) y coautor de *Con dos huevos* (Astiberri, 2014) y *Paul está muerto y otras leyendas urbanas del rock*, publicado con nuestro sello.

DESOBEDIENCIA

ANTOLOGÍA DE ENSAYOS POLÍTICOS

HENRY DAVID THOREAU

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE LAURA NARANJO GUTIÉRREZ,
CARMEN TORRES GARCÍA Y MARCOS NAVA GARCÍA

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3°, 310
28045 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-02-8
DEPÓSITO LEGAL: M- 29978-2015
CÓDIGO BIC: JP
DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez
MAQUETACIÓN: María O'Shea
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Índice

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Como todos los grandes filósofos, Ralph Waldo Emerson también dijo alguna tontería. Por ejemplo ésta, referida a Henry David Thoreau y escrita en el panegírico que publicó tres días después de la muerte de su discípulo: «No tuvo tentaciones contra las que luchar, ni apetitos, ni pasiones». Como si la tentación de vivir una vida a la espigada altura de sí mismo no fuera una pasión extrema, potencialmente demoledora, que mantuvo a Thoreau siempre en guardia y en tensión para no ceder a la posibilidad de vivir una vida ajena, impropia, una vida que otros se habrían ocupado de pensar, pautar y cercar.

¿Cómo debería vivir mi vida? Ésta fue la gran pregunta que Thoreau acechó, o por la que fue acechado, durante toda su existencia. Una pregunta que, en ocasiones, orillaba también la cuestión política que aborda este volumen. Aunque no de la manera en la que quizás a veces, por mera inercia, podríamos pensar. Al fin y al cabo, como el propio Thoreau admitía en una carta fechada en 1856, apenas unos años antes de su muerte, en general no hacía demasiado caso de la política. Pero ¿qué entendía Thoreau por «política» cuando afirmaba de este modo su desinterés? Seguramente se refería a los grandes titulares de los periódicos, moribundos a las pocas horas, cuya lectura no recomendaba a todos aquellos que apreciaran su tiempo y sospecharan algo sobre el valor irreemplazable de la existencia; o a los correteos y comparsas de Washington y a su avejentada interpretación de la democracia, aun siendo ésta allí tan escandalosamente joven;

o a las campañas, las promesas, los votos, los fraudes, las decepciones y las nuevas campañas, como la rueda destructora del dios Taranis. De hecho, Thoreau, como muchos de sus contemporáneos de mediados del siglo XIX en Estados Unidos, sentía una profunda desafección por esa política y sus políticos, seguramente como consecuencia de la rápida extensión de la corrupción en las novísimas instituciones gubernamentales y de las sucesivas e incumplidas promesas presidenciales, sobre todo por parte de Andrew Jackson, relativas a la devolución del poder a los ciudadanos. Un contexto que sin duda nos resulta familiar.

Quizás por todo ello, Thoreau se interesó por la política en la medida y en las ocasiones en que la realidad lo empujó, por así decirlo, a vivir políticamente y a abandonar los espacios naturales y salvajes en los que pasaba buena parte de su tiempo y en los que el Estado le resultaba invisible y su acción, desprovista de fuerza y alcance. Al fin y al cabo, Thoreau se encaró con lo político como con todo lo demás: haciendo un ejercicio de pensamiento que respondía de forma estricta a su propia experiencia, es decir, pensaba aquello que vivía y, al mismo tiempo, vivía tal como pensaba. En este sentido, Thoreau no fue un gran lector de la historia del pensamiento político y pocas son las referencias a esta tradición que aparecen en sus escritos. Su reflexión política se presenta así como un relámpago, como una iluminación súbita y discontinua, sin interés alguno en la sistematicidad o la coherencia, más allá de la coherencia consigo mismo y su propia vivencia. Y si hoy en día Thoreau es un clásico del pensamiento político y un referente inexcusable para los debates sobre la desobediencia civil o las relaciones entre el Estado y el individuo, sería sin duda para su propia sorpresa, después de publicar apenas un par de libros en su vida, y uno de ellos a su costa y endeudándose dolorosamente a causa de sus ínfimas ventas.

Así, en sus ensayos políticos Thoreau siempre habla de un modo u otro desde la primera persona, y las grandes preguntas

que atraviesan su reflexión (¿cuál es la responsabilidad individual en relación con la injusticia social?, ¿cuál es el fundamento y el límite de la obediencia de los ciudadanos en relación con la autoridad política?, ¿puede justificar la libertad el uso de la violencia?, ¿cuáles son nuestras verdaderas necesidades y quién debe garantizarlas?) derivan de forma directa y necesaria de su propia biografía. A este respecto, es interesante recordar que Cynthia, la madre de Thoreau, a la que éste adoraba, fue fundadora de la Sociedad Femenina Antiesclavista de Concord, y la casa familiar fue refugio en innumerables ocasiones de esclavos fugitivos con los que Thoreau convivió desde niño. Más tarde él mismo ayudó a muchos de ellos (por ejemplo, enseñándoles a orientarse de noche en los bosques gracias a las estrellas, de modo que pudieran alcanzar la frontera canadiense), y terminó escribiendo algunos de los textos más osados y de mayor alcance reivindicativo de cuantos reclamaron el fin de la esclavitud en Estados Unidos, tal como pueden leerse en el presente volumen.

El padre de Thoreau, por su parte, fue comerciante, siempre tras el negocio de su vida. Y el primer ensayo de cierta relevancia de su hijo, escrito a los veinte años y que abre este libro, fue «El espíritu comercial de los tiempos modernos»: una crítica mordaz y acerada de la economía de su tiempo y de los hombres que la amparaban desde las oficinas de sus empresas, sus fábricas y sus comercios a lo largo y ancho del país, obsesionados con las supuestas bondades del trabajo y con la búsqueda ilimitada de los beneficios. Poco después de escribir este texto, y a requerimiento de su padre, Thoreau trabajó en el nuevo negocio familiar, una fábrica de lápices. Una vez allí revolucionó el sistema de fabricación del grafito gracias a una serie de innovaciones de carácter experimental y creativo: desde entonces y durante décadas fueron los lápices de mayor calidad de Estados Unidos, sólo comparables a los Faber-Castell alemanes. Aunque Thoreau no disfrutó del «éxito», pues abandonó la fábrica en cuanto el nuevo

sistema estuvo en marcha y la exigencia paterna cumplida, deseoso de volver a estar a la altura de su propia vida, que poco tenía que ver con los réditos de la actividad industrial y las interminables jornadas en el taller alejado de la naturaleza. ¿Se vislumbran en esta secuencia familiar los orígenes de la intemperante reflexión de Thoreau contra el paternalismo del Estado y sus injerencias en la inalienable autonomía del individuo? Quién sabe.

Fiel en cualquier caso a la inextricable relación de su vida y su pensamiento, Thoreau trabajaba sus textos de manera absolutamente cotidiana, día a día y sin programa alguno, anotando ideas, sueños y citas en su diarios, que se convertían en un auténtico semillero del que brotaban después, a veces mucho después, todos sus ensayos. Y en el caso de aquellos de alcance político, es interesante reseñar que prácticamente todos ellos acabaron obteniendo forma como lecturas públicas en el Lyceum de Concord, es decir: que sólo fueron definitivamente escritos en la medida en la que iban a convertirse en un verdadero cara a cara con la sociedad a la que esos mismos textos juzgaban, y en muchos casos reprobaban y desenmascaraban. Sin ese impulso hacia la comunidad y la discusión, seguramente no habrían pasado de ser unas cuantas notas sueltas y privadas. Los de Thoreau son, por tanto, ensayos políticos en el sentido más radical del término.

Así, «Economía» fue leído ante sus conciudadanos de Concord en 1847, si bien el texto fue escrito a partir de las anotaciones y vivencias de Thoreau durante los dos años previos, que pasó en la famosa cabaña alzada junto a la laguna de Walden. Un año después leyó en esa misma tribuna del Lyceum «The Rights and Duties of the Individual in Relation to Government», que un año después sería publicado bajo el título de «Resistance to Civil Government», y finalmente reeditado, en 1866 y ya de forma póstuma, bajo el título por el que lo conocemos hoy, «Desobediencia civil». El texto parte del arresto sufrido por Thoreau

tras negarse a pagar un impuesto para financiar al Gobierno. Sus razones eran nítidas y contundentes: la guerra contra México librada por Estados Unidos era para Thoreau una guerra esclavista y no estaba dispuesto a apoyar con su dinero a un Estado que consentía la esclavitud de seres humanos. Lo cierto es que la esclavitud estaba prohibida en los estados del Norte, pero la Constitución no establecía nada con relación a los nuevos territorios o estados. De modo que, tal como auguraron Thoreau y muchos otros, cuando Estados Unidos ganó la guerra y se anexionó Texas, este territorio se convirtió en un nuevo e inmenso estado esclavista bajo el amparo del gobierno federal.

De la misma manera, «Una vida sin principios» fue leído en el Lyceum en 1854; «La esclavitud en Massachusetts» durante un mitin antiesclavista celebrado poco después en Framingham; «Defensa del capitán Brown» fue leído en diversos auditorios en 1859; y «Los últimos días de John Brown» fue escrito para ser leído durante el entierro de John Brown en 1860. Por tanto, como se puede ver, prácticamente todos los grandes textos políticos de Thoreau fueron en realidad declaraciones públicas, aperturas al debate y llamamientos deliberados a la conciencia política y al deber cívico de sus conciudadanos en relación con los grandes temas y discusiones de la época: la guerra, la barbarie, la esclavitud, la objeción de conciencia, la desobediencia civil, la naturaleza de la libertad, los límites de la autonomía individual o la legitimidad de la violencia.

A pesar de todo ello, a pesar de la vocación evidentemente comunitaria y práctica de su pensamiento y sus escritos, Thoreau ha sido acusado en innumerables ocasiones de «purismo individualista», de «no tener en cuenta la imbricación de las fuerzas sociales», de «mantenerse en un contexto abstracto». Es cierto que Thoreau primó la dimensión individual y moral del sujeto, así como la autoridad de la conciencia sobre la acción del individuo y frente a toda restricción institucional, pero no rescindió por

ello el contrato cívico que lo unía con la sociedad ni la aspiración a conformar sutiles alianzas insurgentes con aquellos con quienes compartía su tiempo. Ni siquiera cuando se retiró a la cabaña de la laguna pasó más de una semana sin acercarse a Concord, a apenas una milla y media de distancia, o sin recibir una visita. Es cierto que odiaba la mera idea de formar parte de cualquier colectivo con nombre o apartado de correos, pero consideraba la amistad, esa forma más elevada y sutil de asociación, un auténtico regalo de los dioses.

En términos políticos, Thoreau fue sin duda un disidente e impregnó sus escritos con una fuerza tonificante que, aún hoy, anima nuestro propio espíritu de la resistencia y sostiene nuestra guardia en alto, algo quizás más necesario que nunca en una sociedad dominada por el control blando pero ubicuo de cada opinión y cada deseo. A la manera de la famosa divisa de *Walden* —«simplifica, simplifica»—, la propuesta de Thoreau, incluida su propuesta política, es simple, en el mejor sentido de la palabra: nos sugiere rechazar las falsas bondades de la civilización (la riqueza, el poder, el industrialismo, el éxito, el intelectualismo) y acercarnos a los verdaderos dones de la naturaleza (la simplicidad, la sobriedad, la belleza, la imaginación, la vida). Y la excepcionalidad de Thoreau reside en haber llevado a cabo esta propuesta no tanto por medio de una obra como de una vida filosófica, en la que sus escritos ocupan el lugar de auténticas experiencias vitales.

EL ESPÍRITU COMERCIAL DE LOS TIEMPOS MODERNOS

Con razón se ha dicho que la historia del mundo es la historia del progreso de la humanidad; cada época se caracteriza por algún desarrollo peculiar, por algún elemento o principio que va evolucionando continuamente gracias a los trabajos y esfuerzos simultáneos, si bien inconscientes e involuntarios, de la mente humana. A través del estudio minucioso y de la observación, se ha descubierto que la principal característica de nuestra época es la libertad perfecta: la libertad de pensamiento y de acción. El griego indignado, el polaco oprimido y el americano celoso coinciden en esto. Tanto el escéptico como el creyente, tanto el hereje como el fiel hijo de la Iglesia han empezado a disfrutar de ella. Ha generado un grado inusual de energía y actividad: ha generado el *espíritu comercial*. El hombre piensa más rápido y más libremente que nunca. Además, se mueve más rápido y con mayor libertad. Es más inquieto, pues goza de una independencia de la que no había disfrutado jamás. Ya no le basta con el viento y las olas: debe vaciar las entrañas de la tierra para construir un camino de hierro en su superficie.

Si alguien examinara esta colmena nuestra desde un observatorio entre las estrellas, percibiría un insólito grado de agitación en los últimos años. En una celda habría martilleo y corte, horneado y fermentación, y, en otra, compraventa, cambio de divisas y declamación de discursos. ¿Qué impresión recibiría de una observación tan general e imparcial? ¿Le parecería que la humanidad está usando este mundo sin abusar de él? Sin duda, primero

se asombraría ante la profusa belleza de nuestro orbe; nunca se cansaría de admirar sus variadas regiones y estaciones, con sus cambios de librea. Y no podría evitar fijarse en ese animal inquieto para cuyo beneficio fue inventado, pero, allá donde encontrara a uno capaz de admirar con él su hermosa morada, hallaría a los noventa y nueve restantes rasguñando un poco de polvo dorado de su superficie.

Al considerar la influencia del espíritu comercial en el carácter moral de una nación, sólo hemos de fijarnos en el principio que la rige. Debemos buscar su origen y el poder que lo sigue manteniendo y sustentando, en un ciego y nada varonil amor por la riqueza. ¿Nos hemos preguntado en serio si la prevalencia de semejante espíritu puede ser perjudicial para una comunidad? Lo que está claro es que, dondequiera que exista, se convierte en el espíritu *regidor* y, como consecuencia natural, infunde en nuestros pensamientos y afectos un grado de su propio egoísmo: nos volvemos egoístas en nuestro patriotismo, en nuestras relaciones domésticas y en nuestra religión.

Que los hombres, fieles a su naturaleza, cultiven los afectos morales, que lleven vidas viriles e independientes, que hagan de las fortunas los medios y no los fines de su existencia, y así no volveremos a oír hablar del espíritu comercial. El mar no se estancará, la tierra seguirá siendo tan verde como siempre y el aire será igual de puro. Este mundo curioso en el que habitamos es más maravilloso que conveniente, más bello que útil y, por tanto, existe más para ser admirado y disfrutado que utilizado. Debería alterarse de algún modo el orden de las cosas: el séptimo día debería ser el día de trabajo de los hombres, el día en que se ganasen la vida con el sudor de su frente, y los otros seis días, el domingo de los afectos y del alma, en los que arreglar su extenso jardín y beber de las suaves influencias y sublimes revelaciones de la Naturaleza.

Pero hasta el mayor esclavo de la avaricia, el más ferviente y egoísta adorador del becerro de oro, trabaja sin descanso por

otros propósitos que la mera adquisición de las cosas buenas de este mundo: se está preparando, gradual e inconscientemente quizás, para vivir una vida más intelectual y espiritual. Aunque quiera, y por muy degradada y sensual que sea su experiencia, el hombre no puede escapar a la Verdad. Sobre el estruendo y el bullicio del comercio, la Verdad se hace oír por el comerciante en su mesa o por el avaro que cuenta sus ganancias, así como en el retiro del estudio, por su humilde y paciente seguidor.

Sin embargo, en este asunto no todo son sombras, también hay luces: el espíritu que estamos considerando no es malo siempre y sin excepción. De hecho, nos alegramos de que sea un indicio más de la libertad completa y universal que caracteriza la época en la que vivimos, un indicio de que la especie humana está dando un paso más en esa infinita serie de progresos que le aguarda. Nos alegramos de que la historia de nuestra época no vaya a constituir un capítulo estéril en los anales del mundo, de que el progreso que registre sea, casi con total seguridad, general y rotundo. Nos regodeamos en esos mismos excesos que son fuente de ansiedad para el bueno y el sabio como prueba de que el hombre no siempre será esclavo de lo material, sino que, dentro de poco, al desechar esos deseos terrenales que lo identifican con las bestias, pasará los días de su estancia en este su paraíso inferior como correspondería al mismísimo Señor de la Creación.

LA BARBARIE DE LOS ESTADOS CIVILIZADOS

La justicia de la reivindicación de una nación para que se la considere civilizada parece depender, principalmente, del grado en que el Arte ha triunfado sobre la Naturaleza. La cultura, implícita en el término «Civilización», es la influencia que el Arte, y no la Naturaleza, ejerce en el hombre. Éste mezcla su propia voluntad con las esencias inalteradas que lo rodean y se convierte, a su vez, en la criatura de sus propias creaciones.

El fin de la vida es la educación. Una educación es buena o mala según la disposición o estado mental que induce. Si tiende a abrazar y desarrollar el sentimiento espiritual, a recordarle continuamente al hombre su misteriosa relación con lo divino y la Naturaleza y a exaltarlo por encima del trabajo duro y penoso de este mundo prosaico, es bueno. Creo que la civilización no sólo no cumple esta premisa, sino que es directamente contraria a ella. El hombre civilizado es el esclavo de la materia. El arte pavimenta la tierra, no sea que se manche las suelas de los zapatos; construye paredes, de modo que no ve el cielo; año sí, año no, el sol sale en vano para él, la lluvia cae y el viento sopla, pero no le llegan. Desde su tipi de ladrillo y mortero, alaba a su Creador por el agradable calor de un sol que nunca ve o por la fertilidad de una tierra que pisa con desprecio. ¿Quién dice que esto no es una pantomima?

Basta ya de las influencias del Arte.

Nuestros toscos antepasados tenían visiones abiertas y amplias de las cosas, rara vez estrechas o parciales. Se entregaban

por completo a la Naturaleza: contemplarla era parte de su alimento diario. Ella era formidable, como sus ideas. No se puede convencer al habitante de una montaña de que utilice un microscopio; está acostumbrado a abarcar imperios de un solo vistazo. La naturaleza está continuamente ejerciendo una influencia moral sobre el hombre, se acomoda a su alma, de ahí que las ideas de este último sean tan gigantescas como sus montañas. Podemos ver un ejemplo de esto si desviamos la mirada hacia los baluartes de la libertad: Escocia, Suiza y Gales.

¿Puede el Arte idear algo más formidable que los Alpes? ¿Hay algo más sublime que el trueno entre las montañas?

El salvaje es amplio de miras; su mirada, como la del poeta:

> Va alternativamente de los cielos a la tierra y de la tierra a los cielos[1].

Se adentra así en el futuro y deambula con tanta familiaridad por la tierra de los espíritus como el hombre *civilizado* por su parcela arbolada o por sus jardines de esparcimiento. Su vida es poesía hecha realidad, una epopeya perfecta: la tierra entera es su terreno de caza, vive veranos e inviernos, el sol es su reloj y él se dirige hacia su salida o su puesta, hacia la morada del invierno o hacia la tierra de donde procede el verano. Nunca se detiene a escuchar el trueno, pero éste le recuerda al Gran Espíritu: es su voz. Para él, la centella no es tan terrible como sublime, el arcoíris no es tan bello como maravilloso, el sol no es tan cálido como glorioso.

El salvaje muere y es enterrado, duerme con sus ancestros y en pocos inviernos su polvo vuelve al polvo y su cuerpo se mezcla con los elementos. El hombre civilizado no puede dormir

[1] Cita de William Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*, acto V, escena 1. (Todas las notas de esta edición, salvo que se indique lo contrario, son de sus traductores).

ni en su tumba. Ni siquiera allí tienen descanso los agotados ni el malvado deja de perturbar. Con el martilleo de la piedra y el chirriar de los pernos, los propios gusanos se sienten casi engañados. El Arte erige su monumento, el conocimiento contribuye a su epitafio y el interés añade el *Carey fecit* como freno conveniente a las emociones sobrenaturales que, de otra manera, una lectura atenta sugeriría.

Una nación puede ser tremendamente civilizada y, aun así, adolecer de falta de sabiduría. La sabiduría es el resultado de la educación, y la educación, al ser el producto, o el desarrollo, de lo que hay dentro de un hombre, por contacto con el No Yo, está más segura en manos de la Naturaleza que del Arte.

El salvaje puede llegar a ser sabio, y suele serlo. Nuestro indio es más hombre que el habitante de una ciudad. Él vive como un hombre, piensa como un hombre y muere como un hombre. El ciudadano, por su parte, está más instruido, pero la Instrucción es la criatura del Arte y no resulta esencial para el hombre perfecto: la Instrucción no provee Educación alguna. Un hombre puede dedicar sus días al estudio de una única especie de animálculo, invisible a simple vista, y así convertirse en el fundador de una nueva rama de la ciencia, sin haber aportado nada al propósito fundamental por el que le fue concedida la vida.

El naturalista, el químico o el físico no es más hombre por todo el conocimiento que alberga. La vida sigue siendo tan corta como siempre, la muerte igual de inevitable y los cielos igual de lejanos.

¿QUÉ PERSIGUEN LOS HOMBRES?

Todo hombre se encuentra, en mayor o menor medida, sometido al influjo de alguna pasión que lo domina y, de manera casi invariable, siente debilidad por alguna empresa. Esta debilidad, este objeto de deseo y fin de todos sus esfuerzos, ejerce una poderosa influencia sobre sus semejantes al determinar su carácter; así que muchos, cuando se saben poseedores de este conocimiento aparentemente pequeño, creen desentrañar nuestras ideas y sentimientos más íntimos. Cuando oímos decir de un hombre que el dinero es el ídolo que venera y que ha entregado su alma a la persecución de la riqueza, nos imaginamos a alguien en continua lucha por alcanzar algo que está destinado a no conseguir jamás y que no disfruta de la vida tal cual se le ofrece, sino que vive en permanente estado de expectación. En resumen: alguien que ha recreado en su mente un Elíseo imaginario, hacia el que ningún paso adelante le lleva más cerca. En otras palabras: imaginamos a alguien que nunca está satisfecho con la riqueza que ya amasa, sino que espera encontrar al llegar a cierta cima todo lo que desea y al alcance de la mano. Pero, ¡ay!, cuando corona un pico, sólo consigue ver con mayor claridad la inmensa altitud del que le sigue a continuación. Que todo el mundo se avergüence de reconocer esta búsqueda en cuestión como propia es ya un signo más que suficiente para demostrar su vileza.

Los aristócratas dirán lo que quieran, pero la libertad y la igualdad de derechos son y siempre serán gratificantes, hasta que la propia naturaleza cambie; y consideraremos que quien

ambiciona ejercer autoridad sobre sus semejantes ha actuado movido por motivos especialmente egoístas. La autogratificación debe ser su único objetivo. Tal vez desee que su nombre pase a la posteridad, que en años venideros digan algo más sobre su persona aparte de que vivió y murió. Puede que lo muevan motivos aún más abyectos, que se deleite en el mero disfrute del poder y sienta una suerte de satisfacción ante la idea de ordenar y ser obedecido. Resulta evidente entonces que él —que así alcanza al fin el culmen de sus deseos— será una maldición para la humanidad. Sus hazañas siempre serán recordadas, pero ¿es eso grandeza? Si es así, prefiero pasar por la vida sin pena ni gloria.

> Pero admite que aquéllos pueden conquistar; que éstos pueden engañar;
> Es absurdo llamar grande a un villano[1].

Pequeño, muy pequeño es el número de quienes trabajan por el bien común. Parece haber algo noble, algo elevado en abandonar el interés propio en beneficio del de nuestros semejantes, lo que provoca en nosotros sentimientos de admiración y respeto. Quien actúa así es un verdadero patriota, que, al dejar de lado todo pensamiento egoísta y sin que sus benévolas intenciones se vean contaminadas por el pensamiento de la fama que está adquiriendo, continúa con la gran labor que ha asumido con infatigable celo; que es como quien se abre camino a través de un jardín rebosante de frutas de toda clase sin desviarse ni detenerse a contemplar las zarzas que le impiden progresar, sino que avanza con los ojos puestos en la fruta dorada que tiene ante él. Es digno de todo elogio: la suya es sin duda una verdadera grandeza. Está satisfecho consigo mismo y con todo cuanto le

[1] Versos pertenecientes al *Ensayo sobre el hombre* de Alexander Pope (1688-1744), epístola IV: «Sobre la naturaleza y estado del hombre con respecto a la felicidad».

rodea y no le perturban *sus* cargos de conciencia, cuyo recuerdo mora con el tormento que deja, aunque

> Una sola hora de trabajo gratificante pesa más que años enteros
> De estúpidos mirones y sonoros vítores[2].

[2] Ídem.

El fin de todo castigo es el bienestar del Estado —el bien de la comunidad en general—, no el sufrimiento de un individuo. Al legislador no le importa lo que un hombre merece, por no hablar de la imposibilidad de fijar dicho punto; sería absurdo aprobar leyes contra la prodigalidad, la falta de caridad y muchos otros defectos de semejante naturaleza, como si fuera posible forzar a un hombre para que lleve una vida virtuosa. Dejaremos esto a un tribunal más alto. Hasta ahora, en lo que respecta únicamente al interés público, el castigo es justificable: si traspasamos cierto límite, nuestra propia conducta se convierte en delictiva. Observemos en primer lugar las consecuencias de la severidad.

¿El rigor del castigo incrementa el temor que opera en nuestra mente para disuadirnos del acto? Definitivamente lo hace si es inevitable. Pero allá donde la muerte es un castigo general, aunque parezca que la severidad trae aparejada cierta ventaja, la incertidumbre que acompaña la ejecución de la ley la contrarrestará con creces. Resulta que en Inglaterra, por ejemplo, donde en los tiempos de Blackstone[1] ciento sesenta delitos se

[1] Sir William Blackstone (1723-1780) fue un jurista británico famoso por publicar, bajo el título de *Comentarios sobre las leyes de Inglaterra*, las lecciones que había impartido en Oxford. Sus escritos tuvieron una influencia decisiva en el desarrollo de la Constitución de los Estados Unidos de América. La «fórmula de Blackstone» o «ratio de Blackstone», que, en derecho penal, indica el principio que establece que «es mejor que diez personas culpables escapen a que un inocente sufra», vinculada al principio de inocencia, fue nombrada así en su honor.

consideraban capitales, entre los años 1805 y 1817, de los seiscientos cincuenta y cinco que fueron acusados de robo —ciento trece de los cuales estaban condenados a la pena capital—, ninguno fue ejecutado. Con todo, no podemos condenar la actuación del jurado, la culpable era la ley. Por otro lado, de haber sido segura la muerte, la ley habría existido muy poco tiempo. Los sentimientos de justicia natural y la opinión pública habrían convergido para abolirla. De hecho, allá donde esos delitos considerados capitales conforman una clase numerosa y los ladronzuelos y las falsificaciones de poca monta se elevan a la misma categoría que el asesinato, el allanamiento de morada y otras cosas semejantes, la ley parece frustrar sus propios fines. La parte afectada, movida tal vez por la compasión, se abstiene de interponer una acción judicial y así se permite que numerosos fraudes escapen impunes por falta de un castigo proporcional a la infracción. El jurado, movido igualmente por los mismos motivos, procede como le marcan sus sentimientos. Mientras un delito sea más atroz y denigrante que otro, resulta absolutamente necesario que se establezca una correspondiente distinción al sancionarlos. De lo contrario, si el castigo es el mismo, los hombres llegarán a considerar la culpa igual en cada caso.

Ya basta de que el mal que espera condena rebase la ventaja anhelada. Yo digo que es suficiente con que las consecuencias se cumplan y el beneficio anhelado no se obtenga. Pues esa esperanza de escapar del castigo, una esperanza que nunca abandona al canalla mientras le quede un soplo de vida, es la que lo vuelve ciego a las consecuencias y le permite mirar a los ojos a la desesperación. Quitémosle esta esperanza y descubriremos que la certeza es más efectiva que la severidad del castigo. Ningún hombre se cortará los dedos adrede. Los malhechores suelen pasar de un delito a otro aún más atroz por el propio defecto de la ley, pues el castigo no es mayor, pero la certeza de no ser descubierto aumenta en demasía. En este caso, actúan siguiendo el viejo dicho

de que «preso por mil, preso por mil y quinientos». Algunos han preguntado: «¿No se puede sustituir la recompensa por un castigo? ¿Es la esperanza un incentivo menos poderoso para la acción que el miedo? Cuando la farmacopea política se hace con ambos ingredientes, ¿por qué emplear el amargo en lugar del dulce?». Este razonamiento es absurdo. ¿Merece un hombre que se le recompense por abstenerse de cometer un asesinato? ¿Es la mayor virtud meramente negativa o más bien consiste en el cumplimiento de un millar de deberes rutinarios, escondidos a los ojos del mundo? ¿Sería una buena política hacer de la virtud más elevada objeto de recompensa? Me pregunto si el perdón no tendrá un efecto más beneficioso que una ejecución pública sobre las mentes de aquellos a quienes no les afecta de manera inmediata, ya sean hombres honrados o depravados.

Si aceptamos en cualquier caso que el bienestar de la sociedad exige cierto grado de severidad, es fundamental que este grado guarde proporción con el delito. Si se pierde de vista esta correlación, el castigo se vuelve injusto así como inútil. Al igual que tampoco debemos actuar según el principio de que el delito debe evitarse a toda costa, cueste lo que cueste, lo que nos llevaría, obviamente, por mal camino.

Mantengo que el Gobierno debería proporcionar educación a todos los niños, incluso a aquellos cuyos padres se niegan a hacerlo, y que por lo tanto se crían, o más bien crecen, en la ignorancia.

En primer lugar, el bienestar del individuo y, en segundo lugar, el de la comunidad, lo exigen. Educar a los hijos constituye el mismo deber para un padre que proporcionarle alimento y abrigo. Y, ¿de qué depende este último deber? ¿Por qué se ha de alimentar y vestir a un niño sino para permitirle que reciba una educación y haga buen uso de ella? Una educación para cuya propia obtención no está mejor capacitado que para suplir sus necesidades físicas. De hecho, el cultivo de estas necesidades físicas sólo es importante en la medida en que esté al servicio del cultivo del hombre como ser intelectual. Eso nadie lo discute. De amenazar la pobreza o la negligencia con privar al niño de su derecho —un derecho más preciado y más digno de atesorarse y defender que ninguno de los que éste pueda disfrutar—, en ese caso, me parece que es el deber de ese vecino cuyas circunstancias se lo permiten ponerse de parte del niño y desempeñar el papel de un padre. El deber en este caso asciende a obligación moral y es tan legítimo como el deber de conservar la vida del infante cuyos desalmados padres permitirían que se muriera de hambre en una cuneta. ¿Qué provecho obtendría un hombre que tiene suficiente para comer y beber y los medios para vestirse si perdiera su propia alma[1]?

[1] Referencia a Marcos 8, 36: «Porque ¿qué aprovechará el hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?». Esta frase aparece también en Mateo 16, 26.

Ante la pasividad del Estado, y en la medida en la que estos vecinos puedan aúnar esfuerzos y aliviar de manera más efectiva al desafortunado mediante una comunidad de buenos oficios, es su deber o, en otras palabras, el deber de la comunidad, hacerlo, de modo que redunde en el bienestar del niño.

Por otro lado, que semejante proceder sea coherente con el bien supremo de la comunidad —es más, que sea esencial al mismo—, difícilmente deja margen a la duda. No acometeré, obviamente, la demostración de que la comunidad debería hacer todo lo posible por su propio bien; esto es por completo innecesario, pues, definitivamente, el bienestar de la posteridad debe someterse a consulta.

WENDELL PHILLIPS[1] ANTE EL LYCEUM DE CONCORD

Concord, Massachusetts,
12 de marzo de 1845

Señor director:

Por tercer invierno consecutivo, nuestros espíritus se han visto renovados y nuestra fe en el destino de Massachusetts fortalecido por la presencia y la elocuencia de Wendell Phillips, a quien brindamos todo nuestro agradecimiento y nuestra simpatía. Una parte respetable de nuestros conciudadanos se mostró reticente a admitir a este caballero en el Lyceum, conciudadanos que, confiamos, como estamos seguros de que al menos harán sus descendientes, sabrán mantener la compostura en todo momento cada vez que éste sea el orden del día. En todo caso, la gente votó que se le oiría y que ellos mismos acudirían al salón de actos, traerían a sus amigos consigo y guardarían silencio para que, efectivamente, se le pudiera oír. Fuimos testigos de cómo algunos, tanto hombres como mujeres, que hacía mucho tiempo que habían *salido* de entre estas filas[2], volvían a franquear

[1] Wendell Phillips (1811-1844), abogado, político y reformador social, fue un firme defensor de la causa del abolicionismo y de los indígenas norteamericanos. Miembro de la Sociedad Antiesclavista Estadounidense, fue su presidente desde 1865 y estuvo considerado el mejor orador de la Sociedad. Antes de esta fecha, ya había hablado en el Lyceum de Concord en dos ocasiones: el 21 de diciembre de 1842 y el 18 de enero de 1844. Su tercera intervención, el 11 de marzo de 1845, es la que recoge Thoreau en el texto que nos ocupa.

[2] Thoreau se refiere aquí a los *come-outers*, epíteto acuñado en la década de 1830 para designar a los abolicionistas que se salían de las organizaciones establecidas, como la Iglesia o el

las libres y hospitalarias puertas del Lyceum y un gran número de nuestros vecinos confesó que esta vez habían disfrutado de una «ocasión honorable».

La intención del orador fue mostrar lo que el Estado y, sobre todo, la Iglesia, tenían que ver —y lo que, por desgracia, siguen teniendo que ver— con Texas y la esclavitud y, por otra parte, lo mucho que el individuo debería tener que ver con la Iglesia y el Estado. Ambos, temas oportunos y de suprema importancia. Sus palabras iban dirigidas a «un auditorio favorable y no poco numeroso»[3].

Debemos reconocer que el señor Phillips es un hombre puro y recto, lo que una vez llegó a considerarse un hombre consecuente. Es obvio que él no es responsable de la esclavitud, ni de la independencia americana, ni de la hipocresía y la superstición de la Iglesia, ni de la pusilanimidad y el egoísmo del Estado, ni de la indiferencia y la servil ignorancia de algunos. Se erige con tanta claridad, firmeza y eficacia por sí solo —y un hombre honesto es mucho mejor que un ejército— que no podemos sino sentir que está siendo injusto consigo mismo cuando nos recuerda la «sociedad americana a la que representa»[4]. No es frecuente que gocemos del placer de escuchar a un orador tan claro y ortodoxo, cuya naturaleza moral, salta a la vista, está prácticamente exenta de fisuras y grietas; un orador que, aunque domine las palabras en grado sumo, posee mucho más que palabras, si acaso éstas fracasaran, en su incuestionable franqueza e integridad, y que se ha ganado el legítimo respeto del público, más allá de la

Gobierno, para protestar contra la falta de una oposición firme que hiciera frente a la esclavitud. El término procede de la segunda carta a los corintios, 6, 17: «Por tanto, salid de entre ellos y apartaos, dice el Señor. No toquéis cosa impura y yo os acogeré».

[3] Alusión a *El paraíso perdido* de Milton, VII, 31: «Urania, and fit audience find, though few» [Urania, dame un auditorio propicio, aunque escaso en número].

[4] Es probable que Phillips utilizara una frase parecida a la que había empleado ante la Sociedad Antiesclavista Estadounidense en Nueva York el 7 de mayo de 1844, cuando se refirió a «nosotros, los representantes oficiales de la sociedad americana».

admiración que a éste pueda despertarle su retórica. De manera inconsciente, va desvelándonos su biografía conforme habla y no tardamos en verlo deliberar con tesón sobre estos temas y, sabia y valientemente, sin consejo ni consentimiento de nadie, apuntalarse sobre un buen fundamento, del que las volubles corrientes de la opinión pública no lograrán arrastrarlo.

Nadie podría poner en entredicho la genuina modestia y la verdad con las que afirmó, refiriéndose a los artífices de la Constitución: «Yo soy más inteligente que ellos», pues con él ha mejorado la experiencia de estos sesenta años que la carta lleva en vigor; ni tampoco la intransigente coherencia y franqueza de aquella plegaria que concluía, no con un «Dios salve a la Commonwealth de Massachusetts»[5], como las proclamas de Acción de Gracias, sino con el deseo de que Dios la haga añicos hasta que no quede un solo fragmento[6] en el que un hombre plante el pie sin atreverse a revelar su verdadero nombre —refiriéndose al caso de Frederick * * *[7]—, a quien, para nuestra desgracia, ni siquiera sabemos cómo llamar, a menos que Escocia nos preste los despojos de alguno de sus famosos Douglass, histórico o ficticio, durante una temporada, hasta que seamos lo bastante hospitalarios y valientes para atrevernos a oír su verdadero nombre sin escandalizarnos: el de un esclavo fugitivo, en mayor grado que nosotros, que ha demostrado poseer un intelecto *justo* y se ha labrado una reputación sin distinción de colores por estos lares

[5] Frase extraída de la «Proclamation for a Public Day of Thanksgiving» de John Hancock (1737-1793), publicada el 5 de octubre de 1791.

[6] Reminiscencia de la frase: «No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada», que aparece, con variantes, en los cuatro Evangelios.

[7] Frederick Douglass (1818-1895) fue un abolicionista, orador y escritor afroamericano, uno de los más importantes de su época y de toda la historia de Estados Unidos. Esclavo de nacimiento, su verdadero nombre era Frederick Augustus Washington Bailey, que cambió por el de Frederick Douglass cuando estuvo viviendo en New Bedford de 1838 a 1841. En el año 1845 se publicó su autobiografía: *The Narrative of the Life of Frederick Douglass, An American Slave, Written by Himself.*

y que, confiamos, estará tan por encima de la degradación que suscita la simpatía por la Libertad como de la que suscita la antipatía por la Esclavitud. Cuando el otro día —continuó el señor Phillips— este hombre le comunicó al público de New Bedford su propósito de poner por escrito su vida y revelar su verdadero nombre, así como el nombre de su amo y el del lugar de donde huyó, un murmullo se propagó por toda la sala y los hijos de los Peregrinos se susurraron nerviosos unos a otros: «¡Más le vale no hacerlo!», y su eco retumbó bajo la sombra del Monumento de Concord[8]: «¡Más le vale no hacerlo!».

De buena gana expresamos nuestro reconocimiento a la libertad y a la firme sabiduría, tan escasas entre los reformadores, con las que Phillips declaró que no había nacido para abolir la esclavitud, sino para hacer el bien. Hemos oído a pocos, poquísimos buenos oradores políticos que supieran deleitarnos con ingenio y grandes facultades intelectuales, con el tesón del soldado y con una oratoria elegante y natural, pero al público no le cuesta detectar en este hombre una especie de principio moral y una integridad más firmes que el tesón de esos oradores, más juiciosos que su propio intelecto y más elegantes que su propia retórica y que no están al servicio de fines provisionales ni triviales. Es tan raro y alentador al mismo tiempo escuchar a un orador que prefiere cualquier otra alianza a la del partido de la gente y que no comulga con la escuela de los mártires, que se permite a veces ser su propio oyente si la multitud se aleja de él y que no duda en oírse a sí mismo sin reprobaciones, que corremos el riesgo de deshonrar a toda la humanidad cuando afirmamos que hemos encontrado a uno que es orador elocuente y hombre de bien a la vez.

Quizá la conclusión más interesante que podamos sacar de sus discursos sea la disposición de la gente en general, o de cualquier

[8] Monumento realizado en 1837 para conmemorar el sitio de la batalla del 19 de abril de 1775, en la que quinientos milicianos repelieron con éxito a los británicos en Concord.

secta o grupo en particular, para acoger, con buena voluntad y hospitalidad, las opiniones más revolucionarias y heréticas cuando éstas se expresan francamente, de manera adecuada y con cierta animosidad. Esta declaración de intenciones tan clara y sincera sirvió como un electuario para estimular y aclarar la mente de cada uno de los presentes y armarla con un nuevo argumento en favor de ese bien que Phillips persigue.

Consideramos que el señor Phillips es uno de los más destacados y eficientes defensores de una verdadera Iglesia y de un auténtico Estado en la actualidad y por eso le decimos, a él y a los que son como él: «¡Que Dios os acompañe!». Si entre las filas de sus adversarios conocen ustedes a algún paladín que ostente el valor y la cortesía de un caballero pagano, o las virtudes cristianas y el refinamiento de este caballero, nos harán un favor enviándolo a estos campos de inmediato, donde la liza está abierta y será recibido hospitalariamente. Pues, hasta ahora, el caballero de la cruz roja[9] sólo nos ha enseñado el emblema galante de su escudo y su admirable manejo del corcel cuando corcovea y hace cabriolas en la liza vacía, y estamos ansiosos por ver quién cae primero al suelo cuando llegue la hora de romper la lanza.

[9] Alusión al Caballero de la Cruz Roja de la obra *La reina de las hadas*, de Edmund Spenser (1552-1599).

Los reformadores son, sin duda, los verdaderos ancestros de la próxima generación; los conservadores pertenecen a una familia en decadencia y no han aprendido que «aquel que quiera salvar su vida, la perderá»[1]. Ambos están enfermos, pero ya uno de ellos se halla convaleciente. Su enfermedad no es orgánica, pero sí grave, y ansía con esperanza que llegue la primavera. No padece ningún trastorno incurable, ni la peste ni la tisis; sus males son la tradición, la conformidad y la infidelidad. Sin embargo, el otro aún recibe con paciencia los brebajes del matasanos y se espera que empeore. Las cabezas de los conservadores parecen endebles y deficientes y hacen gala de una cierta inmadurez y sinuosidad, como si se las hubiera expuesto prematuramente por uno o ambos lados o sus componentes se hubieran arracimado a la fuerza, como cuando se forman varias nueces bajo la misma corteza. Parece increíble que semejante cabeza luzca un único sombrero. La gente como ésa tiende a congregarse para protegerse mutuamente. Dicen «nosotros» y «nuestro» como si nunca se les hubiera concedido una existencia individual. «Nuestra» política sobre los indios, la defensa de «nuestras» costas, «nuestro» carácter nacional. Son lo que vendríamos a llamar «hombres públicos», «hombres de moda», «hombres ambiciosos», «capellanes del Ejército o de la Armada»; hombres de reputación,

[1] Mateo 16, 25: «Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará». Esta frase también aparece con variantes en Marcos 8, 35.

categoría y respetabilidad, en su mayor parte, y, en todos los casos, creados por la sociedad. A veces hasta se embarcan en «Grandes Causas» que llevan mucho tiempo encalladas en las costas de la sociedad y las acometen con una especie de nobleza refleja y tradicional y verdadero desinterés. El conservador posee muchas virtudes de las que el reformador carece: a menudo una liberalidad y una cortesía singulares e inesperadas, un decidido pragmatismo y una indiscutible veneración por los hechos. Con un poco menos de irritabilidad o más indiferencia, constituiría una compañía más tolerable. Es el mayordomo de la sociedad y, al menos en ese cometido, es leal y generoso. Es hijo obediente, mas padre tirano, y no es capaz de anticiparse a esa época inimaginable en la que la generación emergente se habrá puesto al nivel de los sublevados. En realidad, sigue siendo un niño el resto de sus días y no alcanza nunca la madurez necesaria para entender que tanto él como los de su especie son ahora la humanidad y la generación presente, los ocupantes y propietarios del globo terrestre. Por el contrario, sigue sintiendo que su misión principal es preservar la ley, el orden y las instituciones establecidas.

Es destacable lo bien que entrenan los hombres. El cochero se cae de la cama para pimplarse un Tom y Jerry y va derechito a cuidar de su coche, a alimentar y dar de beber a sus caballos como si tal cosa. ¿Qué es el destino del hombre, comparado con los réditos de los embarques? ¿Qué le preocupa? ¿Su creador? ¿Acaso no conduce para el señor Fanfarrón?

Nuestras mujeres, con igual valentía, tejen cojines de aseo y fundas de sillones con tal de no revelar un interés demasiado inmaduro en el destino. Los hombres toman rapé por la nariz, pero, si se les hubiera advertido a tiempo, se lo habrían introducido también en orejas y ojos. Puede que lo nieguen rotundamente, pero no los creáis.

En medio de todo el caos y la imperfección que imperan en los asuntos humanos, y en los que él mismo preferiría no pensar,

surge la figura del reformador, personificación de ese caos y esa imperfección, para curarlos y reformarlos a ambos buscando descubrir el orden divino y amoldarse a él y pidiendo a toda costa la colaboración de los hombres.

No cabe duda de que el mal es grande y manifiesto y de que, sin duda, hay que hacer algo; su celo es directamente proporcional a la urgencia del caso. Sin embargo, conozco a muy pocos radicales que, hasta la fecha, lo sean de verdad y no se hayan ganado ese nombre por hurgar en las raíces expuestas de instituciones inocentes más que en las suyas propias.

El mal y el caos de la sociedad acostumbran a atribuirse a las falsas relaciones que los hombres mantienen unos con otros, pero, estrictamente hablando, no puede existir una relación falsa si la condición de las cosas relacionadas es verdadera. Las relaciones falsas surgen de condiciones falsas. El pobre que vive en un asilo sería más pobre aún en una isla desierta y el convicto encontraría en ésta su cárcel y la misma disciplina férrea.

¿Acaso el hecho de que el mal sea tal vez algo privado no es razón suficiente para que la reforma sea también una empresa privada e individual? ¿Desde qué llanuras sureñas emergen los lamentos? ¿En qué latitudes residen los paganos a quienes debemos iluminar? ¿Y quién es ese hombre brutal y desmedido a quien debemos redimir?

¿Qué hace un hombre cuando se ve aquejado por un mal que le impide ejercer sus funciones, sobre todo cuando adolece de una mala digestión pero aún conserva unos buenos nervios? ¿O cuando ha fracasado en todos los proyectos que ha emprendido hasta entonces? ¿O cuando ha cometido algún pecado atroz y se arrepiente en parte? Ponerse a reformar el mundo. ¿Lo oís, vosotros los wólof, los patagónicos, los tártaros o los *nez percé*? ¡El mundo va a reformarse de una vez por todas! ¡Tachán! Creo que incluso oigo las buenas nuevas propagarse por las verdes praderas del Oeste, por las silenciosas pampas sudamericanas, por

los resecos desiertos africanos y las largas verstas siberianas, por las densas poblaciones indias y chinas y a lo largo del Indo, el Ganges y el Hidaspes...

No hay reformador en el planeta, ni hombre filántropo, benévolo y caritativo embarcado en una buena obra en cualquier rincón del mundo, profundamente afligido por la miseria que lo rodea y animado por el deseo de aliviarla, que no rompiera de manera inmediata y sin pensárselo dos veces con esas tareas puras para dedicarse a un agravio privado más puro —si es que sólo había reparado alguno oscuro— y tal vez menos reconocido. ¡Dejemos que la simple primavera llegue hasta él, que la mañana amanezca sobre su lecho, y veremos cómo renuncia a sus generosas compañías sin excusas ni explicaciones!

El reformador que recomienda a los hombres que adopten una institución o sistema concreto no debe confiar únicamente en la argumentación y la lógica o en la elocuencia y la oratoria para tener éxito, sino ser capaz de darse cuenta de que él representa en sí mismo una institución perfecta, de que es el centro y la circunferencia del resto, un hombre hecho y derecho.

Pido a todos los reformadores, a todos los que recomiendan la Moderación, la Justicia, la Caridad, la Paz y la Vida Familiar, Comunitaria o Asociativa, que no sólo nos agasajen con su teoría y su sabiduría, pues éstas no constituyen prueba alguna de nada por sí solas, sino que cada uno de ellos lleve consigo una pequeña muestra de sus propias obras y que pierdan toda esperanza de recomendar algo que no pueda demostrarse siquiera mínimamente: que el hombre moderado me deje probar el sabor de la Moderación, si es agradable; que el hombre justo me permita disfrutar del gozo de la Libertad mientras esté con él; que el hombre que vive en comunidad me permita saborear la dulzura de la Vida Comunitaria en su compañía.

Que no se me diga que espere para conocer los buenos resultados. Me basta con conocer los buenos comienzos. El resultado

final nunca se alcanza y ya es demasiado tarde para comienzos eternos.

Pero, ¡ay!, cuando le pedimos al estratega que nos enseñe el material con el que va a construir una estructura, todo se queda en palabras bonitas: palabras resolutas y sólidas para el apuntalamiento, palabras convenientes y familiares para el cuerpo del edificio, poemas e ilusiones para la bóveda y la cúpula.

Los hombres saben distinguir perfectamente las palabras estériles de aquellas que «se corresponden con los hechos»[2], y al orador que promete o amenaza sólo se lo valora por su capacidad y su resolución para cumplir lo que dice. La audiencia flemática que se sienta cerca de la puerta sabe que el orador no tiene realmente la intención de abolir la propiedad privada, ni de disolver la familia, ni de prescindir de los gobiernos esa noche. Simplemente, ha accedido a ser el orador y los demás han accedido a ser su público. Puede que incluso se enteren de que a ese conferenciante que arremete contra el uso del dinero en su discurso le hayan pagado por él —aun siendo aquél el precepto que oyen y creen— y despierte en ellos una gran simpatía.

Después de todas las conferencias por la Paz y de los encuentros a favor de la No Resistencia, no se deduce de ninguno de ellos cómo se conduciría en una situación de emergencia, pues un importantísimo contendiente, un tal señor Resistencia, no estaba presente para exponer sus argumentos.

No sólo existen los libros de ficción, sino también los sermones y charlas ficticios, ya sean escritos o improvisados. Los reformadores modernos son unos *improvvisanti* mucho más extraordinarios y divertidos que los italianos.

[2] Frase extraída del prólogo general de la sección primera de los *Cuentos de Canterbury*, de Geoffrey Chaucer, donde el poeta cita a su vez el *Timeo* de Platón: «Las palabras deben corresponder a la acción».

Hemos olvidado lo que dicen los profetas y los oráculos están en decadencia, pero seguimos recordando los hechos de los héroes y los santos. Y la posteridad seguirá recordándolos hasta el fin de los días.

Es difícil ver a un reformador que verdaderamente acometa su empresa y la lleve a buen término dando tirones fuertes y efectivos y no preparando y allanando el terreno según la mentalidad de la gente. ¡Que tire toda la comunidad!, dice él. ¡Sí, mi capitán! ¡Que tiren dos... o incluso uno solo, trabajando en armonía y con todas sus fuerzas!, digo yo. No dudéis en pedirme que colabore. Me esforzaría al máximo. Daría todo lo que pienso por que alguna buena institución me quisiera en sus filas.

No hay mayor insensatez para un hombre que intentar demostrar por su cuenta una verdad con la que no tiene nada que ver. Como si uno proclamara que va a hacer un largo viaje y, sólo porque uno de sus vecinos no le hiciera caso o no lo creyera, debiera posponerlo. Al trabajador no le importa en absoluto que yo *piense* o no piense como él. Cuando mi vecino va a construir una casa, ya sea para mí o para sí mismo, no viene a reprocharme que viva en un cobertizo ni a compadecerse de mí por eso, sino que cava el sótano, levanta la estructura y se apresura a hacer el tejado para trabajar en el interior más cómodamente, y sabe muy bien con qué ayuda puede contar para ese trabajo.

La mayoría de las veces, me defiendo y me libro del pastor y reformador dándole la razón, pues realmente no pide ninguna devoción por los hechos, y estaría bien que los irascibles conservadores conocieran y practicaran esta treta.

Los grandes benefactores de la raza humana han sido siempre seres individuales y singulares y no masas. En la poesía y en la Historia ocurre lo mismo: Minerva, Ceres, Neptuno, Prometeo, Sócrates, Jesucristo, Lutero, Colón, Arkwright...

En las sociedades o comunidades no se ponen objeciones a la acción cuando es el individuo quien se sirve de la sociedad como

instrumento y no a la inversa. Cuando la inspiración de uno es tan alta y pura como para ser solitaria por necesidad y no objeto de simpatía o congratulación, éste puede valerse con seguridad de cualquier instrumento que encuentre en su camino, ya sea madera, hierro o las propias masas. Pero cuando el voto de la sociedad se iguala con sus propias plegarias y la resolución adoptada por la sociedad confirma mínimamente la suya propia, puede sospechar de sí mismo o de sus compañeros. Ha habido asambleas religiosas, políticas y reformatorias a las que han acudido cientos de miles de hombres y que no han ofrecido más que... ¡unas pocas resoluciones! ¿Y qué ha sido después de ellas?

En cada sociedad hay o ha habido al menos un individuo, su fundador y líder, que no pertenecía a ella, pero que le insufló toda la vida y la eficiencia que tenía. De hecho, pobre de aquella sociedad —como pobres son la mayoría— a la que se prive de su cabeza —y alma—, pues los miembros pueden seguir votando y el cuerpo, como por una especie de fuerza galvánica, conservar una acción espasmódica; los hombres llaman a esto vida y esperan que de los nervios y músculos surjan la virtud y el carácter. Como tales sociedades estiman en mucho la vida, recurrirán a cenas y meriendas para que sus miembros no desfallezcan y tengan siempre la barriga llena.

Consideremos, después de todo, lo privado y silencioso que es vivir una vida: no tratamos nuestros deberes o los actos que acometemos en nuestra vida diaria como en una junta ejecutiva o en una convención de hombres, donde se habla de un tema largo y tendido, se proponen y aprueban infinidad de resoluciones y los oradores van interviniendo por turnos, sino que a la convención donde se discuten nuestros asuntos más íntimos y privados asiste muy poca gente, casi ni asistimos nosotros mismos, sólo lo hace esa parte de nosotros que «siempre-va-a-las-reuniones». Suele ser un encuentro muy tranquilo y se aprueban pocas resoluciones. ¡Casi no se dice nada ni se cuentan las horas!

Junto a ese hombre desafortunado, a cuyo lado también permaneceríamos dada nuestra filantropía, se encuentra el misterio de su vida, más cerca incluso que el frío o el hambre que lo acechan, pues éstos son sólo su parte externa. Este misterio se encuentra entre éstos y él y, hagamos lo que hagamos, debemos dejarlo lidiar a solas con eso.

La información que los dioses se dignan darnos nunca tiene que ver con lo que realmente deseábamos saber. Y nosotros carecemos de la sabiduría necesaria para preguntarles. Decidme alguna verdad sobre la sociedad y la destruiréis. ¿Qué importa que seamos sus miembros más débiles y sus prisioneros? No podemos dejarnos retener continuamente por vuestras medidas reformadoras. Todo lo que por fuera parece un obstáculo esconde dentro una oportunidad. El prisionero que es libre de espíritu y en cuya vida inocente aún recaen algunos rayos de luz y de esperanza no se entretendrá en ser un reformador de las cárceles, un inventor de disciplinas carcelarias superiores, sino que camina hacia la libertad por la misma senda por la que esos rayos penetraban en su celda.

¿Acaso el chico de la Montaña Verde[3] no ha descubierto nada mejor ni más emocionante que la podredumbre de la Iglesia y la corrupción del Estado? Por suerte, no tenemos que elegir nuestras vocaciones entre las empresas que la sociedad nos ofrece. ¿Tiene entonces vocación el que elige la que le imponen? Haz caso a tu vocación y ésta no estará donde tus vecinos, amigos o jefes esperan o desean; sé sincero y di que no, que no irás adonde te llamen. «La vida, ya sea toda o en parte, te buscará a ti, así que deja de buscarla tú»[4].

Desde ese lado adonde apuntan todas las miradas y se dirigen todos los clamores, de los esfuerzos que instiga el Estado y

[3] En lo que ahora es Vermont, Ethan Allen (1738-1789), héroe de la Guerra de la Independencia americana, organizó una milicia de voluntarios, los Chicos de la Montaña Verde, que ayudó a arrebatarle el Fuerte Ticonderoga a los ingleses en 1775.
[4] Frase atribuida a Alí Ibn-Abi-Tali, sobrino de Mahoma.

por los que reza la Iglesia no llega ningún resultado provechoso, ningún rendimiento.

Deberíamos tener algún producto puro de las manos del hombre, algún trabajo puro, algo de vida verdadera en este viejo negocio de ganarse la vida, algún trabajo hecho que no fuera un arreglo, un remiendo, una reforma. Mostradme al chico de montaña o de ciudad que nunca oyó hablar de un abuso y que no haya *elegido* su vocación. Ésta representa el deleite de los años, el trabajo libre del hombre, incluso las artes creativas y bellas.

Asegúrate de que tu destino
Es soberano;
De que no pertenece a ningún bando,
Ni al más noble de la Tierra;
En campamentos revestidos de oro
No ocupa lugar alguno,
Mas su señorío es superior
Y suspira por una guerra más noble;
Una melodía más bella resuena en su trompeta,
Un reflejo más brillante irradia su armadura.
La vida que aspiro a vivir
Nadie me la propone,
Sólo la promesa de mi corazón
Luce su emblema[5].

¿Durante cuánto tiempo acogerá el vicio a la virtud? Una generación abandona las empresas de otras generaciones. Muchas instituciones que se creían esenciales para el funcionamiento de la sociedad se han ido abandonando poco a poco como se abandona un buque varado en la arena.

[5] Versos pertenecientes al poema «Independence» o «The Black Knight» (1841), uno de los cinco poemas épicos que compuso Thoreau sobre el arte de crear poesía.

Cuando un reformador riguroso desee disertar conmigo, primero le pediré que considere si de verdad tiene algo que decirme. Toda conversación sencilla y necesaria entre los hombres es agradable, pero, por lo común, es preciso que se produzca una calamidad, una muerte o un gran golpe de suerte para reconciliarlos. Nos ponemos muy serios y orgullosos cuando somos portadores de alguna noticia importante, aunque sea mala. Traerle buenas noticias de su familia a un hombre que está en el extranjero o incluso decirle que se ha incendiado su casa es una suerte inmensa y parece que nos une a él de manera más encomiable.

Tener que tratar con los hombres es una bendición, ocuparse de ellos como uno se ocupa del trabajo diario. Nos renueva y nos revigoriza. Pero esta felicidad no es frecuente. En general, todo se limita a un intercambio de ingenio, ecuanimidad y buenos modales y, aunque podríamos regalarnos oro, sólo nos exigimos latón. Rezamos para que nuestro compañero nos pida verdad, sinceridad, amor y nobleza, pues carecemos por completo de tales virtudes y únicamente las conocemos de oídas. Tan sólo los amantes conocen el valor y la magnanimidad de la verdad; los comerciantes se conforman con una sinceridad barata y los vecinos y conocidos con una cordialidad ordinaria.

Si no tienes nada que decir, deléitame con tu silencio, que es bueno y fértil. El silencio es la noche ambrosiaca de la relación entre los hombres, donde se despliega y arraiga su sinceridad.

Hay algunos vicios como la frivolidad, la garrulidad y la verborrea, por no mencionar la blasfemia, que nacen de un abuso de la palabra que no se remonta por completo a la antigüedad, y nada ha conferido un aspecto más sombrío a la sociedad.

Un hombre debe servir a otro, y este servicio debe ser mejor que cualquiera que pueda prestar conscientemente. El conjunto de todas las categorías y órdenes del universo es el cielo de ciertos dones para los hombres. Existe una categoría completa de

animales almizcleros y cada flor emana su peculiar olor. Y todos juntos conforman la atmósfera general, saludable y vigorizadora. Así que cada hombre debería preocuparse de emanar su fragancia y, al fin y al cabo, de desempeñar su función como lo hacen las ramas de cicuta o las hierbas secas y curativas. Por muy reformador que seas, no queremos tus razones, tus buenas raíces y fundamentos, ni tu rectitud y benevolencia, que son tu tallo y tus hojas: queremos la flor y el fruto del hombre, que el aire nos traiga al menos unas notas de tu fragancia, un poco de esa vida fresca y primaveral. Esto es un consuelo, y lo otro, una caridad que esconde multitud de pecados[6]. Nuestro acompañante debe constituir una considerable fuente de riqueza para nosotros o, al menos, hacernos conscientes de nuestras propias riquezas, y, dentro de sus posibilidades, ser como un apóstol de Mercurio, Ceres o Minerva: el portador de diversos dones para nosotros. Debe traerme la límpida luz de la mañana y el nítido rojo del atardecer. Debe acarrear el júbilo de la primavera en su risa, la serenidad del verano en su alegría, la madurez del otoño en su sapiencia y el reposo y la abundancia del invierno en su silencio. Asimismo, debe transmitir su valentía y no su desesperación; su salud y bienestar y no su enfermedad, y cuidar de que ésta no se propague por contagio.

Es difícil que seamos capaces de conferir riqueza a nuestros compañeros sin abrumarlos con una atmósfera cargada de nuestros propios pesares y llamar a eso simpatía. Si de verdad fuésemos a reformar la humanidad por medios verdaderamente indios, botánicos, magnéticos o *naturales*, primero deberíamos esforzarnos por ser tan sencillos y buenos como la propia naturaleza.

Por tanto, a los especuladores y filántropos angustiados, les diría: «Disipemos las nubes que se ciernen sobre nuestras propias

[6] Alusión a la primera carta de San Pedro 4, 8.

frentes, absorbed un poco de vida por los poros, procurad que la savia os corra por las venas, encontrad vuestro suelo, echad raíces y creced. Las lágrimas de Apolo y Dios os ayudarán a hacerlo. Contribuid a que el campo de los hombres se cubra de verde. Sed plantas frescas y florecientes en el vivero de Dios y no árboles quejumbrosos y sanguinolentos como los que vio Dante en las Regiones Infernales.

Si vuestras ramas se marchitan, enviad vuestras fibras a cualquiera de los reinos de la Naturaleza para que os socorra; alzad las ramas al cielo para buscar influencias estelares y etéreas; dejad que vuestras raíces, como las del sauce, se expandan y ahonden en la tierra hasta que alcancen un punto más húmedo y fértil, y apuntalad bien vuestro tronco para hacer frente a los elementos.

Echad pronto raíces en vuestro suelo autóctono de originalidad e independencia, en vuestro moho virgen de exultante fuerza y fertilidad. No permitáis que vuelvan a trasplantaros a las regiones foráneas e inhóspitas de la tradición y la conformidad ni a los suelos pobres y arenosos de la opinión pública.

¿¡Qué!? ¡Que una criatura de los afectos que predica amor, caridad y buena voluntad sea acarreada por el viento de acá para allá con sus delicadas fibras expuestas a la frialdad del mundo y que no haya ni un solo hermano que se compadezca de ella y le eche una palada de tierra para que arraigue! Más os valdría intentar encontrar virtudes en la arena y tapar vuestras raíces en el primer suelo agotado que encontréis.

¿Quién sabe qué flores, qué frutos, qué ventaja pública y privada prosperará hasta romper esa corteza que llamamos hombre? El viajero podría quedarse a su lado eternamente como un oasis en mitad del desierto y apagar su sed para siempre.

El viento que hace susurrar las hojas o las fanfarronadas de algunos críos me han emocionado más que las vidas de los hombres más santos e ilustres. ¡Qué vano pesar y qué estereotipada desesperanza la de los santos! ¡Qué actuación tan vacilante la de los

héroes! ¡Hasta los profetas y redentores han hecho más por consolar los miedos que por satisfacer las peticiones libres y las esperanzas de los hombres! No tenemos constancia de ninguna muestra de satisfacción simple y espontánea por el don de la vida, de ninguna alabanza de Dios memorable y desinteresada. Mientras los reformadores sean lo bastante vehementes y estén satisfechos con sus propias concepciones, puede que me entretengan, pero cuando sus temas se agoten y sólo les quede la triste alternativa de hacer las cosas que han dicho y me carguen a mí con el muerto, entonces se convertirán en una compañía insoportable.

Me gustan el viejo mundo y el nuevo, el invierno y el verano, el heno y la hierba, pero esa muerte que se atreve a imponer leyes a la vida y se empeña en reafirmar enfermedades y trastornos idiopáticos en niños cuyos sentidos y comprensión apenas acaban de empaparse de la percepción del orden y la belleza, que se empecina en llevar a término sus planes de vida hasta el fin de sus días, no puede compararse con nada dentro de la Naturaleza. El joven o el hombre que se va haciendo adulto es un hecho que difícilmente tenemos en cuenta en nuestras especulaciones si no es para recordar cuál echaría por tierra más de una buena teoría. ¡Habla por ti, viejo! Cuando nos sintamos oprimidos por el calor y el bullicio del mediodía, deberíamos recordar que el sol que nos abrasa con sus rayos también tiñe de dorado las colinas de la mañana y despierta la coral de los bosques para otros hombres. Y, así, tampoco deberíamos olvidar que, en la tranquila recámara del día, la noche luce una belleza completamente ajena al mediodía y a la mañana.

Es difícil hacer que esos que tanto departen, sobre todo los predicadores y conferenciantes, hagan más profundos sus discursos y les aporten sinceridad y sentido. Habrá de transcurrir mucho tiempo antes de que comprendan lo que queremos decir. Se preguntarán si no valoramos la fluidez. ¡Pero también hay fluidez en los desagües! Démosles la espalda y esperemos hasta

que oigamos que sus palabras se vuelven sólidas ¡y tendrán motivos para darnos las gracias! ¡Cuán infinitamente impenetrables parecemos y qué fácil es atravesarnos! ¿Acaso nuestro interior no es un blanco en el mapa? Ningún viajero se ha atrevido nunca a poner rumbo hacia allí. Ese interior es el destino que anhela todo viajero y desde donde no alberga deseos de volver. Allí se encuentran las fuentes del Nilo y el Níger.

Todo hombre es dueño y señor de un reino que nada tiene que envidiar al mismísimo imperio terrenal de los zares y que, de hecho, es muy superior a éste, con sus riberas oceánicas, sus cadenas montañosas y sus paraísos vírgenes de naturaleza salvaje. Y, ¡oh, reformadores!, si los buenos dioses os han elegido para traer a la vida un rayo de verdad, es aquí en vuestros propios reinos, sin obstáculos ni impedimentos, donde debéis ponerlo en práctica.

Los que moran en Oregón y en el lejano Oeste no están tan solos y apartados como el pensador emprendedor e independiente que aplica sus descubrimientos a su propia vida, igual que vemos que los hombres se valen de su hacha y su caldero para establecerse. A este rico suelo deberían encaminar sus pasos los habitantes de Nueva Inglaterra.

He aquí Wisconsin y el lejano Oeste. Una vida sencilla, independiente, original y natural.

La mayoría de las personas con las que me cruzo por la calle son, por decirlo de alguna manera, dependientes de lo externo: viven de cara a la galería, van y vienen, miran adelante y atrás, todo de puertas para afuera y al descubierto. Me gustaría verlas en el plano contrario: retrayéndose hacia dentro un poco más cada día y que, cuando preguntara por ellas, no me dijeran que se han ido a alguna parte, a Rondout o a Sackets Harbor, por ejemplo, sino que se han recluido en las profundidades del ser.

Inglaterra y Francia, España y Portugal, la Costa de Oro o la Costa de los Esclavos, todas dan a este mar privado, pero ninguno de sus barcos se ha aventurado nunca a alejarse de la costa, aunque no quepa duda de que ésa es la ruta directa hacia la India.

A mis errantes compatriotas les diría entonces: «No busquéis el espectáculo en teatros extranjeros; considerad primero que no hay nada que deleite o asombre al ojo que no podáis descubrir en vosotros mismos». Puede que uno se apresure a ir al sur de África para cazar jirafas, pero seguramente ésa no sea la pieza que busca. ¿Cuánto tiempo pasaría un hombre cazando jirafas si pudiera? ¿Cuál fue el sentido de aquella expedición a los Mares del Sur, con todos sus desfiles y dispendios, sino el reconocimiento del hecho de que hay continentes y mares en el mundo moral, para los que cada hombre es un istmo o un brazo de mar, que aún no han sido explorados por él y de que es más sencillo navegar miles de millas a través del frío y la tormenta y los caníbales salvajes en un barco del Gobierno, con quinientos marinos y grumetes a nuestro servicio, que explorar a solas el mar privado, el océano Atlántico y Pacífico de nuestro propio ser?

Erret et extremos alter scrutetur Iberos.
Plus habet hic vitae, plus habet ille viae.
[Que otro vaya y escrute a los remotos australianos.
Más Dios tiene éste; más camino por delante tiene aquél][7].

Para ello es necesario tener ojo y nervio. Sólo los vencidos y los desertores van a las guerras… los cobardes que corren a alistarse. ¡Ay de vosotros, caballeros, que como no pudisteis librar un duelo con vuestras vidas, desafiasteis a un hombre!

Una vez conocí a un peregrino fatigado que hablaba todas las lenguas y se amoldaba a las costumbres de todas las naciones,

[7] Versos pertenecientes al poema «El anciano de Verona», del poeta romano Claudiano (370(?)-405). En su traducción, Thoreau cambia «Iberos» por «australianos» y «vitae» por «Dios».

que tenía el pasaporte de todos los países y se aclimataba a todas las regiones, que había derrotado a todas las quimeras y conseguido que la Esfinge se estrellara de cabeza contra las rocas, que nunca desandaba sus pasos ni regresaba a su tierra natal y que tenía fama de haber viajado más lejos que todos los viajeros. En su escudo portaba por emblema estas únicas palabras: «Conócete a ti mismo».

Dirige tu mirada adentro y encontrarás
Miles de regiones en tu mente
Aún por descubrir. Recórrelas y serás
Un experto en la cosmografía doméstica[8].

La mayoría de las revoluciones de la sociedad no tiene el poder de interesarnos, y mucho menos de alarmarnos, pero decidme que nuestros ríos se secan o que nuestros pinos se mueren a lo largo y ancho del país y acudiré corriendo. Algunos acontecimientos de la Historia son más extraordinarios que importantes, como los eclipses de sol, que a todos nos atraen, pero cuyos efectos nadie se toma la molestia de calcular. Las revoluciones no son nunca repentinas. Los hechos más importantes de la Historia a menudo son silenciosos y discretos. En el año 449 de nuestra era, tres *cyulis* sajones arribaron a las costas británicas. «Tres buenos barcos llegaron con la marea cargados con trescientos caballeros»[9].

A los enfermos, los médicos sabiamente les recomiendan un cambio de aires y de escenario. ¿Quién me encadena a mí a este pueblo aburrido?

[8] Versos pertenecientes al poema «To My Honoured Friend Sir Ed. P. Knight», de William Habington (1605-1664).

[9] Thoreau alude al poeta medieval inglés Layamon, del siglo XIII, tal como lo cita Sharon Turner (1768-1849) en su obra *History of the Anglo-Saxons* [«Three scipen gode comen mid tan flode»], en relación con la invasión anglosajona de Gran Bretaña, que puso fin al gobierno romano. La palabra *cyul* procede del término anglosajón medieval *cēol*: *keel* (barco).

En este momento se abren ante mí todos los tipos de vida que los hombres puedan vivir en cualquier lugar y momento o que la imaginación sea capaz de dibujar. ¿Quién sabe si para la primavera siguiente no seré cartero en Perú, plantador en Sudáfrica, exiliado en Siberia, ballenero en Groenlandia, colono en el río Columbia, mercader en Cantón, soldado en México, pescador de caballa en el cabo Sable, un Robinson Crusoe en el Pacífico o un navegante solitario de cualquier mar u océano?

¡A cuántos de los que ahora se encuentran en la costa europea los hallará la primavera en Wisconsin o Sacramento!

Puedo apartarme de la opinión pública, del Gobierno, de la religión, de la educación, de la sociedad. ¿Me considerarán apto para votar en el condado de Middlesex o para atravesarme con una lanza bajo las palmeras de Guinea? ¿Cosecharé maíz y patatas en Massachusetts o higos y olivas en Asia Menor? ¿Me pasaré el día sentado en mi oficina de la State Street[10] o luchando por sobrevivir en las estepas de Tartaria? ¿Buscaré mi Brobdingnag en la Patagonia o mi Lilliput en Laponia? Mis aventuras en Arabia y Persia superarán tal vez las de *Las mil y una noches*. Quizá sea leñador en la cabecera del río Penobscot para que me recuerden en las fábulas como un dios fluvial anfibio y me bauticen con un nombre rimbombante como Tritón o Proteo, o transporte pieles de Nutka a China y alcance mayor fama que Jasón y su Vellocino de Oro, o me una a una expedición por los Mares del Sur para que luego la relaten junto con el mismísimo *Periplo de Hanón*.

¡Y cuántas otras cosas que no tengan parangón!

Gracias al Cielo, el mundo no se acaba aquí. El castaño de Indias no crece en Nueva Inglaterra y raramente se oye al sinsonte

[10] La State Street Corporation, conocida habitualmente como State Street, es una importante compañía de servicios financieros de Estados Unidos. Fue fundada en 1792 y es la segunda institución financiera más antigua del país. Su sede se encuentra en el número 1 de la calle Lincoln, en Boston, y tiene oficinas distribuidas por veintinueve países.

por estos lares. ¿Por qué habría de ir a la zaga del verano y la migración de las aves? ¿No sería mejor competir con el bisonte, que sigue el ritmo de las estaciones y pace en los prados del río Colorado a la espera de que una hierba más verde y más dulce crezca junto al río Yellowstone? El ganso salvaje es más cosmopolita que nosotros: desayuna en Canadá, almuerza en el Susquehanna y se arregla las plumas para dormir en un pantano de Luisiana. La paloma es capaz de transportar en el buche una bellota desde la línea del Rey de Holanda hasta la de Mason-Dixon[11]. Sin embargo, creemos que si derribamos las cercas de madera de nuestras granjas y en su lugar levantamos muros de piedra, delimitaremos nuestras vidas y sentenciaremos nuestros destinos. Si os eligen para ocupar un cargo municipal, es obvio que no podréis ir a Tierra del Fuego este verano.

Pero ¿adónde nos conduce toda esta actividad?

Oca, oca, ganso,
¿Adónde irás?
Arriba y abajo,
Y a la alcoba de mi ama[12].

¿No deberíamos estirar las piernas? ¿Por qué hemos de detenernos a este lado del ocaso? No seremos inmigrantes por adentrarnos más en nuestro propio país. Emprendamos el camino del lejano Oeste que no se detiene en el Misisipi ni en el Pacífico, y avancemos día y noche, a la caída del sol, a la caída de la luna, a la caída de las estrellas y, por fin, a la caída de la Tierra.

[11] La línea del Rey de Holanda se encontraba entre Canadá y el Estado de Maine. La línea Mason-Dixon es un límite de demarcación entre cuatro estados de Estados Unidos: Pensilvania, Virginia Occidental, Delaware y Maryland.
[12] Canción de cuna tradicional inglesa: *Goosey goosey gander, / Whither shall I wander? / Upstairs and downstairs / And in my lady's chamber.*

DESOBEDIENCIA CIVIL

Acepto de buena gana el lema de que «El mejor Gobierno es el que menos gobierna»[1] y me gustaría verlo aplicado de manera más rápida y sistemática. Llevado a cabo, al final nos conduciría a este otro, que también secundo: «El mejor Gobierno es el que no gobierna en absoluto» y, cuando los hombres estén preparados para ello, será el tipo de Gobierno que tendrán.

Un Gobierno, en el mejor de los casos, no es más que un recurso, una conveniencia, pero la mayoría de los Gobiernos suelen ser —y todos lo son sin excepción en determinadas ocasiones— una inconveniencia. Las objeciones que a menudo se le ponen a la existencia de un ejército permanente, que son muchas y de peso y merecen tenerse en cuenta, pueden extenderse también a la existencia de un Gobierno permanente. El ejército permanente es sólo un brazo de ese Gobierno institucional. Y el propio Gobierno, que no es más que el modo que el pueblo ha elegido para ejecutar su voluntad, es igual de susceptible de sufrir abusos y corrupciones antes de que el pueblo pueda reaccionar. He ahí la actual guerra con México: la obra de relativamente pocos individuos que se valen del Gobierno establecido como de un instrumento, cuando el pueblo no habría autorizado nunca esta medida.

[1] Posible referencia al lema de la *United States Magazine and Democratic Review* (1837-1859) o a la máxima «cuanto menos Gobierno, mejor», del ensayo «Política» (1844), de Ralph Waldo Emerson, a menudo atribuida erróneamente a Jefferson.

¿Qué es, pues, este Gobierno americano sino una tradición, aunque reciente, empeñada en perdurar intacta para la posteridad pero cuya integridad va mermando a cada instante? No goza ni de la vitalidad ni de la fuerza de un solo individuo, pues un solo individuo puede doblegarla a voluntad. Para el propio pueblo, es una especie de pistola de madera, pero no por ello resulta menos necesaria, pues el pueblo ha de contar con algún tipo de maquinaria complicada y oír sus engranajes para satisfacer así su idea de Gobierno. Los gobiernos muestran, por tanto, cuán fácilmente se puede abusar de los hombres —o incluso cuán fácilmente pueden los hombres abusar de sí mismos— en su propio beneficio. Es excelente, reconozcámoslo. Tanto es así que, aunque este Gobierno nunca emprendió nada por sí mismo, sí que se apresuró a desviarse de su camino. *No* libera al país; *no* consolida el Oeste; *no* educa. El propio temperamento del pueblo americano es el responsable de todos sus logros, y aún habría conseguido más si el Gobierno no se hubiera interpuesto en su camino más de una vez. Pues el Gobierno es un recurso para que los hombres puedan vivir en paz y, como se ha dicho, es más ventajoso el que menos interfiere en la vida de los gobernados. Si el comercio y los negocios no fueran de goma, como quien dice, serían incapaces de saltar los obstáculos que los legisladores les ponen continuamente; y, si juzgáramos a estos hombres tan sólo por las consecuencias de sus actos y no por sus intenciones, merecerían que los castigaran y los trataran como a aquellos delincuentes que obstruyen las vías del tren.

Sin embargo, hablando en sentido práctico y como un ciudadano, no como esos que se autodenominan «hombres sin Gobierno»[2], pido, no que desaparezca el Gobierno de la noche a la

[2] Probablemente se refiera a un grupo de anarquistas y pacifistas radicales inspirados en la Sociedad de No-Resistencia de Nueva Inglaterra, fundada por William Lloyd Garrison en 1838, muchos de los cuales procedían de Massachusetts.

mañana, sino un mejor Gobierno *de inmediato*. Dejemos que cada hombre manifieste qué tipo de gobierno se ganaría su respeto y habremos dado un paso importante hacia su consecución.

Después de todo, la razón práctica por la que, cuando el poder está en manos del pueblo, se permite gobernar a la mayoría, y durante un largo periodo de tiempo, no es porque probablemente lleven razón ni porque la minoría lo considere lo más justo, sino porque físicamente son los más fuertes.

Pero un Gobierno en el que siempre gobierna la mayoría no puede estar basado en la justicia, al menos tal y como la conciben los hombres. ¿No puede haber un Gobierno en el que no sean las mayorías quienes dicten lo que está bien y lo que está mal, sino la conciencia? ¿En el que las mayorías decidan sólo en aquellas cuestiones en las que sea aplicable la norma de la conveniencia? ¿Deben los ciudadanos someter su conciencia al legislador, aunque sólo sea por un momento o en la más mínima medida? Entonces, ¿para qué poseen los hombres conciencia? Yo creo que, antes de convertirnos en súbditos, debemos ser hombres y que es preferible cultivar el respeto por la justicia que por la ley. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que crea justo. Suele decirse, y con razón, que una sociedad mercantil carece de conciencia, pero una sociedad formada por hombres concienciados es una sociedad *con* conciencia. La ley nunca hizo a los hombres ni un ápice más justos y, debido al respeto que les infunde, hasta los más benevolentes se convierten a diario en agentes de la injusticia. Una consecuencia común y natural del respeto indebido a la ley es que uno puede ver una fila de soldados —coronel, capitán, cabo, soldados rasos y artilleros— todos marchando en un orden admirable por colinas y valles hacia el frente en contra de su voluntad, ¡sí!, en contra de su conciencia y sentido común, lo que hace que la marcha sea más dura y se les desboque el corazón. No les cabe duda de que la empresa que han de acometer es despreciable, pues son

proclives a la paz. Entonces, ¿qué son? ¿Hombres o pequeños fuertes y polvorines móviles al servicio de algún jefe de mando sin escrúpulos? Visitad un arsenal naval y contemplad al infante de marina, el tipo de hombre que el Gobierno americano puede crear, el tipo de hombre que puede crear con sus malas artes: una mera sombra y reminiscencia de humanidad, un hombre vivo y erguido del que, sin embargo, uno diría que está enterrado bajo las armas con acompañamientos fúnebres, o bien:

No se oyeron redobles ni notas fúnebres
Cuando llevamos su cadáver a toda prisa al baluarte;
Ningún soldado disparó salvas de despedida
Sobre la tumba donde enterramos a nuestro héroe[3].

Así, las masas sirven al Estado no como hombres, sino básicamente como máquinas con sus cuerpos. Éstas constituyen el ejército permanente y la milicia, los carceleros, la policía, los ayudantes de la autoridad, etc. En la mayoría de los casos, no ejercitan libremente ni el juicio ni el sentido moral, sino que se rebajan al mismo nivel de la madera, de la tierra y de la piedra, e incluso podrían fabricarse hombres de madera que tal vez sirvieran al mismo propósito. Tales individuos no infunden más respeto que un espantapájaros o un trozo de barro. Valen lo mismo que caballos o perros. Y, con todo, suele tildárselos de buenos ciudadanos. Otros —los legisladores, los políticos, los abogados, los ministros y los funcionarios, en su mayoría— sirven al Estado con sus cabezas y, como apenas hacen distinciones morales, son tan capaces de servir al diablo, sin *pretenderlo*, como a Dios. Unos pocos —los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores (en el sentido amplio de la palabra) y *los hombres*— sirven

[3] Versos iniciales del poema «El entierro de sir John Moore en Coruña» (1817), de Charles Wolfe.

al Estado también con su conciencia y, por tanto, suelen enfrentarse a él y ser tratados como enemigos.

Un hombre sabio sólo será útil como hombre y no aceptará ser «arcilla» ni «tapar un agujero para detener el viento»[4], sino que dejará que sus cenizas acometan esa tarea:

Soy de estirpe demasiado elevada
Para convertirme en un esclavo,
En un subalterno sometido a tutela,
En un servidor dócil, en instrumento
De cualquier Estado soberano del mundo[5].

A aquel que se entrega por completo a los demás se le considera inútil y egoísta, pero al que se entrega sólo en parte se le tiene por benefactor y filántropo.

¿Cómo debe comportarse un hombre ante el Gobierno americano de hoy? En mi opinión, no debemos asociarnos con él si queremos mantener nuestra dignidad. Ni por un instante puedo reconocer como *mi* Gobierno a esa organización política que también es el Gobierno *del esclavo*.

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución; es decir, el derecho a negar su lealtad al Gobierno y a oponerse a él cuando su tiranía o su ineficacia sean desmesuradas e intolerables. Pero casi todos coinciden en que ése no es el caso actual, aunque sí lo fuera, en cambio, en la revolución de 1775. Si alguien me dijera que aquél fue un mal Gobierno porque gravó ciertas mercancías extranjeras que llegaban a sus puertos, lo más probable es que me diera igual, pues puedo pasar muy bien sin ellas. Todas las maquinarias generan roces, pero el bien que producen suele contrarrestar sus posibles males. En cualquier

[4] *Hamlet*, V, 1, 236-237.
[5] *El rey Juan*, V, 2, 79-82.

caso, sería un gran error armar revuelo por eso. Pero cuando los roces se apoderan de la máquina y la opresión y el robo están organizados, yo digo: «Deshagámonos de la máquina». En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad es esclava y toda una nación ha sido injustamente invadida y conquistada por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial, creo que es hora de que los hombres honrados se rebelen y se subleven. Lo que hace este deber más urgente es el hecho de que el país invadido no sea el nuestro, sino que nosotros seamos el ejército invasor.

En un capítulo sobre el «Deber de sumisión al Gobierno civil», Paley[6], una autoridad reconocida en temas morales, reduce toda obligación civil a la conveniencia y prosigue diciendo que «mientras el interés de la sociedad entera lo requiera, esto es, mientras el Gobierno establecido no pueda rechazarse o cambiarse sin perjuicio público, es voluntad de Dios [...] que se obedezca a dicho Gobierno, pero no más allá. Si se acepta este principio, la justicia de cada caso de rebelión particular dependerá de calcular, por un lado, la proporción del peligro y del daño y, por otro, la posibilidad y el coste de repararlo». Y añade al respecto que cada hombre debe juzgar por sí mismo. Sin embargo, no parece que Paley contemple aquellos casos a los que no se aplica la norma de la conveniencia, por ejemplo, cuando un pueblo, o un solo individuo, debe hacer justicia a toda costa. Si le he arrebatado injustamente la tabla a un hombre que se está ahogando, debo devolvérsela aunque sea yo quien me ahogue. Esto, según Paley, sería inconveniente. Aquel que salvara así su vida, la perdería[7]. Este pueblo debe dejar de tener esclavos y de luchar contra México aunque le cueste su propia existencia como pueblo.

[6] Thoreau alude a la obra *Principios de filosofía moral*, del filósofo y teólogo inglés William Paley (1743-1805).

[7] Mateo 10, 39: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de la mía, la hallará».

Las naciones, en la práctica, coinciden con Paley, pero ¿acaso alguien cree que Massachusetts está haciendo lo correcto en la crisis actual?

Una ramera de lujo,
Una mujerzuela con vestido de plata,
A la que hay que sostenerle bien alta la cola,
Mientras su alma se arrastra por el fango[8].

Hablando en sentido práctico, los que se oponen a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del Sur, sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, que están más interesados en el comercio y la agricultura que en el género humano y no están dispuestos a hacer justicia *a cualquier precio* ni con los esclavos ni con México. No me enfrento a enemigos lejanos, sino a aquellos que, cerca de casa, colaboran con ellos y obedecen sus mandatos y sin los cuales estos últimos serían inofensivos. Nos hemos acostumbrado a decir que las masas no están preparadas, pero el progreso es lento porque la minoría no es en realidad más sabia o mejor que la mayoría. Lo importante no es que la mayoría sea tan buena como tú, sino que exista una bondad absoluta en alguna parte para que fermente toda la masa[9]. Hay miles de personas que, *en teoría*, están en contra de la esclavitud y de la guerra y que en la práctica no hacen nada para ponerles fin; miles de personas que, considerándose hijos de Washington y Franklin, se sientan de brazos cruzados y alegan no saber qué hacer, y no hacen nada; miles de personas que anteponen la cuestión del libre mercado a la de la libertad y que, después de la cena, se sientan a leer tranquilamente las listas de precios y las

[8] Versos pertenecientes a la obra *La tragedia del vengador* (1607), IV, 4, de Cyril Tourneur.

[9] Primera carta a los corintios, 5, 6: «¡No es como para gloriarse! ¿No saben que "un poco de levadura hace fermentar toda la masa"?».

últimas noticias procedentes de México e incluso se quedan dormidos sobre ambas. ¿Cuál es el precio hoy por hoy de un hombre honrado y patriota? Dudan y se lamentan y a veces elevan peticiones al Gobierno, pero no hacen nada serio ni que arroje resultado alguno. Se limitan a esperar, con buena disposición, a que otros remedien el mal para así poder dejar de lamentarse. A lo sumo, depositan un simple voto, hacen un leve asentimiento y expresan sus buenos deseos a la justicia al pasar por su lado. Por cada hombre virtuoso, hay novecientos noventa y nueve patronos de la virtud. Pero es más fácil tratar con el verdadero poseedor de una cosa que con su guardián temporal.

Las votaciones son una especie de juego, como las damas o el *backgammon*, con un leve matiz moral, un jugar con lo justo y lo injusto, con las cuestiones morales, y, como es natural, conlleva apuestas. Lo que está en juego no es el carácter de los votantes. Yo deposito mi voto, tal vez, como pienso que es justo, pero en realidad no me va la vida en que lo justo prevalezca. Prefiero dejárselo a la mayoría. Su obligación, por tanto, nunca supera a la conveniencia. Incluso votar *por lo justo* es no *hacer* nada por ello. Es sólo expresar débilmente a los hombres nuestro deseo de que lo justo debería imponerse. Un hombre sabio no dejará lo justo a merced del azar ni deseará que triunfe gracias al poder de la mayoría. Hay poca virtud en la actuación de las masas. Cuando la mayoría vote al fin la abolición de la esclavitud, será porque ésta le resulte indiferente o porque quede muy poca esclavitud que abolir mediante sus votos. *Ellos* serán entonces los únicos esclavos. Sólo puede acelerar la abolición de la esclavitud el voto de *aquel* que, al depositarlo, ejerce su propia libertad.

He oído que se va a celebrar en Baltimore, o en alguna otra parte, una convención para elegir al candidato a la presidencia a la que acudirán, en su mayoría, directores de periódicos y políticos profesionales, pero yo me pregunto: ¿Qué puede importarle al hombre independiente, inteligente y respetable la decisión

que tomen? ¿No disfrutaremos de la ventaja de su sabiduría y honradez? ¿No podemos contar con algunos votos independientes? ¿Acaso no hay muchos individuos en este país que no asisten a las convenciones? Pero no: descubro que el hombre respetable, como suele llamárselo, ha cambiado radicalmente de postura y ha perdido la esperanza en su país, cuando es su país el que posee razones más que suficientes para perder la esperanza en él. No duda en aceptar a uno de los candidatos elegidos de ese modo como el único *disponible*, demostrando así que es él quien está *disponible* para los propósitos del demagogo. Su voto no vale más que el de un extranjero sin principios o el de un mercenario nativo que tal vez se haya dejado comprar. ¡Alabado sea el *hombre* que, como dice mi vecino, tenga un hueso en la espalda que no le permita doblegarse! Las estadísticas fallan al decir que nuestra población es enorme. ¿Cuántos *hombres* hay en nuestro país por cada mil millas cuadradas? Apenas uno. ¿No ofrece América ningún aliciente para que los hombres se establezcan aquí? El americano ha degenerado en un *Odd Fellow*[10], fácilmente reconocible por el desarrollo de su sentido gregario, una falta evidente de inteligencia y una alegre autosuficiencia, y cuya primera y única preocupación en el mundo es comprobar si los asilos están en buen estado; alguien que, antes de ponerse su viril vestimenta, ya se ha apresurado a recaudar fondos para ayudar a las viudas o a los huérfanos que pueda haber y que, en definitiva, sólo se aventura a vivir al amparo de la compañía de seguros mutuos, que le ha prometido un entierro decente.

Por supuesto, los hombres no tienen el deber de dedicar su vida a la erradicación de las injusticias, por monstruosas que éstas sean; como es lógico, pueden tener otras preocupaciones;

[10] Thoreau juega aquí con el nombre de una organización filantrópica que surgió en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, una especie de sociedad secreta conocida como la Orden Independiente de los *Odd Fellows*, que, traducido, vendría a significar «de los tipos raros».

pero sí que deben, al menos, lavarse las manos y, si han dejado de pensar en ellas, no secundarlas en la práctica. Si entrego mi vida a otros menesteres y proyectos, primero debo asegurarme al menos de que, al hacerlo, no paso por encima de otros hombres. Bien al contrario: he de despejar el camino para que ellos también puedan cumplir sus aspiraciones. ¡Fijaos qué incongruencia! A algunos de mis conciudadanos les he oído decir: «Me gustaría que me mandaran a sofocar una insurrección de esclavos o a luchar a México. ¡A ver quién iba!». Y, sin embargo, cada uno de estos hombres, ya sea directamente a través de su lealtad o indirectamente a través de su dinero, ha enviado a un sustituto. Al soldado que se niega a servir en una guerra injusta le aplauden aquellos que consienten en mantener al Gobierno injusto que la libra, aquellos cuyos actos y autoridad el soldado desprecia y desdeña, como si el Estado hiciera penitencia contratando a alguien para que se flagelase por sus pecados, pero no considerase ni remotamente la posibilidad de dejar de pecar. Así, en nombre del Orden y del Gobierno Civil, homenajeamos y alabamos nuestra propia vileza. Tras el primer rubor del pecado, viene la indiferencia y lo inmoral se convierte, por así decir, en *a*moral, y en algo no del todo innecesario para la vida que nos hemos forjado.

El mayor error y el más común requiere de la virtud más desinteresada para sostenerse. El ligero reproche que se deriva de la virtud del patriota es aquel en el que suelen incurrir los hombres honrados. Aquellos que entregan su fidelidad y su apoyo a un Gobierno cuya naturaleza y medidas desaprueban son, sin duda, sus seguidores más acérrimos y, con frecuencia, el mayor obstáculo para su reforma. Algunos piden a la Commonwealth de Massachusetts que disuelva la Unión, que no haga caso a los requerimientos del presidente.

¿Por qué no disuelven ellos mismos su propia unión con el Estado y se niegan a pagar sus impuestos al Tesoro? ¿No se encuentran en la misma posición con respecto al Estado que el Estado con respecto a la Unión? ¿Acaso las razones que han evitado que el Estado se oponga a la Unión no son las mismas que las que han evitado que ellos se opongan al Estado?

¿Cómo puede un hombre sentirse satisfecho por el mero hecho de tener una opinión y disfrutar de *ella*? ¿Cómo puede haber disfrute en ello si lo que opina es que lo han ofendido? Si tu vecino te estafa un simple dólar, no te quedas satisfecho con saber que te ha estafado ni con decir que lo ha hecho, ni siquiera con exigirle que te pague lo que te debe, sino que tomas medidas efectivas para que te restituya la cantidad completa y te aseguras de que nunca más vuelva a engañarte. La acción que se acomete desde los principios, la percepción y la realización de lo justo, cambia las cosas y las relaciones; es esencialmente revolucionaria y suele discrepar de lo establecido. No sólo divide Iglesias y Estados, también divide familias e incluso divide al *individuo*, separando lo que en él hay de diabólico de lo divino.

Hay leyes injustas: ¿nos resignaremos a cumplirlas, intentaremos corregirlas y las cumpliremos tan sólo hasta que lo consigamos o simplemente las transgrediremos?

Por lo general, bajo un Gobierno como éste, los hombres creen que deberían esperar hasta haber convencido a la mayoría para cambiarlas. Creen que, si se opusieran a ellas, el remedio sería peor que la enfermedad. Pero eso es culpa del propio Gobierno. Él es quien peor lo hace. ¿Por qué no es capaz de anticiparse y ofrecer reformas? ¿Por qué no tiene en cuenta a la sabia minoría? ¿Por qué chilla y patalea antes de que le hagan daño? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a que señalen sus faltas y a que lo *hagan* mejor que él? ¿Por qué siempre crucifica a Cristo, excomulga a Copérnico y a Lutero, y acusa de rebeldía a Washington y a Franklin?

Podría pensarse que el único delito que el Gobierno no contempla es la negación práctica y deliberada de su autoridad; si

no, ¿por qué no ha fijado todavía una pena definida, adecuada y proporcionada? Si un hombre sin propiedades se niega una sola vez a ganar nueve chelines para el Estado, se lo encarcela durante un tiempo que no está estipulado por ninguna de las leyes que conozco, sino que depende por completo del arbitrio de quienes lo encerraron allí. Pero si ese mismo hombre le robara noventa veces nueve chelines al Estado, no tardaría en ser puesto en libertad.

Si la injusticia forma parte de las fricciones inevitables de la maquinaria del Gobierno, dejémosla estar, dejémosla: tal vez desaparezcan con el tiempo, pero de lo que no cabe duda es de que, al final, la máquina se estropeará. Si la injusticia tiene un muelle o una polea o una cuerda o una manivela propios y exclusivos, puede que entonces debamos considerar si el remedio no sería peor que la enfermedad; pero si es de tal naturaleza que nos obliga a convertirnos en sus agentes para con los demás, entonces digo: «incumplamos la ley». Que nuestra vida sea la contrafricción que detenga la máquina. En cualquier caso, asegurémonos de no convertirnos en el instrumento de la injusticia que condenamos.

En cuanto a los medios que el Estado proporciona para curar la enfermedad, yo no los conozco. Llevarían demasiado tiempo y la vida se nos quedaría corta. Tengo otros asuntos que atender. No vine a este mundo para convertirlo en un buen lugar donde vivir, sino para vivir en él, sea bueno o malo.

Un hombre no tiene por qué hacerlo todo, sino algo. Y, como no puede hacerlo *todo*, no es necesario que *lo que haga* sea injusto. No me corresponde a mí elevar peticiones al Gobierno ni a la cámara legislativa, del mismo modo que a ellos tampoco les corresponde interpelarme a mí. Además, si no escucharan mis ruegos, ¿qué habría de hacer? Para esa situación, el Estado no ha provisto ningún remedio: su propia Constitución es la enfermedad. Esto puede parecer duro, obstinado e intransigente, pero

sólo se ha de tratar con la mayor consideración y amabilidad al espíritu que lo merezca. Así son los cambios a mejor, como el nacimiento y la muerte, que convulsionan nuestros cuerpos.

No vacilo en decir que quienes se llaman a sí mismos «abolicionistas» deberían retirar en el acto su apoyo personal y económico al Gobierno de Massachusetts sin esperar a constituir una mayoría, antes de ser víctimas del derecho de prevalencia. Creo que es suficiente con tener a Dios de su parte, sin esperar a nadie más. Además, cada hombre más justo que sus vecinos constituye, ya de por sí, una mayoría.

Sólo una vez al año, no más, me reúno cara a cara con este Gobierno americano, o con su representante: el Gobierno del Estado en la persona del recaudador de impuestos; es el único modo en que un hombre en mi situación ha de relacionarse inevitablemente con él. Y es entonces cuando él dice, alto y claro: «Reconóceme»; y el modo más simple y efectivo y, tal como están las cosas, el único modo posible de tratar con él y de expresarle nuestra poca satisfacción y afecto es rechazarlo. Mi vecino civil, el recaudador de impuestos, es el único hombre con el que tengo que tratar, pues, al fin y al cabo, acostumbro a pelear con hombres y no con papeles, y él ha elegido voluntariamente ser agente del Gobierno. Sólo conocerá bien su papel y su cometido como funcionario del Gobierno, o como hombre, cuando se vea obligado a considerar si ha de tratarme a mí, a su vecino, a quien respeta, como un vecino y un hombre de bien o como un maniaco y un perturbador de la paz y vea si es capaz de superar este sentimiento de buena vecindad sin que le asalten pensamientos o palabras más rudos e impetuosos, acordes con su actuación. Estoy absolutamente convencido de que, si mil, cien o diez hombres a quienes pudiera nombrar, si diez hombres *honrados*, o incluso si *un* solo hombre HONRADO en esta Commonwealth de Massachusetts *dejara de tener esclavos* y de ser cómplice del Gobierno y fuera encerrado por ello en la cárcel del condado, eso

supondría el fin de la esclavitud en América. No importa que el comienzo pueda parecer pequeño: lo que se hace bien una vez perdura para siempre. Sin embargo, preferimos hablar de ello: decimos que ésa es nuestra misión. La reforma cuenta con muchos titulares de periódico a su servicio, pero no cuenta con un solo hombre. Si mi querido vecino, el embajador del Estado, que va a dedicar sus días a zanjar la cuestión de los derechos humanos en la Cámara del Consejo, en lugar de sentirse amenazado por las prisiones de Carolina, tuviera que sentarse como prisionero de Massachusetts, ese estado tan ansioso por endosarle el pecado de la esclavitud a su hermano —aunque hasta ahora éste sólo haya podido reprocharle cierta falta de hospitalidad—, la cámara legislativa no desestimaría el tema por completo el invierno siguiente.

Bajo un Gobierno que encarcela injustamente, el verdadero lugar para el hombre justo también es la cárcel. El lugar adecuado hoy, el único lugar que Massachusetts proporciona a sus espíritus más libres y menos subyugables son sus cárceles. Se les encarcela y se les aparta del Estado por la propia acción de éste, como ya habían hecho ellos mismos por sus principios. Allí es donde deberían encontrarlos el esclavo fugitivo, el prisionero mexicano en libertad condicional y el indio que viene a exculpar los males imputados a su raza; en aquel lugar apartado, pero más libre y honorable, donde el Estado confina a los que no están *con* él, sino *contra* él: la única morada, en un Estado partidario de la esclavitud, en la que un hombre libre puede residir con honor. Si alguien piensa que su influencia se perdería allí, que sus voces dejarían de importunar el oído del Estado y que ya no serían enemigos de ser confinados entre esas cuatro paredes, ignoran cuánto más fuerte es la verdad que el error y con cuánta elocuencia y efectividad puede combatir la injusticia aquel que la ha experimentado en sus propias carnes. Depositad todo vuestro voto, no sólo una papeleta, sino toda vuestra influencia. Una

minoría carece de poder si se somete a la mayoría (en ese caso ni siquiera puede considerársela una minoría), pero es irrefrenable cuando se moviliza con todo su peso. Si el Estado debe elegir entre encarcelar a todos los hombres justos o renunciar a la guerra y a la esclavitud, tendrá claro por qué alternativa decantarse. Si mil ciudadanos dejaran de pagar sus impuestos este año, no sería una medida violenta ni sangrienta, como sí lo sería, en cambio, el pagarlos y dar potestad al Estado para cometer actos violentos y derramar sangre inocente. Ésta es, de hecho, la definición de una revolución pacífica, si es que tal cosa es posible. Si el recaudador de impuestos o cualquier otro funcionario público me preguntara, como ya ha ocurrido: «¿Y yo qué hago?», mi respuesta sería: «Si de verdad quieres hacer algo, renuncia a tu cargo». Cuando el súbdito retira su lealtad y el funcionario renuncia a su cargo, la revolución se consuma. Pero supongamos que hubiera derramamiento de sangre. ¿Acaso no lo hay también en cierta medida cuando nos hieren la conciencia? Por esa herida manan la verdadera humanidad e inmortalidad del hombre y éste se desangra en una muerte eterna. Ya la estoy viendo manar.

Si me he referido al encarcelamiento del transgresor más que a la incautación de sus bienes, aunque ambos sirvan al mismo propósito, es porque aquellos que hacen valer la justicia más pura y, en consecuencia, son más peligrosos para un Estado corrupto, normalmente no pierden el tiempo acumulando riquezas. El Estado, en este caso, les presta poco servicio y el más mínimo impuesto les suele parecer exorbitante, sobre todo si se ven obligados a ganarlo con el sudor de su frente. Si hubiera una única persona que viviera sin hacer el menor uso del dinero, el propio Estado vacilaría en reclamárselo. Pero el hombre rico (sin ánimo de hacer comparaciones odiosas) se vende siempre a la institución que lo hace rico. Hablando en términos absolutos, a más dinero, menos virtud, pues el dinero se interpone entre un hombre y sus objetivos y los consigue para él; de modo que

conseguirlos no supone desde luego ninguna gran virtud. El dinero acalla muchas preguntas que, de otra manera, tendría que responder y sólo plantea una nueva, difícil y superflua: cómo gastarlo. Así, sus principios morales se derrumban bajo sus pies. Las oportunidades de vivir plenamente disminuyen en proporción al aumento de los denominados «medios de vida».

Lo mejor que un hombre puede hacer por su cultura cuando es rico es llevar a cabo los planes que pergeñaba cuando era pobre. Cristo respondió a los fariseos según la condición de éstos: «Mostradme la moneda del tributo», dijo, y uno se sacó una moneda del bolsillo. Si usáis monedas con la imagen del César, que él mismo ha valorado y puesto en circulación, es decir, *si sois hombres de Estado* y disfrutáis encantados de las ventajas del Gobierno del César, entonces devolvedle parte de lo suyo cuando os lo reclame: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»[11], pero ellos, que no querían saber, se quedaron como antes, sin saber qué era de quién.

Cuando converso con los más libres de mis vecinos, observo que, digan lo que digan sobre la magnitud y la seriedad del problema y sea cuál sea su preocupación por la tranquilidad pública, no pueden prescindir de la protección del Gobierno actual y temen las consecuencias que su desobediencia pudiera acarrear a sus familias y propiedades. Por mi parte, no me gustaría pensar que algún día he de depender de la protección del Estado. Pero, si rechazo su autoridad cuando me presente la factura de los impuestos, no tardará en llevarse todos mis bienes y hacer uso de ellos y nos hostigará de por vida a mis hijos y a mí. Esto es

[11] Mateo 22, 16-21: «Y le enviaron sus discípulos junto con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres amante de la verdad y que enseñas con verdad el camino de Dios, y no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres. Dinos, pues, qué te parece: ¿Está permitido dar tributo a César, o no? / Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. / Ellos le presentaron un denario. / Entonces les preguntó: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? / Le dijeron: De César. / Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios».

duro. Esto impide que los hombres puedan vivir con honradez y, al mismo tiempo, con comodidades materiales. No merecerá la pena que acumulen propiedades, ya que, seguramente, se las volverían a llevar. Es mejor alquilar u ocupar alguna vivienda, cultivar una pequeña cosecha y consumirla pronto. Debéis vivir dentro de vosotros mismos y sólo depender de vosotros mismos, siempre listos y dispuestos a volver a empezar y sin involucraros en muchos negocios. Un hombre puede enriquecerse hasta en la misma Turquía si se comporta en todos los aspectos como un buen súbdito del Gobierno turco. Como dijo Confucio: «Si un Estado se gobierna por los principios de la razón, la pobreza y la miseria son objeto de vergüenza; si un Estado no se gobierna por los principios de la razón, la riqueza y los honores son objeto de vergüenza»[12]. No: mientras no necesite la protección de Massachusetts en algún puerto lejano del Sur donde se vea amenazada mi libertad o mientras me limite a levantar una casa en mi propio país por medios pacíficos, puedo permitirme rechazar la lealtad a Massachusetts y su derecho sobre mi vida y mis bienes. Me cuesta menos en todos los sentidos pagar el precio de la desobediencia al Estado que obedecerlo. En ese caso, me sentiría menos digno.

Hace algunos años, el Estado me interpeló en nombre de la Iglesia y me instó a que pagara cierta suma para ayudar a mantener al clérigo a cuyos servicios solía asistir mi padre, aunque yo nunca lo hiciera. «Paga —me dijeron— o serás encarcelado». Me negué a pagar, pero, por desgracia, otro hombre creyó conveniente hacerlo por mí. No entendía por qué el maestro de escuela debía pagar impuestos para mantener al cura y no al contrario; además, yo no era maestro del Estado, sino que me mantenía gracias a una suscripción voluntaria. No entendía por qué la escuela no tenía derecho a recibir impuestos del Estado

[12] Referencia a las *Analectas* de Confucio, VIII, 13.

y la Iglesia sí. Sin embargo, a petición de los concejales, accedí a escribir el siguiente alegato: «Que todo el mundo sepa por la presente que yo, Henry Thoreau, no deseo que se me considere miembro de ninguna sociedad legalmente constituida a la que no me haya unido». Luego se lo entregué al alguacil, en cuyo poder continúa.

El Estado, al enterarse así de que no deseaba que me considerasen miembro de esa iglesia, no ha vuelto a requerirme nada parecido desde entonces, si bien me dijo que, en esa ocasión, debía mantener su presunción original. De haber conocido los nombres de todas esas sociedades de las que nunca me hice miembro, me habría borrado una por una de todas ellas, pero no sabía dónde encontrar la lista completa.

Llevo seis años sin pagar el impuesto del sufragio. Por este motivo, ya me encarcelaron una vez durante una noche y, mientras contemplaba las paredes de piedra maciza de dos o tres pies de grosor, la puerta de madera y hierro de otro y las rejas de hierro por donde se filtraba la luz, no pude evitar que me impresionara la estupidez de aquella institución que me trataba como si yo fuera mera carne, sangre y huesos que encerrar. Me sorprendía sobremanera que alguien hubiera concluido que aquél era el mejor uso que se podía hacer de mí y que no se le hubiera ocurrido nunca valerse de mis servicios de algún modo. Me di cuenta de que, si había un muro de piedra entre mis conciudadanos y yo, había otro aún más difícil de escalar o atravesar antes de que llegaran a alcanzar mi mismo grado de libertad. En ningún momento me sentí confinado y las paredes me parecieron tan sólo un derroche de piedra y mortero. Me sentí como si fuera el único de mis vecinos que había pagado sus impuestos. Sencillamente, no sabían cómo tratarme y se comportaban como personas maleducadas. Tanto cuando amenazaban como cuando alababan cometían un error, pues pensaban que mi mayor deseo era estar al otro lado de aquella pared de piedra.

No podía sino sonreír cuando veía con cuánto esfuerzo ponían mis pensamientos bajo llave, cuando éstos los seguían fuera de allí sin obstáculo ni impedimento: *ellos* eran en realidad los únicos peligrosos. Como no podían llegar a mi alma, habían decidido castigar mi cuerpo; justo como hacen los niños, que, si no pueden alcanzar a la persona a la que guardan rencor, maltratan a su perro. Comprendí entonces que el Estado era necio, tímido como una mujer solitaria que guarda con celo sus cucharas de plata, y que no sabía distinguir a sus amigos de sus enemigos, y le perdí en el acto todo el respeto que aún me quedaba por él, y lo compadecí.

Por tanto, el Estado nunca se enfrenta de manera intencionada al sentido moral o intelectual de un hombre, sino sólo a su cuerpo, a sus sentidos. No está armado con ninguna inteligencia u honradez superior, sino con una mayor fuerza física. Yo no nací para ser sometido. Seguiré mi propio camino. Ya veremos quién es más fuerte. ¿Cuánta fuerza posee la multitud? Sólo pueden someterme aquellos que obedecen a una ley superior a la mía, obligándome a ser como ellos. No conozco a ningún *hombre* a quien las masas le hayan *obligado* a vivir de una manera o de otra. ¿Qué clase de vida sería ésa? Cuando me encuentro con un Gobierno que me dice: «¡El dinero o la vida!», ¿por qué habría de apresurarme a darle mi dinero? Puede que se halle en un terrible apuro y no sepa qué hacer, pero yo no puedo ayudarlo; debe salvarse a sí mismo, igual que yo. No merece la pena lamentarse por eso. Yo no soy responsable del buen funcionamiento de la maquinaria de la sociedad. No soy el hijo del ingeniero. He observado que, cuando una bellota y una castaña caen al lado, una no se queda quieta para hacerle sitio a la otra, sino que ambas obedecen sus propias leyes y brotan, crecen y florecen como mejor pueden hasta que una tal vez ensombrece y destruye a la otra. Si una planta no puede vivir conforme a su naturaleza, muere; y lo mismo les ocurre a los hombres.

La noche que pasé en prisión fue novedosa e interesante. Cuando entré, los demás prisioneros, en mangas de camisa, estaban en la puerta charlando animadamente y disfrutando del fresco de la tarde. Pero entonces el carcelero dijo: «Venga, muchachos, es hora de cerrar» y todos se dispersaron, y oí el ruido de pasos que regresaban a sus cubículos vacíos. El carcelero me presentó a mi compañero de celda como un «individuo inteligente y de primera». Cuando cerraron la puerta, me indicó dónde colgar el sombrero y me contó cómo se las arreglaba allí dentro. Las celdas se blanqueaban una vez al mes y aquella habitación era, como poco, la más blanca, la que estaba amueblada con mayor sencillez, y probablemente la más limpia de toda la ciudad. Como es lógico, él quería saber de dónde era yo y cómo había terminado allí y, cuando se lo conté, le hice a su vez la misma pregunta, dando por sentado que era un hombre honrado, por supuesto; y, tal como está el mundo, creo que lo era. «Resulta que me acusan de quemar un granero —me respondió—, pero yo no lo hice». Por lo que pude adivinar, todo apuntaba a que había ido al granero a dormir la mona y, al fumarse allí su pipa, lo había incendiado sin darse cuenta. Tenía fama de ser un hombre listo. Llevaba allí tres meses a la espera de juicio y, aunque aún tendría que esperar mucho tiempo más, se le veía bastante resignado y conforme, dado que comía y bebía gratis y consideraba que lo trataban bien.

Él ocupaba una ventana y yo la otra, y me di cuenta de que, si uno se quedaba allí mucho tiempo, mirar por la ventana se convertía en su única ocupación. No tardé en leer todos los panfletos que habían ido dejando allí los anteriores prisioneros, en examinar por dónde se habrían escapado algunos —por dónde habían serrado las rejas— y en conocer la historia de varios de los ocupantes de aquella celda, pues descubrí que, incluso allí, había historias y habladurías que nunca salían de las paredes de la cárcel. Es probable que éste sea el único lugar en toda la ciudad

donde se componen versos, que luego se imprimen y circulan, pero no se publican. El individuo me enseñó una larga lista de versos compuestos por jóvenes a quienes habían interceptado en un intento de fuga y que los cantaban para vengarse.

Por si no volvía a verlo nunca más, le sonsaqué a mi compañero toda la información que pude, pero al final me indicó cuál era mi cama y se apartó de mí para apagar la lámpara.

Pasar allí la noche fue como viajar a un país lejano que jamás hubiese esperado conocer. Me parecía que nunca había oído repicar el reloj del ayuntamiento ni los sonidos de la noche, pues dormíamos con las ventanas abiertas por dentro de los barrotes. Era como contemplar mi pueblo natal a la luz del Medievo y nuestro Concord convertido en un afluente del Rin, y visiones de caballeros y castillos desfilaron ante mí. Oí las voces de los viejos burgueses en las calles y fui espectador y oyente involuntario de todo lo que se hacía y se decía en la cocina de la posada de al lado: una experiencia absolutamente nueva y extraordinaria para mí. Fue un acercamiento a mi pueblo natal. Me metí de lleno en él. Nunca antes había conocido sus instituciones y ésta es una de las más peculiares, ya que se trata de una cabeza de partido. Por fin empecé a comprender a sus habitantes.

Por la mañana, nos pasaron el desayuno por el agujero de la puerta en unas latitas rectangulares hechas a medida que contenían una pinta de chocolate, pan moreno y una cuchara de hierro. Cuando volvieron a recoger los recipientes, estuve a punto de devolver el pan que me había sobrado, pero mi camarada lo cogió y me dijo que lo guardara para el almuerzo o la cena. Poco después lo dejaron salir para que acudiera a su trabajo diario, pues se dedicaba a segar heno en un campo vecino, del que no volvía hasta mediodía, así que se despidió de mí y me dijo que dudaba que nos volviéramos a ver.

Cuando salí de la cárcel —pues alguien intercedió por mí y pagó el impuesto—, no aprecié que se hubieran producido

grandes cambios en general, como le ocurre al que ingresa en prisión siendo un muchacho y sale convertido en un anciano lleno de canas, y, sin embargo, se había producido cierto cambio en el paisaje —en el pueblo, en el Estado y en el país—, un cambio mayor que el que hubiera provocado el mero paso del tiempo. Vi claramente el Estado en el que vivía. Comprendí hasta qué punto podía confiar en la gente con la que vivía como vecinos o amigos; que su amistad era sólo para las maduras; que no se proponían en gran medida hacer el bien; que, por sus prejuicios y supersticiones, pertenecían a una raza distinta a la mía, como los chinos y los malayos, quienes, en sus sacrificios a la humanidad, no asumían riesgo alguno ni tampoco sus bienes. Comprendí que, después de todo, no eran tan nobles, sino que le daban al ladrón de su propia medicina y esperaban, mediante la observancia de ciertas formalidades y unas cuantas oraciones y caminando de vez en cuando por una senda recta pero inútil, salvar sus almas. Puede que juzgue a mis vecinos con dureza, pero creo que muchos de ellos no son conscientes de que tienen una institución como la cárcel en su pueblo.

Antes, cuando un deudor insolvente salía de la cárcel, era costumbre en nuestro pueblo que la gente lo saludase mirando a través de sus dedos cruzados para representar los barrotes de la cárcel. «Hola, ¿qué tal?». Pero mis vecinos no me saludaron así, sino que se limitaron a mirarme y luego se miraron unos a otros, como si hubiera vuelto de un largo viaje. El día anterior me habían arrestado cuando iba de camino al zapatero a recoger un zapato que me había remendado y, cuando esa mañana me pusieron en libertad, me dispuse a acabar el recado: me calcé el zapato y me uní a un grupo de recolectores de arándanos que querían que les hiciera de guía y, al cabo de media hora —pues apenas tardé en aparejar el caballo—, estaba en medio de un campo de bayas situado en una de nuestras colinas más altas, a dos millas de distancia, y allí no se veía al Estado por ninguna parte.

Ésta es la historia completa de «Mis prisiones»[13].

Nunca me he negado a pagar el impuesto de carreteras porque deseo ser tan buen vecino como mal súbdito y, en lo que respecta al mantenimiento de las escuelas, estoy poniendo mi granito de arena para contribuir a la educación de mis conciudadanos. No es por ninguna particularidad del impuesto por lo que me niego a pagarlo. Simplemente deseo retirarle mi lealtad al Estado, apartarme de él y mantenerme al margen de una manera efectiva. Aunque pudiera hacerlo, no me molestaría en conocer adónde va a parar mi dinero, si se destina a comprar a un hombre o un mosquete con el que dispararle —el dinero es inocente—, pero sí me molestaría en conocer las consecuencias de mi lealtad. De hecho, le declaro la guerra al Estado a mi manera, pacíficamente, aunque aún seguiré haciendo uso de él y le sacaré todo el provecho posible, como es habitual en estos casos.

Si, por simpatía al Estado, otros pagan el impuesto que se me pide, sólo estarán haciendo lo que ya han hecho en su propio caso o, más bien, estarán siendo mucho más cómplices de la injusticia de lo que exige el Estado. Si pagan el impuesto por un interés equivocado en el individuo afectado, para salvar sus propiedades o para evitar que vaya a la cárcel, es porque no han considerado con sensatez hasta qué punto permiten que sus sentimientos personales interfieran en el bien público.

Ésta es, por tanto, mi postura actual, aunque en estos casos nunca se está demasiado en guardia para evitar que los propios actos se desvíen por obstinación o por un respeto indebido a las opiniones de los demás. Dejemos que cada uno haga sólo lo que le corresponda y en su debido momento.

[13] Alusión a la obra *Mis prisiones* de Silvio Pellico (1789-1854), patriota, escritor y poeta italiano que permaneció cerca de ocho años en prisión por motivos políticos.

A veces creo que estas gentes tienen buenas intenciones pero que son ignorantes y actuarían mejor de saber cómo hacerlo. ¿Por qué poner a tu vecino en la difícil tesitura de tratarte de un modo contrario a sus inclinaciones? A veces creo, repito, que ésta no es razón suficiente para que yo actúe como ellos ni para que permita que alguien sufra males mayores de diferente naturaleza. De nuevo, a veces me digo a mí mismo: cuando muchos millones de hombres sin odio, sin mala voluntad y sin sentimientos personales de ningún tipo, te piden sólo unos cuantos chelines sin la posibilidad, tal es su constitución, de que alteren o retiren esa exigencia y sin la posibilidad, por tu parte, de apelar a otros tantos millones, ¿por qué tendrías que exponerte a su aplastante fuerza bruta? Tú no te enfrentas al frío y al hambre, al viento y a las olas con esa obstinación, sino que te sometes resignado a mil necesidades similares. No metes la cabeza en el fuego. Pero, en la misma proporción en que considero que ésta no es totalmente una fuerza bruta, sino en parte humana, y que tengo relación con esos millones, en cuanto que son millones de personas y no de meros animales o cosas inanimadas, veo que la apelación es posible, en primer lugar y de modo inmediato, de ellos hacia su Creador y, en segundo lugar, de ellos hacia sí mismos. Por el contrario, si metiera deliberadamente la cabeza en el fuego, no habría apelación posible, ni al fuego ni al Creador del fuego, y sólo yo habría de cargar con las consecuencias. Si pudiera convencerme a mí mismo de que tengo derecho a estar satisfecho de los hombres tal como son y a tratarlos en consecuencia y no conforme a mis propios requisitos y mis expectativas, en ciertos aspectos, de lo que tanto ellos como yo deberíamos ser, entonces, como buen musulmán y fatalista, intentaría contentarme con las cosas tal como son y decir que se trata de la voluntad de Dios. Y, por encima de todo, está la diferencia entre enfrentarse a esto y a una mera fuerza animal o natural, pues, al enfrentarme a ello consigo algún resultado,

pero no puedo pretender cambiar la naturaleza de las rocas, los árboles y las bestias, como hacía Orfeo.

No deseo discutir con ningún hombre o nación. No deseo ser quisquilloso, ni hacer distinciones sutiles ni alardear de ser mejor que mis vecinos. Diría que incluso busco una excusa para someterme a las leyes del país. Estoy más que dispuesto a someterme a ellas. De hecho, tengo motivos de sobra para desconfiar de mi postura y, cada año, cuando llega el recaudador de impuestos, me dispongo a revisar las leyes y la posición de los gobiernos general y estatal, así como el sentir del pueblo, en busca de un pretexto para someterme a ellas.

Hemos de querer a nuestro país como a nuestros padres,
Y, si en algún momento, dejamos de honrarlo con nuestro amor y nuestro esfuerzo,
Hemos de atenernos a las consecuencias y educar el alma
En cuestiones de conciencia y religión,
Y no en deseos de poder o beneficio propio[14].

Creo que el Estado pronto será capaz de quitarme esta preocupación y entonces no seré mejor patriota que mis conciudadanos. Desde un punto de vista inferior, la Constitución, con todos sus defectos, es muy buena; las leyes y los tribunales son muy respetables, incluso el Gobierno del país y el del Estado son, en muchos aspectos, muy admirables y excepcionales, algo por lo que deberíamos estar agradecidos, y así los han descrito muchos hombres ilustres. Pero desde un punto de vista un poco más elevado, son como los he descrito yo; y desde un punto de vista todavía más alto, el máximo posible, ¿quién sabría decir lo que son o si merece la pena mirarlos o siquiera pensar en ellos?

[14] Versos pertenecientes a la obra *The Battle of Alcazar* (1594), del dramaturgo británico George Peele, contemporáneo de Shakespeare.

Sin embargo, el Gobierno no me preocupa demasiado, así que pensaré en él lo menos posible. No son muchas las ocasiones en las que vivo bajo su mandato, ni siquiera en este mundo nuestro. Si un hombre piensa con libertad, sueña con libertad e imagina con libertad, difícilmente le parecerá que *es* aquello que *no es* y ni los gobernantes ni los reformadores ineptos podrán hacerle cambiar de opinión.

Sé que la mayoría de los hombres no comparte mi manera de ver las cosas, pero aquellos que dedican sus vidas profesionalmente al estudio de estos temas u otros semejantes me satisfacen tan poco como los demás. Los hombres de Estado y los legisladores se hallan tan inmersos en la institución que no son capaces de contemplarla con claridad y distancia. Hablan de cambiar la sociedad, pero no se sienten a gusto en una nueva. Puede que sean hombres de cierta experiencia y criterio y que, sin duda, hayan inventado sistemas ingeniosos e incluso útiles por los que, sinceramente, les damos las gracias, pero todo su ingenio y su utilidad coexisten dentro de unos límites muy reducidos. A menudo se olvidan de que el mundo no está gobernado por la política ni por la conveniencia. Webster[15] jamás va más allá de lo que dicta el Gobierno y por eso no puede hablar de él con autoridad. Sus palabras son sabias para aquellos legisladores que no contemplan una reforma esencial del Gobierno existente, pero, para los pensadores y para aquellos que legislan con ideas de futuro, no llega siquiera a vislumbrar el problema. Conozco a algunos que, con sus sabias y serenas especulaciones sobre este tema, no tardarían en revelar cuán limitados son el alcance y la apertura de su mente. Y, no obstante, si las comparamos con las pobres manifestaciones de la mayoría de los reformadores y con las todavía más pobres sabiduría y elocuencia de los políticos en general, sus palabras son casi las únicas sensatas y válidas, y damos gracias al cielo por que exista un político como él. Comparado con los demás, él es siempre fuerte, original y, sobre todo, práctico. Sin embargo, su mayor cualidad no es la sabiduría, sino la prudencia. La verdad que defiende el abogado no es la Verdad con mayúsculas, sino la coherencia o una conveniencia coherente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma y su principal cometido no es poner de manifiesto aquella justicia compatible con las malas acciones. Bien merece que lo llamen, como ya lo han hecho, el Defensor de la Constitución. En realidad, todos los golpes que da son defensivos. No es un líder, sino un seguidor. Sus líderes son los hombres del ochenta y siete[16]. «Nunca me he esforzado —dice— ni pienso esforzarme, nunca he consentido ningún esfuerzo, ni pienso consentirlo ahora, para alterar el acuerdo original mediante el cual los diversos estados constituyeron la Unión». Y respecto al hecho de que la Constitución contemple la esclavitud, afirma: «Ya que forma parte del pacto original, dejémosla estar». Pese a su especial perspicacia y habilidad, es incapaz de extraer un hecho de sus relaciones meramente políticas y contemplarlo de manera puramente intelectual (por ejemplo, preguntarse qué le corresponde hacer a un hombre en la América actual con respecto al problema de la esclavitud), sino que se aventura o se ve obligado a dar una respuesta tan descabellada como la siguiente, mientras pretende hablar en términos absolutos y desde un punto de vista personal (¿qué nuevo y singular sistema de valores sociales podríamos inferir de ahí?): «El modo en que regulen la esclavitud los Gobiernos de los estados donde tal esclavitud existe —dice— depende de ellos mismos, de su propia responsabilidad ante sus electores, ante las leyes generales de la propiedad, la humanidad y la justicia, y ante Dios. Las asociaciones que puedan constituirse

[15] Daniel Webster (1782-1852), destacado político estadounidense del periodo anterior a la Guerra de Secesión.

[16] Los hombres que redactaron la Constitución de 1787.

en otra parte surgidas de un sentimiento de humanidad, o por cualquier otra causa, no tienen nada que ver con esta cuestión. Yo nunca he abogado por ellas y nunca lo haré»[17].

Los que no conocen fuentes más puras de la verdad ni han remontado su curso hasta su nacimiento, permanecen, sabiamente, del lado de la Biblia y la Constitución y beben de ellas con reverencia y humildad, pero aquellos que se preguntan de dónde procede el agua que alimenta este lago o aquel estanque vuelven a ceñirse los cinturones y continúan su peregrinaje en busca del manantial.

En América no ha habido ni un solo hombre con talento para legislar. Esos hombres son escasos en la historia del mundo. Hay miles de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero hasta ahora no ha abierto la boca el orador capaz de zanjar las cuestiones más controvertidas del momento. Nos encanta la elocuencia por sí misma, no por la verdad que conlleve ni por el heroísmo que inspire. Nuestros legisladores aún no han aprendido el valor relativo que poseen, para una nación, el libre comercio y la libertad, la unión y la rectitud. Carecen de genio o talento para cuestiones relativamente modestas como los impuestos o las finanzas, el comercio, la industria y la agricultura. Si nos dejáramos guiar únicamente por la ingeniosa facundia de los legisladores del Congreso, sin la contraposición de la oportuna experiencia del pueblo y sus eficaces reclamos, América no tardaría en perder su rango entre las naciones. El Nuevo Testamento, aunque tal vez no debiera decirlo, se escribió hace mil ochocientos años y, sin embargo, ¿dónde está el legislador con sabiduría y talento suficientes para valerse de la luz que arroja sobre la ciencia de la legislación?

[17] Estos extractos se insertaron después de que fuera pronunciada la conferencia (N. del A.). [Recordemos que Thoreau pronunció el texto que nos ocupa ante el Lyceum de Concord en 1848 con el título *On the Duty of Civil Disobedience* antes de ser publicado en 1849 como *Resistance to Civil Government*].

La autoridad del Gobierno, incluso aquella a la que estoy dispuesto a someterme —pues de buena gana obedeceré a quienes saben y pueden hacerlo mejor que yo, y, en muchos aspectos, hasta a quienes no sepan ni puedan hacerlo tan bien—, sigue siendo impura: para ser estrictamente justa, ha de contar con la sanción y el consentimiento de los gobernados. No puede ejercer más derecho sobre mi persona y propiedades que el que yo le conceda. El progreso de una monarquía absoluta a una limitada, y de una monarquía limitada a una democracia, es un progreso hacia el verdadero respeto por el individuo. Incluso el filósofo chino fue lo suficientemente sabio como para comprender que el individuo era la base del imperio. ¿Es la democracia, tal como la conocemos, la última mejora posible en cuestión de Gobierno? ¿No es posible dar un paso más hacia el reconocimiento y la organización de los derechos del hombre? Nunca habrá un Estado realmente libre e ilustrado hasta que éste reconozca al individuo como un poder superior e independiente, del cual se derivan su propio poder y autoridad, y lo trate en consecuencia. Me complazco imaginando un Estado que por fin sea capaz de ser justo con todos los hombres y trate al individuo con respeto como vecino; que no considere incompatible con su propia tranquilidad que unos pocos vivan al margen de él, sin interferir en sus asuntos, pero tampoco acogiéndose a él, sino limitándose a cumplir con sus obligaciones como vecinos y compañeros. Un Estado que diera ese fruto y dejara que cayera tan pronto como estuviera maduro prepararía el camino para otro Estado aún más perfecto y glorioso, que también imagino, pero que todavía no he visto por ninguna parte.

Hace poco asistí a una reunión de los ciudadanos de Concord, con la esperanza, como otros muchos, de hablar sobre el tema de la esclavitud en Massachusetts, pero me sorprendió y me decepcionó averiguar que lo que había llevado a reunirse a mis conciudadanos era el destino de Nebraska[1] y no el de Massachusetts y que lo que yo pensaba decir estaría completamente fuera de lugar. Creía que las barbas que debíamos remojar eran las nuestras y no las del vecino, pero, aunque algunos de los ciudadanos de Massachusetts se hallan ahora en prisión por intentar rescatar a un esclavo de las garras del Estado[2], ninguno de los oradores que se habían dado cita allí expresó su pesar por ello ni lo mencionó siquiera. Lo único que parecía preocuparles era la disposición de unas tierras salvajes a miles de millas de distancia. Los habitantes de Concord no están preparados para permanecer junto a ninguno de sus propios puentes, pero no dejan de hablar de establecerse en las tierras altas al otro lado del río Yellowstone. Nuestros Buttricks, Davises y Hosmers se están batiendo en retirada hacia allí y mucho me temo que no van

[1] La ley de Kansas-Nebraska de 1854 establecía un gobierno territorial para lo que más tarde pasarían a ser los estados de Kansas y Nebraska. Varios grupos antiesclavistas vieron en esto un intento de propagar la esclavitud y, con el fin de evitarlo, fundaron el nuevo Partido Republicano.
[2] El 26 de mayo de 1854, los abolicionistas irrumpieron en el Palacio de Justicia de Boston para liberar al esclavo Anthony Burns. Trece de ellos fueron arrestados y un alguacil resultó muerto en el ataque.

a dejar ningún Lexington Common entre ellos y el enemigo[3]. No hay ningún esclavo en Nebraska, pero tal vez haya un millón de ellos en Massachusetts.

Los que han sido educados en la escuela de la política son incapaces, ahora y siempre, de afrontar los hechos. Sus medidas lo son sólo a medias, son meras improvisaciones. Aplazan indefinidamente la fecha de liquidación y, mientras tanto, la deuda se acumula. Aunque la Ley de Esclavos Fugitivos no fuera objeto de debate en esa ocasión, mis conciudadanos por fin decidieron tímidamente, en una reunión que se pospuso, por lo que tengo entendido, que, habiendo sido rechazado por una de las partes el compromiso de 1820, la Ley de Esclavos Fugitivos de 1850 debía revocarse[4]. Sin embargo, ésa no es razón para revocar una ley inicua. El hecho al que se enfrenta el político es sólo que hay menos honor entre ladrones del que se suponía y no al hecho de que sean ladrones.

Como no tuve la posibilidad de expresar mis pensamientos en esa reunión, ¿me permitiréis que lo haga aquí?

El Palacio de Justicia de Boston ha vuelto a llenarse de hombres armados que retienen prisionero y juzgan a un HOMBRE para averiguar si en realidad es un ESCLAVO. ¿Alguien cree que la justicia o Dios están a la espera de lo que dictamine el señor Loring[5]? Que él esté allí sentado decidiendo cuando la decisión ya está

[3] Thoreau alude a un célebre episodio que tuvo lugar en el North Bridge de Concord el 19 de abril de 1775, durante la Guerra de Independencia, cuando John Buttrick, uno de los líderes de la milicia de Concord, mandó abrir fuego contra las tropas británicas tras la muerte del capitán Davis y del soldado Hosmer.

[4] En 1850 se aprobaron cinco proyectos de ley impulsados por el senador liberal Henry Clay y por el demócrata Stephen Douglas para resolver algunas tensiones surgidas con la colonización de California y la anexión de territorios después de la guerra con México (1846-1848), que dieron lugar a conflictos territoriales y a la discusión sobre la legalidad de la esclavitud en los nuevos estados. Este paquete, conocido como el Compromiso de 1850, venía a corroborar los acuerdos del llamado Compromiso de Misuri o Compromiso de 1820 y una de sus medidas más importantes fue la aprobación de la Ley de Esclavos Fugitivos.

[5] Edward G. Loring (1802-1890): juez de Massachusetts que sentenció a Burns a volver junto a su «amo» sureño por la Ley de Esclavos Fugitivos de 1850.

tomada desde la eternidad, y el esclavo analfabeto y la multitud que lo rodea ya hace tiempo que la han oído y aceptado, es ponerse en ridículo. Puede que nos veamos tentados a preguntar quién lo ha nombrado en su cargo y quién es él para recibirlo, a qué nuevos estatutos obedece y qué precedentes tiene de autoridad. La misma existencia de tal árbitro es ya una impertinencia. No queremos que tome una decisión, sino que se vaya.

Aguzo el oído para escuchar la voz del gobernador[6], del comandante en jefe de las fuerzas de Massachusetts, pero lo único que percibo es el cricrí de los grillos y el zumbido de los insectos que colman el aire estival. La gran proeza del gobernador consiste en pasar revista a las tropas los días señalados. Lo he visto a lomos de su caballo, sin sombrero, escuchando las oraciones del capellán. Y eso es todo lo que he visto de él. Creo que podría arreglármelas perfectamente sin ningún gobernador que se precie. Si ni tan siquiera es capaz de impedir que me secuestren, ¿de qué me sirve? Cuanto más amenazada está la libertad, más se afana en esconderse. Un distinguido clérigo me dijo una vez que había escogido la profesión del sacerdocio porque le permitía tener más tiempo libre para dedicarlo a sus intereses literarios. Yo le recomendaría la profesión de gobernador.

Hace tres años, cuando se produjo la tragedia de Sims[7], me dije: «Tenemos un funcionario, no ya un hombre, como gobernador de Massachusetts[8]. ¿Qué ha estado haciendo los últimos quince días? ¿Asegurarse de cubrirse bien la cabeza durante este terremoto moral?». Me dio la impresión de que no se le habría

[6] Henry Joseph Gardner (1819-1892), gobernador de Massachusetts de 1855 a 1858, simpatizante del movimiento «Know Nothing», inspirado por el temor hacia los inmigrantes católicos irlandeses, cuyo número crecía de forma ostensible en las principales ciudades de Estados Unidos, al considerarlos hostiles a los valores estadounidenses.

[7] Thomas Sims fue un esclavo que se escapó de Georgia siendo adolescente, pero fue arrestado en Boston en 1851 por la Ley de Esclavos Fugitivos y devuelto a su amo. Su caso se convirtió en una causa célebre entre el movimiento abolicionista.

[8] George S. Boutwell (1818-1905).

podido lanzar una crítica más mordaz ni un insulto más hiriente que justamente lo que sucedió: la ausencia de todo interés sobre su persona en medio de semejante crisis. Lo peor y lo máximo que he llegado a saber de él es que no aprovechó esa oportunidad para darse a conocer, para ser conocido dignamente. Al menos podría haberse *rendido* al peso de la fama. Parecía que todos se hubieran olvidado de que existía tal hombre o tal cargo. Y, sin embargo, no cabe la menor duda de que trató de ocupar el sillón gubernamental todo el tiempo. No era mi gobernador. No me gobernaba en absoluto.

Pero, por fin, en el caso que nos ocupa, hemos oído al gobernador. Después de que él y el Gobierno de los Estados Unidos le hubieran arrebatado para siempre su libertad a un pobre hombre negro inocente y, en la medida de lo posible, hasta la más íntima semejanza con su Creador, ¡dio un discurso ante sus cómplices en una cena de celebración!

He leído una ley reciente de este Estado que castiga al funcionario de la «Commonwealth[9]» que «detenga o colabore en la... detención», en cualquier lugar dentro de sus límites, «de cualquier persona acusada de ser un esclavo fugitivo». Además, el hecho de que el auto de reivindicación para liberar al fugitivo de la custodia de los federales no pudiera cumplirse por falta de apoyo suficiente para secundar al funcionario fue de todo punto reprobable[10].

[9] El Estado de Massachusetts se llama oficialmente «Commonwealth of Massachusetts». En Estados Unidos existen cuatro estados que se designan oficialmente con el vocablo «Commonwealth», en lugar del más usual *state*, son: Kentucky, Massachusetts, Pensilvania y Virginia. Esta denominación se mantiene por motivos históricos y no tiene ningún efecto constitucional sobre sus competencias ni su régimen dentro de la Unión. La palabra «Commonwealth» es una traducción libre de la locución latina *res publica*, y estos estados la adoptaron al alcanzar la independencia, para subrayar el hecho de que su forma de gobierno se basaba en el consentimiento de los ciudadanos y no en los argumentos tradicionales de legitimidad monárquica de la época en que eran colonias británicas.

[10] El soldado federal Watson Freeman recibió un auto de reivindicación, pero se negó a cumplirlo alegando que había detenido a Burns mediante procedimientos legales. Freeman

Pensaba que el gobernador era, en cierto sentido, el brazo ejecutor del Estado, que su función como gobernador era velar por que las leyes del Estado se ejecuten, mientras que, como hombre, se preocupaba por que, al hacerlo, no se transgrediesen las leyes de la humanidad, pero, cuando se le exige algún servicio especial o importante, sirve de poco o de nada y consiente que las leyes del Estado no se cumplan. Tal vez yo desconozca cuáles son las obligaciones del gobernador, pero, si ser gobernador requiere sucumbir a semejante ignominia, si consiste en poner límites a mi propia humanidad, me cuidaré muy mucho de convertirme alguna vez en gobernador de Massachusetts. No he seguido profundizando en los estatutos de esta Commonwealth. No es una lectura provechosa. No siempre dicen la verdad ni quieren decir siempre lo que dicen. Lo que me preocupa saber es que la influencia y la autoridad de ese hombre estaban de parte del amo y no del esclavo, del culpable y no del inocente, de la injusticia y no de la justicia. Nunca he visto al hombre del que hablo; en realidad, no sabía que era gobernador hasta que estos hechos ocurrieron. Oí hablar de él y de Anthony Burns al mismo tiempo, como sin duda le sucederá a la mayoría. Estoy muy lejos de reconocerme bajo su mandato. No quiero decir que juegue en su contra el hecho de que nunca hubiera oído hablar de él, sólo lo constato. Lo peor que podría decir de él es que no ha demostrado ser mejor de lo que probablemente demostraría ser la mayoría de sus electores. En mi opinión, no ha estado a la altura de las circunstancias.

Todas las fuerzas militares del Estado se hallan ahora al servicio de un tal señor Suttle, esclavista de Virginia, para ayudarle a recuperar a un hombre que él considera de su propiedad, ¡pero

contaba con un fuerte apoyo civil y militar. El coronel de Boston Charles Emery expresó su disposición a cumplir el auto y liberar al prisionero siempre que se le proporcionaran medios suficientes para hacer frente a las fuerzas de Freeman.

ningún soldado se ha ofrecido para salvar de un secuestro a un ciudadano de Massachusetts! ¿Para eso es para lo que han servido todos estos soldados, toda esa *instrucción*, en los últimos setenta y nueve años? ¿Han sido instruidos sólo para saquear México y devolver a los esclavos fugitivos a sus amos?

Estas últimas noches he oído el redoble de un tambor en nuestras calles. Había hombres que seguían *instruyéndose*, y ¿para qué? Si hiciera un esfuerzo, podría perdonar que los gallitos de Concord cacarearan sin tregua por que no los hubieran derrotado esa mañana, pero no podría excusar este continuo rataplán de los milicianos. Pues fue precisamente un hombre como cualquiera de ésos, a saber, un soldado, del que lo mejor que podríamos decir en este caso es que se trata de un idiota vestido de uniforme, quien se encargó de devolver al esclavo.

Hace tres años también, justo una semana después de que las autoridades de Boston se congregaran para devolver a un hombre completamente inocente, y a sabiendas de que lo era, a la esclavitud, los habitantes de Concord tocaban las campanas y disparaban salvas para celebrar su propia libertad y la valentía y el amor de sus ancestros, que lucharon en el puente de Concord. Como si *esos* tres millones hubieran luchado por el derecho a ser libres, pero esclavizando a otros tres millones. Hoy en día, los hombres llevan un gorro de bufón y lo llaman gorro de la libertad. Incluso me atrevería a decir que hay algunos que, si los ataran a un poste para ser azotados y consiguieran soltar una mano, la usarían para tocar las campanas y disparar salvas para celebrar *su* libertad. Así, algunos de mis conciudadanos se tomaron la libertad de tocar y disparar: he ahí toda la extensión de su libertad. Y, cuando el sonido de las campanas se desvaneció, su libertad se desvaneció también; cuando toda la pólvora se gastó, su libertad se disipó con el humo.

La broma no sería más redonda si los reclusos de las prisiones pagaran una cuota por toda la pólvora que fuera a utilizarse en

esas salvas y contrataran a los carceleros para que tocaran las campanas y dispararan los cañones mientras ellos disfrutaban del espectáculo desde detrás de las rejas.

Tal era la opinión que tenía de mis vecinos.

Cada vez que cualquiera de los humanitarios e inteligentes habitantes de Concord oía esas campanas y esos cañones, no pensaba con orgullo en los acontecimientos del 19 de abril de 1775, sino con vergüenza en los acontecimientos del 12 de abril de 1851. Pero ahora hemos medio enterrado esa antigua vergüenza bajo otra nueva.

Massachusetts se ha sentado a esperar la decisión del señor Loring, como si eso pudiera afectar de algún modo a su propia criminalidad. Su delito, el más evidente y funesto de todos, fue permitirle que ejerciera de árbitro en un caso como éste. En realidad era a Massachusetts a quien se estaba juzgando. Cada vez que dudaba sobre si liberar o no a ese hombre, cada vez que ahora duda sobre si expiar su propio delito, se está declarando culpable. En su caso, el comisario es Dios, no Edward G. Dios, sino simplemente Dios.

Quisiera que mis compatriotas considerasen que, cualquiera que sea la ley humana, ningún individuo ni nación pueden cometer el menor acto de injusticia contra el más insignificante de los hombres sin ser castigado por ello. Un Gobierno que actúa con injusticia deliberada y reiteradamente, a la larga acabará convirtiéndose en el hazmerreír del mundo.

Se ha hablado mucho acerca de la esclavitud americana, pero yo creo que ni siquiera nos hemos dado cuenta de lo que representa la esclavitud. Si le propusiera seriamente al Congreso convertir a la humanidad en salchichas, estoy seguro de que la mayoría de sus miembros sonreiría ante mi proposición y, en caso de que alguno creyera que iba en serio, daría por hecho que estaba proponiendo algo mil veces peor de lo que el Congreso haya hecho nunca. Pero si alguno de ellos me dijera que

convertir a un hombre en salchicha sería mucho peor, mil veces peor que convertirlo en esclavo, que aprobar la Ley de Esclavos Fugitivos, entonces lo acusaría de estupidez, de incapacidad intelectual, de establecer una distinción cuando no hay diferencia alguna entre ambas propuestas: las dos son igual de sensatas.

He oído que se habla de pisotear esta ley. Y no nos costaría nada, pues esta ley no se eleva a la altura de la cabeza ni de la razón, sino que se revuelca por el fango. Nació, se crió y vive entre la mugre y el lodo, a la altura de los pies, y el que camina con libertad y no evita, con misericordia hindú, pisar los reptiles venenosos, la pisará irremediablemente y la aplastará bajo sus pies, a ella y a Webster, su artífice, como a un escarabajo pelotero con su bola.

Los recientes acontecimientos constituyen una crítica perfecta a nuestra administración de justicia o, más bien, una muestra perfecta de cuáles son los verdaderos recursos de la justicia dentro de cualquier comunidad. Los amigos de la libertad, los amigos del esclavo, se han estremecido al comprender que el destino de éste dependía de la decisión de los tribunales del país. Así son las cosas. Los hombres libres no confían en que la justicia resulte victoriosa en este caso. Decida lo que decida el juez, no será más que una mera casualidad. Está claro que no es una autoridad competente en un caso de tamaña importancia. No es momento, pues, de juzgar según los precedentes, sino de establecer un precedente para el futuro. Prefiero confiar en el sentir del pueblo. De sus votos al menos se extrae algo de valor, por pequeño que sea, pero en el otro caso, sólo el juicio restringido de un individuo sin valor alguno, sea cual sea.

En cierto modo, es fatal para los tribunales que la gente se vea obligada a tomarse la justicia por su mano. No quiero creer que los tribunales se crearon sólo para los buenos tiempos y para los casos meramente civiles, pero ¡pensemos qué pasaría si dejáramos que cualquier tribunal del país decidiera si más de tres

millones de personas, en este caso, una sexta parte de la nación, tienen derecho a ser libres o no! Pues esa tarea se les ha confiado a los llamados tribunales de *justicia* —al Tribunal Supremo del país— que, como todos sabéis, sin reconocer otra autoridad que la Constitución, han decidido que esos tres millones son y seguirán siendo esclavos. Tales jueces no son más que los inspectores de las herramientas del ladrón y del asesino, quienes les dicen si están en buenas condiciones o no, y creen que su responsabilidad termina ahí. Entre las causas pendientes había una que, como jueces elegidos por Dios, no tenían derecho a desestimar; una causa que, de haberse resuelto justamente, los habría salvado de esta humillación. Se trataba del caso del propio asesino.

La ley nunca hará libres a los hombres; son los hombres quienes han de hacer libre a la ley. Los amantes de la ley y el orden son los que observan la ley cuando el Gobierno la infringe.

Entre los seres humanos, el juez que con sus palabras sella el destino de un hombre más allá de la eternidad no es el que simplemente pronuncia el veredicto de la ley, sino el que, quienquiera que sea, por amor a la verdad y sin los prejuicios de la costumbre o de las leyes de los hombres, emite una opinión verdadera o una *sentencia* respecto a él. Ése es quien lo *sentencia*. Quien es capaz de discernir la verdad ha recibido su cargo de una fuente más alta que la del más importante de los jueces del mundo, que sólo es capaz de discernir la ley. Se constituye así en juez del juez. ¡Qué extraño es que necesitemos enunciar verdades tan elementales!

Cada vez estoy más convencido de que, en lo que respecta a cualquier asunto público, es más importante saber lo que piensa el campo que lo que piensa la ciudad. La ciudad no *piensa* mucho. Preferiría saber la opinión de Boxboro sobre cualquier asunto moral que la de Boston y Nueva York juntas. Cuando Boxboro habla, me siento como si alguien *hubiera* hablado, como si todavía existiera *humanidad* y un ser razonable hubiera

hecho valer sus derechos, como si varios hombres sin prejuicios allá por las colinas del país le hubieran prestado por fin atención al asunto y, con unas pocas palabras sensatas, hubieran redimido la reputación de la raza. Cuando, en un pueblecillo perdido, los granjeros se reúnen en asamblea especial para expresar su opinión sobre algún tema que les preocupa, eso, creo yo, es el verdadero Congreso de los Estados Unidos y el más respetable que haya existido jamás en el país.

Es evidente que en esta Commonwealth hay al menos dos partidos que se van diferenciando cada vez más: el partido de la ciudad y el partido del campo. Sé que el partido del campo es muy inferior, pero me gusta creer que hay una pequeña diferencia a su favor. Por ahora cuenta, si acaso, con algún que otro órgano de expresión. Los editoriales que lee, como las noticias, proceden de la costa. Habitantes del campo, cultivemos el respeto por nosotros mismos. No busquemos en la ciudad nada imprescindible salvo nuestras ropas y víveres, y, si leemos las opiniones de la ciudad, forjemos también las nuestras.

Entre las medidas que deberíamos adoptar, sugiero asaltar la prensa de un modo serio y vigoroso, como ya se ha hecho con la Iglesia, y con gran éxito. La Iglesia ha mejorado mucho en pocos años, pero la prensa, casi sin excepción, sigue estando corrompida. Creo que en este país la prensa ejerce una influencia mayor y más perniciosa que la de la Iglesia en la peor de sus épocas. No somos un pueblo religioso, sino una nación de políticos. No nos preocupa la Biblia, sino el periódico. ¡Qué impertinente sería citar la Biblia en una reunión de políticos como la que se celebró en Concord la otra noche, por ejemplo! Pero ¡qué pertinente sería sacar a colación una cita del periódico o de la Constitución! El periódico es la Biblia que leemos cada mañana y cada tarde, sentados o de pie, en coche o paseando; la Biblia que todo hombre lleva en el bolsillo, que reposa en cada mesa o mostrador y que el correo y miles de misioneros distribuyen continuamente.

Es, en definitiva, el único libro que se publica y se lee en América, de ahí su influencia. El director es un predicador al que mantenemos voluntariamente: el impuesto que pagamos suele ser de un céntimo al día y alquilar un banco en su iglesia no cuesta nada. Sin embargo, ¿cuántos de estos predicadores predican la verdad? Reproduzco el testimonio de muchos extranjeros inteligentes, así como mis propias convicciones, cuando digo que probablemente ningún país ha sido gobernado nunca por una clase de tiranos más mezquina, con unas pocas y nobles excepciones, que la formada por los directores de las publicaciones periódicas de *este* país. Como viven y mandan sólo por servilismo y apelan a la peor y no a la mejor naturaleza del hombre, la gente que los lee es de la misma condición que el perro que vuelve a su vómito.

Hasta donde puedo afirmar, el *Liberator* y el *Commonwealth* fueron los únicos periódicos de Boston que condenaron abiertamente la cobardía y mezquindad de las autoridades de esa ciudad en 1851. Los demás periódicos, casi sin excepción, insultaron como poco el sentido común del país con su modo de referirse a la Ley de Esclavos Fugitivos y a la devolución del esclavo Sims. Y, en general, podría decirse que lo hicieron porque querían ganarse así la aprobación de sus patronos y no eran conscientes de que, en el seno de la Commonwealth, prevalecía en cierta medida un sentimiento más profundo. Me han dicho que algunos de ellos han mejorado últimamente, aunque siguen siendo bastante oportunistas. Tal es la fama que se han labrado.

Por suerte, este predicador puede ser más vulnerable al ataque del reformador que el sacerdote cobarde. A los hombres libres de Nueva Inglaterra les basta con abstenerse de comprar y leer esas páginas, con guardarse su dinero, para acabar con una veintena de ellas de una tacada. Alguien a quien respeto me dijo una vez que había comprado el *Citizen* de Mitchell en el tren y luego lo había tirado por la ventanilla. Pero ¿no habría expresado su desprecio con mayor rotundidad si no lo hubiera comprado?

¿Son americanos?, ¿son de Nueva Inglaterra?, ¿son habitantes de Lexington, Concord y Framingham quienes leen y mantienen el *Post*, el *Mail*, el *Journal*, el *Advertiser*, el *Courier* y el *Times* de Boston? ¿Son ésas las banderas de nuestra Unión? Como no suelo leer los periódicos, tal vez haya omitido el nombre del peor.

¿Podría sugerir la esclavitud un mayor servilismo que el que exhiben estos periódicos? ¿Queda algún polvo que no hayan lamido con su conducta y que no hayan vuelto todavía más repugnante con su baba? No sé si sigue existiendo el *Herald* de Boston, pero recuerdo haberlo visto por las calles cuando se llevaron a Sims. ¿Acaso no cumplió con su papel y sirvió a su amo con total fidelidad? ¿Podría haberse doblegado un poco más? ¿Cómo puede un hombre caer más bajo de lo que ya lo ha hecho? ¿Elevando las extremidades a la altura de la cabeza y convirtiendo su cabeza en la extremidad inferior? Cada vez que he cogido ese periódico con los puños arremangados, he oído el borboteo de la cloaca en cada una de sus columnas. Es como si tuviera en las manos un periódico sacado de las alcantarillas públicas, una hoja del evangelio de la casa de juego, de la licorería y del burdel que armonizase con el evangelio de la Cámara de Comercio.

La mayoría de los hombres del Norte, del Sur, del Este y del Oeste no son hombres de principios. Si votan, no envían a sus representantes al Congreso con un recado de humanidad, sino que, mientras sus hermanos y hermanas son flagelados y colgados por amar la libertad, mientras... —y aquí podría insertar lo que es la esclavitud y lo que implica—, lo único que les preocupa es la mala administración de la madera, del hierro, de la piedra y del oro. ¡Haz lo que te plazca, oh, Gobierno, con mi esposa e hijos, con mi madre y mi hermano o con mi padre y mi hermana! Yo te obedeceré al pie de la letra. Aunque me duela que los hieras, que los entregues a capataces que los persigan con sabuesos o los azoten hasta la muerte, yo continuaré apaciblemente mi camino en esta tierra hermosa hasta que tal vez llegue el día

en que, habiéndome puesto de luto por sus muertes, te persuada para que te aplaques. Ésa es la actitud y ésas son las palabras de Massachusetts.

En lugar de hacer esto, no es necesario que diga qué resorte accionaría, qué sistema trataría de volar por los aires, pero, como amo la vida, me alinearía con la luz y dejaría que la oscura tierra temblase bajo mis pies, y llamaría a mi madre y a mi hermano para que me siguieran.

Les recordaría a mis compatriotas que primero han de ser hombres y después, cuando sea conveniente, americanos. No importa lo valiosa que sea la ley que proteja vuestras propiedades o que mantenga unidos el cuerpo y el alma si no mantiene intacta vuestra humanidad.

Lamento decir que dudo que haya un juez en Massachusetts dispuesto a renunciar a su cargo y a ganarse la vida honradamente cuando se le pida que dicte sentencia bajo una ley contraria a la ley de Dios. Me veo obligado a ver que se ponen, o más bien que por naturaleza lo están, a la misma altura del infante de marina que descarga su mosquete en la dirección que se le ordena. Como ellos, son meras herramientas e igual de insignificantes. Y está claro que no merecen más respeto porque sus amos esclavicen su entendimiento y su conciencia en lugar de sus cuerpos.

Los jueces y abogados —como tales, quiero decir— y todos los hombres de conveniencia, tratan este asunto de una manera muy burda e incompetente. No consideran si la Ley de Esclavos Fugitivos es justa, sino si es lo que ellos llaman *constitucional*. ¿Es la virtud constitucional o lo es el vicio? ¿Es la equidad constitucional o lo es la iniquidad? Cuando se trata de cuestiones morales y vitales tan importantes como ésta, es igual de impertinente preguntar si una ley es constitucional o no que si es o no beneficiosa. Se empeñan en seguir siendo servidores de los peores hombres y no de la humanidad. La cuestión no es si tú o tu abuelo, hace setenta años, firmasteis un acuerdo para servir al diablo

y aún no ha vencido el plazo de ese servicio, sino si, de ahora en adelante y de una vez por todas, servirás a Dios —a pesar de tu propio pasado desleal y el de tu antepasado— obedeciendo a esa CONSTITUCIÓN eterna y justa (la única posible), que Él, y no Jefferson ni Adams, ha escrito dentro de tu ser.

Como resultado, si la mayoría vota al diablo para ser Dios, la minoría vivirá y se comportará en consecuencia y obedecerá al candidato que resulte vencedor confiando en que, en algún momento, mediante el voto decisivo de algún orador, se reinstaure a Dios. Ése es el mayor principio que imagino o concibo para mis vecinos. Estos hombres actúan como si creyeran que pueden deslizarse tranquilamente colina abajo —poco o un buen trecho— y llegar hasta un punto desde donde pudieran remontar la colina con la misma facilidad. Eso es la conveniencia: escoger el camino que ofrece menos obstáculos a los pies, esto es, colina abajo. Pero es imposible lograr una reforma justa por medio de la «conveniencia». Es imposible deslizarse colina arriba. En el terreno de lo moral, los únicos que eligen el camino fácil son los descarriados.

Así, adoramos al becerro de oro, a la escuela, al Estado y a la Iglesia, y, al séptimo día, maldecimos a Dios clamorosamente de un extremo a otro de la Unión.

¿No aprenderá nunca la humanidad que la política no es moralidad, que no asegura ningún derecho moral y que únicamente considera lo que es conveniente, elige al candidato disponible —que siempre es el diablo— y sus electores no tienen ningún derecho a sorprenderse por que éste no se comporte como un ángel de luz? Lo que se necesita no son políticos, sino hombres rectos que reconozcan que hay una ley superior a la Constitución o a la decisión de la mayoría. El destino de la nación no depende de lo que se vote en los comicios; el peor de los hombres vale tanto como el mejor en ese juego; no se trata del tipo de papeleta que depositéis en las urnas una vez al año, sino del tipo de hombre que depositéis en la calle cada mañana.

Lo que debería preocupar a Massachusetts no es la Ley de Nebraska ni la Ley de Esclavos Fugitivos, sino su propia esclavitud y servilismo. Hagamos que la Commonwealth de Massachusetts disuelva su unión con el esclavista. Tal vez vacile y se retuerza y pida permiso para leer la Constitución una vez más, pero no encontrará ninguna ley respetable ni ningún precedente que abogue por la continuidad de esa unión ni por un solo instante.

Que cada habitante del Estado disuelva su unión con él mientras él se demore en cumplir con su deber.

Los acontecimientos del pasado mes me han enseñado a desconfiar de la fama, pues veo que no discrimina con sutileza, sino que aclama con grosería. Sólo considera el simple heroísmo de una acción cuando está conectado con sus consecuencias evidentes. ¡Alaba hasta la ronquera la sencilla proeza del Motín del Té[11], pero en cambio se calla ante el ataque del Palacio de Justicia de Boston, mucho más valiente, desinteresado y heroico, simplemente porque no salió bien!

Ahora, cubierto de desgracia, el Estado se sienta fríamente a juzgar las vidas y libertades de los hombres que intentaron cumplir con el deber que le correspondía a él. ¡Y a eso lo llaman *justicia*! A aquellos que han demostrado que saben comportarse especialmente bien tal vez los pongan entre rejas por *su buen comportamiento*. Aquellos que se han declarado culpables en honor a la verdad son, de entre todos los habitantes de Massachusetts, los más inocentes. Mientras el gobernador, el alcalde y los

[11] La noche del 16 de diciembre de 1773, un grupo de radicales disfrazados de indios mohawk se dirigió al puerto de Boston y arrojó al mar la carga de tres barcos de la Compañía de las Indias Orientales (trescientas cuarenta y tres cajas de té, valoradas en diez mil libras), en protesta por la reciente entrada en vigor de la llamada Ley del Té. Esta ley, aprobada por Jorge III, concedía el monopolio del comercio del té a la Compañía de las Indias Orientales, ya que se le eximía de pagar el impuesto aduanero, le permitía comerciar a unos precios mucho más reducidos que el resto (incluso que los contrabandistas) y hacía que todos los beneficios fueran a parar a Londres. Este acontecimiento se considera uno de los precedentes de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos.

numerosos funcionarios de la Commonwealth andan por ahí sueltos, los defensores de la libertad están encarcelados.

Sólo estará libre de culpa quien cometa el delito de desacato a semejante tribunal. Cada hombre debe velar por que su influencia esté del lado de la justicia y dejar que los tribunales representen su papel. Mis simpatías en este caso están totalmente de parte del acusado y totalmente en contra de la acusación y los jueces. La justicia es dulce y melodiosa, pero la injusticia es amarga y discordante. El juez sigue tocando el organillo, pero no se oye música alguna, sólo el sonido de la manivela. Él cree que toda la música reside en la manivela y la multitud le arroja sus monedas como ha hecho siempre.

¿Creéis que ese Massachusetts que ahora se comporta de esta manera —que vacila en coronar a estos hombres, cuyos abogados e incluso jueces tal vez se vean obligados a buscar alguna excusa de poca monta para no traicionar por completo su sentido instintivo de la justicia— es otra cosa que un Estado ruin y servil? ¿Creéis que es el defensor de la libertad?

Mostradme un Estado libre y un verdadero tribunal de justicia y lucharé por ellos si es necesario; pero mostradme a Massachusetts y le negaré mi lealtad y le expresaré mi desprecio por sus tribunales.

La meta de un buen gobierno es hacer más valiosa la vida; la de un mal gobierno, hacerla menos valiosa. Podemos permitirnos que el ferrocarril y todas las reservas meramente materiales pierdan parte de su valor, pues eso sólo nos llevaría a vivir de una manera más económica y sencilla, pero ¡supongamos que el valor de la propia vida disminuyera! ¿Cómo podríamos exigir menos al hombre y a la naturaleza, cómo podríamos vivir de una manera más económica respecto a la virtud y a todas las cualidades nobles de lo que ya lo hacemos? He vivido el último mes —y creo que todo hombre de Massachusetts que albergue algún sentimiento de patriotismo debe haber tenido la misma

experiencia— con la sensación de haber sufrido una pérdida inmensa e incalculable. Al principio no sabía qué era lo que me afligía, pero al final me di cuenta de que había perdido un país. Nunca había respetado el Gobierno que tenía cerca, pero albergaba la idea absurda de que podía vivir aquí ocupándome de mis propios asuntos y olvidarme de él. Sin embargo, mis viejas y preciadas intenciones han perdido no sé cuánto de su atractivo y siento que mi vida aquí vale un tanto por ciento menos desde que Massachusetts devolvió deliberadamente a un hombre inocente, Anthony Burns, a la esclavitud. Antes vivía, tal vez, con la ilusión de que mi vida transcurría en algún lugar *entre* el cielo y el infierno, pero ahora no puedo convencerme a mí mismo de que no vivo *completamente dentro* del infierno. El terreno que ocupa esa organización política llamada Massachusetts para mí está cubierto, en lo que a la moral se refiere, de escoria volcánica y ceniza, tal como Milton describe las regiones infernales. Si existe algún infierno más desprovisto de principios que nuestros gobernantes, y que nosotros los gobernados, tengo curiosidad por verlo. Cuando la propia vida pierde valor, todas las cosas que ésta acarrea, que contribuyen a ella, también lo pierden. Suponed que tenéis una pequeña biblioteca con paredes repletas de cuadros y un jardín alrededor y que pensáis dedicaros a menesteres científicos y literarios, y de repente descubrís que vuestra casa, con todo lo que contiene, está situada en el infierno y que el juez de paz tiene pezuñas y una cola bífida. ¿No perderían de repente todas esas cosas su valor a vuestros ojos?

Siento que, en cierto modo, el Estado ha interferido de manera funesta en mis asuntos legítimos. No sólo me ha cortado el paso por Court Street para cumplir con mis recados comerciales, sino que nos ha cortado el paso a mí y a todos los hombres en nuestro camino recto y ascendente, por el que confiábamos en dejar atrás Court Street de una vez por todas. ¿Qué derecho tiene

a recordarme Court Street? Me he dado cuenta de que lo que yo tenía por terreno sólido en realidad no es más que un hueco.

Me sorprende ver que los hombres continúan con sus asuntos como si nada hubiera ocurrido y me digo a mí mismo: «¡Pobrecillos! No han oído la noticia». Me sorprende que el hombre con el que acabo de cruzarme a caballo ponga tanto empeño en recuperar sus vacas recién compradas, que se le habían escapado, pues toda propiedad carece de garantía y, si no vuelven a escaparse, puede que se las arrebaten cuando las recupere. ¡Estúpido! ¿No sabe que el grano de maíz vale menos este año, que todas las cosechas prósperas se arruinan al aproximarnos al imperio del infierno? Ningún hombre prudente se construirá una casa de piedra en semejantes circunstancias ni acometerá ninguna empresa de paz que requiera demasiado tiempo. El arte dura tanto como siempre, pero la vida se ve cada vez más interrumpida y sirve menos a los intereses del hombre. No son tiempos de reposo. Ya hemos agotado toda nuestra libertad heredada. Si queremos salvar nuestras vidas, debemos luchar por ellas.

Ahora me dirijo hacia una de nuestras lagunas, pero ¿qué significa la belleza de la naturaleza cuando los hombres son mezquinos? Vamos a los lagos para contemplar nuestra serenidad reflejada en ellos; cuando no estamos serenos, simplemente no vamos. ¿Quién puede estar sereno en un país donde tanto los gobernantes como los gobernados carecen de principios? El recuerdo de mi país arruina mi paseo. En mis pensamientos asesino al Estado y conspiro involuntariamente contra él.

Pero el otro día olí por casualidad un nenúfar blanco y descubrí que la estación que esperaba había llegado. Es el emblema de la pureza. Brota tan puro y hermoso ante nuestros ojos y su aroma es tan dulce que parece que quisiera mostrarnos toda la pureza y dulzura que residen en el fango y el estiércol de la tierra y que pueden extraerse de ellos. Creo que arranqué el primero que se había abierto en una milla. ¡La confirmación de nuestras

esperanzas reside en la fragancia de esta flor! Así que no perderé mi esperanza en el mundo tan pronto, a pesar de la esclavitud, de la cobardía y de la falta de principios de la gente del Norte. Esa dulce fragancia nos sugiere qué tipo de leyes han prevalecido y siguen prevaleciendo e insinúa que llegará el día en que los actos de los hombres la emanen también. Tal es el aroma que desprende esta planta. Si la Naturaleza sigue produciendo esta fragancia todos los años, es que todavía es joven y está llena de vigor, que su integridad y su genio son inigualables y que hay virtud incluso en el hombre, que es capaz de percibirla y amarla. Esto me recuerda que la Naturaleza no forma parte de ningún Compromiso de Misuri. No percibo el olor a compromiso en el aroma del nenúfar. No es ningún *Nymphoea Douglasii*[12]. En él, lo dulce, puro e inocente está completamente separado de lo mezquino y lo obsceno. No huelo en él la irresolución oportunista del gobernador de Massachusetts ni del alcalde de Boston. Ocurre que el olor de nuestros actos puede intensificar la dulzura general de la atmósfera y que, cuando contemplamos u olemos una flor, quizá no nos percatemos de la incongruencia de nuestros actos en relación con ella, pues el olor es sólo una forma de advertirnos de una cualidad moral y, si no se hubiera obrado con justicia, el nenúfar no tendría ese olor tan dulce. El fétido fango simboliza la pereza y el vicio del hombre, la decadencia de la humanidad, y la fragante flor que brota de él, la pureza y la valentía, que son inmortales.

La esclavitud y la servidumbre no producen cada año ninguna flor de dulce fragancia que cautive los sentidos de los hombres, pues carecen de vida real: no son más que muerte y decadencia, una ofensa para los olfatos sanos. No nos quejamos de que *vivan*, sino de que no sean *enterradas*. Que los vivos las entierren: incluso ellas resultarán buenas como abono.

[12] Alusión irónica al senador Stephen A. Douglas, ya mencionado en la nota 4, p. 88.

ces y orina, etc., sin mirar hipócritamente hacia otro lado ni quitar importancia a estas cosas.

Todo hombre edifica un templo, que llama cuerpo, para el dios al que adora, según un estilo propio, y no puede escapar de esta tarea dedicándose en su lugar a martillear el mármol. Todos somos escultores y pintores y los materiales que empleamos son nuestra propia carne, sangre y huesos. La nobleza comienza por refinar los rasgos del hombre; la bajeza o la sensualidad, por embrutecerlos.

John Farmer se sentó a su puerta una tarde de septiembre, después de una dura jornada de trabajo, y aún seguía pensando en su tarea. Después de darse un baño, se recreó en sus pensamientos. Era un atardecer más bien frío, y algunos de sus vecinos tenían miedo de que cayera una helada. Ya hacía rato que había dejado de perseguir la marcha de sus ideas cuando oyó que alguien tocaba una flauta, y aquel sonido armonizó con su estado de ánimo. Aún seguía pensando en su trabajo, el peso de todas esas preocupaciones era tal que, aunque ocupaban su mente sin descanso, se encontró urdiendo planes y proyectos contra su voluntad e implicándose muy poco en ellos. No eran sino una costra que se desprendía con facilidad de su piel. Pero las notas de esa flauta llegaban a sus oídos desde una esfera distinta de aquella en la que él trabajaba y le sugerían una actividad para ciertas facultades que hasta entonces habían permanecido adormiladas. Esa música suprimía la calle, la ciudad y el Estado donde vivía. Una voz le susurró: «¿Por qué sigues aquí y llevas esta vida mezquina y agotadora cuando podrías tener una existencia gloriosa? Esas mismas estrellas centellean también sobre otros campos». Pero ¿cómo escapar de esta condición y emigrar realmente allí? Lo que se le ocurrió entonces fue practicar una sobriedad nueva, permitiendo que su mente descendiera hasta el fondo de su cuerpo y lo redimiera, tratándose a sí mismo con un respeto siempre creciente.

DEFENSA DEL CAPITÁN BROWN

Confío en que me perdonaréis por estar aquí. No es mi intención imponeros mis ideas, pero no me queda otro remedio. A pesar de lo poco que sé del capitán Brown, de buen grado haré cuanto esté en mi mano por corregir el tono y las afirmaciones de los periódicos, y de mis compatriotas en general, con respecto a su carácter y sus actos. No nos cuesta nada ser justos. Al menos podemos expresar nuestra simpatía y admiración por él y por sus compañeros, y eso es lo que me propongo hacer.

Empecemos por su historia.

Procuraré omitir, en la medida de lo posible, lo que ya habéis leído. No es preciso que os describa su físico, pues lo más probable es que la mayoría de vosotros lo hayáis visto y tardéis en olvidarlo. Me han contado que su abuelo, John Brown, fue oficial en la Revolución y que él nació en Connecticut a principios de este siglo, pero enseguida se trasladó con su padre a Ohio. En una ocasión le oí decir que su padre era un contratista que abastecía de carne al ejército desplegado allí durante la guerra de 1812[1]; que solía acompañarlo al campamento y que lo ayudaba, por lo que se convirtió en testigo directo del día a día de la vida militar, más, quizá, que si hubiera sido soldado, pues acostumbraba a estar presente en las reuniones de los oficiales. Sobre todo aprendió por experiencia propia cómo se abastecen y mantienen los

[1] Declarada por el Congreso el 18 de junio de 1812 contra Inglaterra, básicamente por razones comerciales.

ejércitos en el campo, un trabajo que, según él mismo observó, requiere al menos tanta experiencia y destreza como conducirlos a la batalla. Decía que pocas personas son conscientes del coste, incluso pecuniario, que supone disparar una sola bala en la guerra. En cualquier caso, vio lo suficiente como para aborrecer la vida militar y para que ésta le provocara una gran repugnancia. Hasta tal punto fue así que, cuando lo tentaron con un pequeño empleo en el Ejército a los dieciocho años, no sólo declinó la oferta, sino que se negó a recibir instrucción al ser llamado a filas y lo multaron por ello. Entonces decidió que nunca tendría nada que ver con ninguna guerra, a menos que fuera una guerra en pro de la libertad.

Cuando comenzaron las revueltas en Kansas[2], envió allí a varios de sus hijos pertrechados con las armas de que disponía para apoyar al partido del Estado Libre y les dijo que, si la cosa se ponía fea y lo necesitaban, él acudiría para socorrerlos con sus manos y sus consejos. Como todos sabéis, no tardaría en cumplir su palabra y, gracias a su intervención, más que a la de cualquier otro, Kansas fue liberada.

Durante una época de su vida, trabajó como agrimensor y luego se dedicó un tiempo a la cría de ganado lanar y viajó a Europa en calidad de agente a cuenta de ese negocio. Allí, como en todas partes, se mantuvo atento a cuanto lo rodeaba e hizo muchas observaciones originales sobre lo que vio. Decía, por ejemplo, haberse dado cuenta de por qué el suelo de Inglaterra era tan rico y el de Alemania (creo recordar) tan pobre, y pensaba escribir a algunos miembros de la realeza al respecto. Se debía a que, en Inglaterra, el campesinado vive en la tierra que cultiva, mientras que en Alemania vuelve al pueblo por la noche. Es una pena que no escribiera un libro sobre sus reflexiones.

[2] Como ya se ha mencionado con anterioridad, estas revueltas fueron la consecuencia de la ley de Kansas-Nebraska de 1854.

Diría que se trataba de un hombre chapado a la antigua en cuanto a su respeto por la Constitución y a su fe en la estabilidad de esta Unión. Consideraba que la esclavitud, de la que él era el enemigo más acérrimo, se oponía completamente a ambas.

Era un granjero de Nueva Inglaterra por nacimiento y ascendencia, un hombre de gran sentido común, reflexivo y práctico, como son los de su clase, pero diez veces más. Fue el mejor de los que una vez estuvieron en Concord Bridge, en Lexington Common y en Bunker Hill[3], el más firme y el que profesaba principios más elevados que cualquiera de los que he tenido ocasión de oír que lucharan allí. No lo convirtió ningún conferenciante abolicionista. Ethan Allen y Stark[4], con quienes podemos compararlo en ciertos aspectos, se distinguieron en un campo inferior y menos importante. Ellos se enfrentaron valerosamente a los enemigos de su país, pero él ha tenido el valor de enfrentarse a su propio país cuando éste se ha equivocado. Un escritor del Oeste, al dar cuenta de cómo había escapado a tantos peligros, asegura que se ocultaba bajo el «aspecto de un campesino», como si, en esas praderas, lo apropiado fuera que un héroe vistiera con ropas de ciudad.

No fue a esa universidad llamada Harvard, con todo lo antigua y buena alma máter que es. No se alimentó de la papilla que allí se suministra. Como él decía: «No sé más de gramática que uno de vuestros becerros». Pero fue a la gran universidad del Oeste, donde se dedicó de lleno al estudio de la Libertad, por la que ya había mostrado una temprana afición, y, tras licenciarse en varias carreras, finalmente comenzó la práctica pública de la Humanidad en Kansas, como todos sabéis. Tales eran *sus humanidades* y no el mero estudio de la gramática.

[3] Gestas bélicas de la Guerra de Independencia de Estados Unidos.

[4] El ya mencionado Ethan Allen (véase nota 3 de la página 46) y John Stark (1728-1822) fueron héroes de la guerra de Independencia americana. El general Stark derrotó a los ingleses en Bennington, Vermont (1777).

Habría dejado caer mal un acento griego y ayudado a levantarse a un hombre caído.

Pertenecía a esa clase de hombre de la que oímos hablar constantemente, pero de la que lo desconocemos casi todo: el puritano. En vano lo mataríamos. Murió allá en los tiempos de Cromwell y reapareció aquí. ¿Y por qué no? Se dice que algunos de esa estirpe vinieron y se establecieron en Nueva Inglaterra y hacían algo más que celebrar el día de sus antepasados y comer maíz tostado en conmemoración de esos tiempos. No eran ni demócratas ni republicanos, sino hombres de costumbres sencillas, rectos y devotos, que no se fiaban de los gobernantes que no eran temerosos de Dios, ni hacían demasiadas concesiones ni iban en busca de candidatos disponibles.

«En su campamento —como alguien ha escrito recientemente y alguna vez yo mismo le he oído afirmar— no permitía la menor blasfemia ni se admitía la presencia de hombre alguno de dudosa moralidad, a no ser, por supuesto, como prisionero de guerra. "Prefiero —decía— tener en mi campamento la viruela, la fiebre amarilla y el cólera a la vez que a un hombre sin principios... Es un error, señor, que nuestra gente crea que los matones son los mejores combatientes o los hombres adecuados para hacer frente a esos sureños. Deme hombres de buenos principios, hombres temerosos de Dios, hombres que se tengan respeto a sí mismos y, con una docena de ellos, me enfrentaré a cien de esos rufianes de Buford[5]"». Decía que si alguien se ofrecía

[5] Jefferson Buford nació en 1807 en Carolina del Sur. Estudió Derecho y ejerció como abogado y, durante la Guerra Creek (1813-1814), llegó a distinguirse como sargento mayor. Tras la guerra, regresó a Alabama, donde poseía y dirigía una plantación de esclavos en el río Chattahoochee. En 1856, tras la aprobación de la ley Kansas-Nebraska, lideró la famosa «Expedición Buford», para la que reunió a unos cuatrocientos sureños proesclavistas de los estados de Alabama, Carolina del Sur y Georgia, que accedieron a asentarse en Kansas a cambio de que los llevaran gratis, les garantizasen un medio de vida mientras estuvieran allí y una finca de cuarenta acres, en un esfuerzo por colonizar Kansas y asegurarse de que el territorio entraba en la Unión como estado esclavista.

como soldado a sus órdenes y alardeaba de lo que haría o dejaría de hacer en cuanto viera al enemigo, le merecía muy poca confianza.

Nunca fue capaz de reclutar a más de una veintena de hombres a los que aceptara sin condiciones, y sólo una docena, entre los que se encontraban sus hijos, en los que tuviera una fe absoluta. Cuando estuvo aquí hace unos años, mostró a unos cuantos un pequeño libro manuscrito —su «libro de ordenanzas», creo que lo llamaba— donde figuraban los nombres de los miembros de su compañía en Kansas y las reglas a las que se sometían; y aseguró que varios de ellos incluso habían sellado el pacto con su sangre. Cuando alguien señaló que, con la incorporación de un capellán, habría sido una perfecta tropa cromwelliana, él contestó que le habría gustado añadir a un capellán a la lista si hubiera hallado a alguno que desempeñara su cargo con dignidad. Resulta sin embargo bastante fácil encontrar a uno para el Ejército de los Estados Unidos. De todos modos, creo que en su campamento se rezaban oraciones mañana y tarde.

Era un hombre de hábitos espartanos que, a los sesenta años, seguía una escrupulosa dieta y se excusaba en la mesa diciendo que debía comer con moderación y curtirse mucho, como correspondía a un soldado o a cualquiera que se ejercitara para empresas difíciles, para una vida expuesta.

Un hombre de excepcional sentido común y franqueza, tanto en palabras como en actos; un trascendentalista por encima de todo; un hombre de ideas y principios: eso era lo que lo distinguía. No cedía ante caprichos o impulsos pasajeros, sino que llevaba a cabo el propósito de toda una vida. Me percaté de que no exageraba en nada, sino que era comedido al hablar. Recuerdo en especial cómo, en el discurso que pronunció aquí, aludió a lo que su familia había padecido en Kansas, sin dar en absoluto rienda suelta a su fuego contenido. Era un volcán con un tiro de chimenea corriente. Dedicó también unas palabras a los actos

de ciertos rufianes de frontera[6], de los que dijo, haciendo un rápido inciso en su discurso, como un soldado experimentado que reservara sus fuerzas e intenciones: «Tenían todo el derecho del mundo a que los colgasen». No era en absoluto retórico, no hablaba para Buncombe ni para sus votantes, no necesitaba inventar nada, sino que decía la pura verdad y comunicaba su propia determinación, de modo que transmitía una fuerza incomparable, y la elocuencia en el Congreso o en cualquier otro lugar me resultaba una burda imitación. Era como comparar los discursos de Cromwell con los de cualquier rey.

En cuanto a su tacto y prudencia, me limitaré a decir que, en una época en que casi nadie de los Estados Libres podía llegar a Kansas por vía directa, al menos sin que le arrebatasen las armas, él, cargado de aquellas defectuosas y de otro tipo que pudo reunir, atravesó Misuri lentamente y a ojos de todos en una carreta tirada por bueyes, al parecer en calidad de agrimensor, con su brújula topográfica a la vista. De este modo, pasó desapercibido y tuvo oportunidades de sobra para averiguar los planes del enemigo. Tras su llegada, siguió ejerciendo la misma profesión durante un tiempo. Cuando, por ejemplo, veía en la pradera a un grupo de rufianes discutiendo, cómo no, sobre el único tema que por entonces ocupaba sus mentes, él se llevaba la brújula y a uno de sus hijos y procedía a trazar una línea imaginaria por el preciso lugar en el que estaba reunido aquel cónclave y, cuando llegaba a su altura, se detenía con total naturalidad y charlaba un rato con ellos, poniéndose perfectamente al corriente de sus novedades y, finalmente, de todos sus planes; y, tras haber completado

[6] «Border Ruffians»: término con el que los colonos partidarios del suelo libre de Kansas y los abolicionistas del Norte bautizaron a los activistas a favor de la esclavitud del Estado de Misuri, que, de 1854 a 1860, solían cruzar la frontera del estado de Kansas para obligar a sus habitantes a aceptar la esclavitud, interferían en la elecciones territoriales y atacaban asentamientos de suelo libre. Esta violencia fue el origen de la expresión «Kansas sangrienta». Los rufianes contribuyeron al aumento de las tensiones regionales que desembocaron en la Guerra de Secesión americana.

así su verdadero estudio, reanudaba el imaginario y seguía la línea que había trazado hasta que se perdía de vista.

Cuando expresé mi sorpresa ante el hecho de que fuera capaz de vivir en Kansas, a sabiendas de que se había puesto precio a su cabeza y de que había tal cantidad de personas, incluidas las autoridades, que cargaban contra él, me lo explicó diciendo: «Dan por sentado que no me atraparán». Durante algunos años pasó la mayor parte del tiempo oculto en los pantanos; padeció pobreza y enfermedad, consecuencia directa de su vida a la intemperie; y sólo trabó amistad con los indios y con unos cuantos blancos. Sin embargo, aunque se supiera que estaba merodeando por un pantano concreto, sus enemigos no se molestaban en ir tras él. Podía incluso presentarse en una ciudad donde había más rufianes de frontera que partidarios del Estado Libre y gestionar algún negocio, sin demorarse demasiado pero sin ser molestado, pues, según decía: «Un simple puñado de hombres no estaba dispuesto a comprometerse y no daba tiempo a reunir una gran partida».

En cuanto a su reciente fracaso, no conocemos los hechos a ciencia cierta. Obviamente, distaba mucho de ser un intento insensato y a la desesperada. Su enemigo, el señor Vallandigham[7], se ha visto obligado a confesar que «fue una de las conspiraciones mejor planificadas y ejecutadas que haya fracasado jamás».

Sin mencionar sus otros éxitos, ¿fue un fracaso y una muestra de mala organización librar de la esclavitud a una docena de seres humanos[8], huir con ellos a plena luz del día, durante semanas o meses, sin prisa, de un estado a otro por todo el Norte, a la vista de todos y a sabiendas de que habían puesto precio a su cabeza, y detenerse de camino en un juzgado para contar lo

[7] Congresista demócrata por Ohio.

[8] En diciembre de 1858, Brown y sus hombres fueron del sudeste de Kansas a Misuri y atacaron dos plantaciones, liberando a once esclavos. Luego se dirigieron hacia el este hasta que alcanzaron Detroit, donde los esclavos embarcaron con destino a Canadá.

que había hecho, convenciendo de este modo a Misuri de que no resultaba rentable tratar de retener esclavos en su vecindad? Y esto, no porque los lacayos del Gobierno fuesen indulgentes, sino porque le tenían miedo.

Con todo, no atribuía su éxito neciamente a «su estrella» ni a magia alguna. Decía con toda sinceridad que la razón por la que tantas personas se acobardaban ante él era, como confesó uno de sus prisioneros, que les faltaba una causa, una suerte de armadura de la que ni él ni los suyos carecieron jamás. Llegado el momento, pocos hombres estaban dispuestos a dar la vida en defensa de lo que sabían que estaba mal; no querían que ése fuera su último acto en este mundo.

Pero pasemos sin más demora a *su* último acto y a sus consecuencias.

Los periódicos parecen ignorar, o tal vez realmente ignoren, el hecho de que existen al menos dos o tres individuos en cada ciudad del Norte de la misma opinión que el que os habla sobre él y sobre su empresa. No dudo en decir que constituyen un grupo importante y en aumento. Aspiramos a ser algo más que esclavos estúpidos y timoratos que fingen leer Historia y la Biblia, pero que profanan cada casa y cada día en que respiramos. Tal vez los políticos inquietos demuestren que sólo diecisiete hombres blancos y cinco negros participaron en esta última empresa, pero esa misma inquietud por demostrarlo podría sugerirles que no todo está dicho. ¿Por qué siguen eludiendo la verdad? Están tan inquietos por la vaga conciencia del hecho —que no terminan de asimilar— de que al menos un millón de habitantes libres de los Estados Unidos se habría alegrado si la empresa hubiera tenido éxito. Como mucho se atreven a criticar la táctica. Aunque no llevemos crespón, pensar en la situación en que se encuentra ese hombre y el probable destino que le espera está arruinándoles el día a muchos en el Norte. Si alguien que lo haya visto aquí es capaz de seguir otra deriva de pensamiento, no me

explico de qué pasta está hecho. Si existe alguien que no vea perturbado su sueño, le garantizo que engordará con facilidad en cualquier circunstancia que no afecte ni a su cuerpo ni a su cartera. Yo, en cambio, he puesto una hoja de papel y un lápiz bajo la almohada y, cuando no puedo dormir, escribo en la oscuridad.

En general, el respeto que siento por mis semejantes, salvo en un caso entre un millón, no ha aumentado estos días. He sido testigo de la sangre fría con la que periodistas y hombres de a pie suelen hablar de este tema. Es como si hubieran capturado a un vulgar malhechor, aunque uno con verdaderas «agallas» —como cuentan que dijo el gobernador de Virginia utilizando el lenguaje de los reñideros: «El tipo con más arrojo que haya visto jamás»—, y estuvieran a punto de colgarlo. Él no soñaba con sus enemigos cuando al gobernador le pareció tan valiente. Cuando tengo que oír estas observaciones de mis vecinos, o las oigo comentar, toda mi dulzura se convierte en hiel. Al principio, cuando oímos que había muerto, uno de mis conciudadanos afirmó que había «muerto como un idiota»[9], lo cual —y perdonadme— me sugirió por un instante cierta semejanza entre el muerto y mi vecino vivo. Otros, de espíritu cobarde, espetaron con desprecio que «había desperdiciado su vida» por enfrentarse al Gobierno. Decidme, ¿cómo han desperdiciado ellos *sus* vidas, ellos, que elogiarían a cualquiera que atacara en solitario a una vulgar banda de ladrones o asesinos? Oigo que otro pregunta, al estilo yanqui: «¿Qué ha ganado con eso?», como si hubiera pretendido llenarse los bolsillos con esta empresa. Semejante individuo no tiene la menor idea de lo que es ganar salvo en ese sentido mundano. Si la cosa no termina en una fiesta «sorpresa» o no nos proporciona un par de botas nuevas o una muestra de agradecimiento, es que es un fracaso. «Pero no va a ganar nada con eso». Pues no,

[9] Alusión al libro segundo de Samuel 3, 33: «Entonces el rey entonó esta elegía por Abner: "¿Había de morir Abner como muere un insensato?"».

supongo que no iba a ganarse un jornal de cuatro chelines con seis peniques[10] al día durante todo un año por dejarse ahorcar, pero ahora tiene la posibilidad de salvar una parte considerable de su alma —¡y *qué* alma!— mientras que *vosotros* no. No cabe duda de que en vuestro mercado sacaréis más por un litro de leche que por un litro de sangre, pero ése no es el mercado al que los héroes llevan la suya.

Esos hombres no saben que el fruto sale según la semilla y que, en el mundo de la moral, cuando sembramos una buena semilla, es inevitable un buen fruto, y eso no depende de cuánto la reguemos ni de cómo la cultivemos; del mismo modo, cuando sembramos o enterramos a un héroe en su campo, es seguro que brotará una cosecha de héroes. Esa semilla tiene tal fuerza y vitalidad que no nos pide permiso para germinar.

La efímera carga de Balaclava[11], que obedecía una orden chapucera y ponía de manifiesto que el soldado es una máquina perfecta, ha sido celebrada, como era de esperar, por un poeta laureado; pero la carga firme, y en su mayor parte exitosa, de este hombre durante años contra las legiones de la esclavitud, que obedecía órdenes infinitamente más elevadas, es mucho más memorable que aquélla, del mismo modo que un hombre inteligente e íntegro es superior a una máquina. ¿Y todo esto ha de quedar relegado al olvido?

«Se lo tenía bien merecido»; «un hombre peligroso»; «no hay duda de que está loco»[12]. Y ellos siguen con sus vidas cuerdas,

[10] Cifra proverbial que indicaba la suma insignificante por la que los avaros pueden llegar a degradarse.

[11] Durante la Guerra de Crimea (1853-1856), los británicos ganaron una batalla en Balaclava, pero no antes de que la artillería rusa diezmara a más de quinientos hombres debido a una desastrosa carga de caballería dirigida por lord Cardigan. El poeta laureado lord Alfred Tennyson (1809-1892) ensalzó la batalla en su poema «La carga de la brigada ligera».

[12] El abogado de Brown intentó alegar demencia en su juicio, pero Brown se negó considerándolo un «artificio miserable». Después de ser sentenciado, un grupo de amigos y familiares trataron de que el gobernador de Virginia le conmutara la pena de muerte alegando que

sensatas y del todo admirables, leyendo algo de Plutarco, pero sobre todo deteniéndose en esa proeza de Putnam, al que descolgaron en la guarida de un lobo[13]; y, de este modo, se nutren para acometer hazañas heroicas y patrióticas algún día. La Tract Society[14] pudo permitirse la publicación de la historia de Putnam. Se podría inaugurar el curso escolar en los distritos con su lectura, pues en ella no se habla ni de la esclavitud ni de la Iglesia, a menos que al lector se le ocurra pensar que algunos pastores son *lobos* con piel de cordero. Hasta la Junta Americana de Comisionados para las Misiones Extranjeras[15] se atrevería a protestar contra *ese* lobo. He oído hablar de juntas y de juntas americanas, pero resulta que hasta hace poco no había visto cosa igual. Y, sin embargo, he sabido de hombres, mujeres y niños del Norte, de familias enteras, que compran su condición de «miembros vitalicios» en dichas sociedades. ¡Miembros vitalicios en la tumba! Podéis conseguir un entierro por mucho menos.

Nuestros enemigos están entre nosotros y a nuestro alrededor. No hay hogar que no esté dividido, pues nuestro enemigo no es otro que la rigidez universal de la cabeza y el corazón, la falta de vitalidad en el hombre, que es el resultado de nuestros

Brown padecía demencia hereditaria. Como Thoreau indica, los periódicos estaban llenos de especulaciones sobre su estado mental.

[13] Israel Putnam (1718-1790) fue un general estadounidense del ejército Continental del cual destaca su participación en la Batalla de Bunker Hill durante la Guerra de Secesión. Según la tradición oral, en su juventud había matado al último lobo de Connecticut introduciéndose en su madriguera con una antorcha, un mosquete y los pies atados con una cuerda para que pudieran sacarlo con facilidad.

[14] La American Tract Society (ATS) es una organización evangélica sin ánimo de lucro fundada en 1825 en Nueva York con el propósito de publicar y diseminar la literatura cristiana. Sus antecedentes se remontan a la New England Tract Society (1814), la New York Tract Society (1812) y la Religious Tract Society de Londres, que se fundó en 1799.

[15] La American Board of Commissioners for Foreign Missions fue la primera sociedad congregacionista de Estados Unidos en fundar misiones evangélicas en el extranjero. Su fundación fue propuesta en 1810 por graduados del Williams College y se constituyó oficialmente en 1812. En 1961 se fusionó con otras sociedades para formar la Iglesia Unida de la Junta de Ministerios de la Humanidad.

vicios; y de ahí derivan todos los tipos de miedo, superstición, intolerancia, persecución y esclavitud. No somos más que mascarones de proa de un pecio, con hígado en lugar de corazón. La adoración de los ídolos es la maldición que convierte al adorador en una auténtica imagen de piedra; y el vecino de Nueva Inglaterra es tan idólatra como el hindú. En cambio, este hombre era una excepción, pues no erigió un solo ídolo político entre él y su Dios.

¡Una Iglesia que nunca dejará de excomulgar a Cristo mientras exista! ¡Olvidaos de vuestras iglesias, de las anchas y bajas y de las estrechas y altas! Dad un paso al frente e inventad un nuevo tipo de letrina. Inventad una sal que os reanime y que no ofenda nuestras narices.

El cristiano moderno es aquel que ha accedido a recitar todas las plegarias de la liturgia con tal de que luego le permitan irse derechito a la cama y dormir en paz. Todas sus oraciones empiezan con: «Ahora me dispongo a dormir», y siempre está deseando que llegue el momento de su «descanso *eterno*». También ha accedido a llevar a cabo determinadas obras de caridad de viejo uso, por tradición, pero no desea oír hablar de las modernas; no quiere que se añadan nuevas cláusulas a su contrato para que éste se adapte a los nuevos tiempos. Muestra el blanco de sus ojos el domingo y el negro el resto de la semana. El mal no es sólo un estancamiento de la sangre, sino también del espíritu. Muchos de ellos, sin duda, cuentan con una buena disposición, pero son perezosos por naturaleza y por costumbre, y no pueden concebir que exista alguien que se mueva por motivos más elevados que los suyos. Por tanto, acusan a este hombre de loco, pues saben que, mientras sean fieles a sí mismos, nunca serán capaces de actuar como él.

Soñamos con países extranjeros, con otros tiempos y otras razas de hombres, y los situamos a cierta distancia en el espacio o en el tiempo, pero, en cuanto ocurre algún suceso importante

como éste entre nosotros, descubrimos esa distancia y esa extrañeza que media entre nosotros y nuestros vecinos más próximos. *Ellos* son nuestras Austrias, nuestras Chinas y nuestras islas de los Mares del Sur. Nuestra sociedad abarrotada se torna enseguida en una muy espaciosa, limpia y hermosa a la vista; una ciudad de distancias magníficas. Descubrimos por qué nunca antes habíamos llegado más allá de los cumplidos y de lo superficial con ellos; nos percatamos de que existen tantas verstas entre nosotros como entre un tártaro errante y una ciudad china. El hombre reflexivo se convierte en ermitaño en el bullicio del mercado. De repente, mares impracticables se interponen entre nosotros, o mudas estepas se extienden a nuestro alrededor. Es la diferencia de naturaleza, de inteligencia y de fe, y no los arroyos y las montañas, lo que origina las verdaderas e infranqueables fronteras entre los individuos y los Estados. Sólo aquellos con ideas afines a las nuestras pueden entrar como ministros plenipotenciarios en nuestra corte.

Leí todos los periódicos que pude conseguir la semana posterior a este suceso y no recuerdo haber visto en ellos ni una sola muestra de simpatía por estos hombres. Desde entonces, sólo me he encontrado con una noble declaración en un periódico de Boston, aunque no en el editorial. Algunos periódicos voluminosos decidieron no publicar el informe completo con las palabras de Brown para no excluir otros asuntos. Como si un editor rechazara el manuscrito del Nuevo Testamento para publicar el último discurso de Wilson[16]. El mismo periódico que contenía esta valiosa noticia estaba dedicado casi en exclusiva, en columnas paralelas, a las actas de las convenciones políticas que se estaban celebrando. Pero el descenso hasta ellas era demasiado pronunciado. Deberían haber evitado ese contraste y haberlo publicado al menos en un número especial. ¡Pasar de las

[16] Henry Wilson (1812-1875), senador republicano por Massachusetts y abolicionista.

voces y los actos de hombres cabales al cacareo de las convenciones políticas! ¡Aspirantes a cargos públicos y oradores, que no han puesto un huevo en su vida, pero sacan pecho sobre uno de tiza! Su gran juego es el de los palitos chinos, o más bien ese juego aborigen universal de los platos[17], en el que los indios gritaban ¡hub, bub! Excluid las actas de las convenciones políticas y religiosas y publicad las palabras de un hombre vivo.

Sin embargo, no pongo tanta objeción a lo que han omitido como a lo que han publicado. Hasta el *Liberator* lo ha calificado de «esfuerzo desatinado, salvaje y aparentemente descabellado». En cuanto a la multitud de periódicos y revistas, no tengo la suerte de conocer a ningún director en este país que haya publicado deliberadamente algo que sabe que a la larga reducirá de manera permanente el número de sus suscriptores. No lo creen conveniente. Entonces, ¿cómo van a publicar la verdad? Si no decimos cosas agradables —argumentan— nadie nos prestará atención. Y, en consecuencia, se comportan como algunos vendedores ambulantes, que cantan una canción subida de tono para atraer a la multitud. Los redactores republicanos, obligados a tener sus artículos listos para la edición matutina, y acostumbrados a mirarlo todo a la luz crepuscular de la política, no expresan admiración, ni siquiera verdadero pesar, sino que llaman a estos hombres «fanáticos crédulos», «descarriados», «locos» o «trastornados». Lo cual nos sugiere que hemos sido bendecidos con un plantel de redactores *cuerdos* que no tienen nada de «descarriados» y que saben perfectamente dónde tienen la cabeza.

[17] Stewart Culin, en su libro *Games of the North American Indians*, Courier Corporation, 1975, describe así el juego del plato: «Los instrumentos que se utilizan consisten en una bandeja o un plato hecho de madera o de corteza de árbol y seis piezas de metal, madera o piedra redondas o cuadradas pero planas, cuyos bordes o superficies sean de diferentes colores. Éstas se ponen en el plato y, tras agitarlas un rato, se lanzan al aire y se vuelven a capturar en el plato con considerable destreza. Gana quien consigue más piezas vueltas con la misma marca o del mismo color. Si hay empate, no se puntúa; si son dos o cuatro, el plato cambia de manos». Es una especie de juego de dados.

Un hombre acomete una hazaña heroica y humana y, de repente, oímos a la gente y a los partidos declarar por todas partes: «Yo no lo hice, ni le presté mi apoyo para que lo hiciera, faltaría más. En absoluto se puede deducir de mi trayectoria». A mí no me interesa oíros definir vuestra postura. Que yo sepa, nunca me ha interesado ni creo que me interese en el futuro. En mi opinión, en este momento se trata de mero egotismo, o de una impertinencia. No es necesario que os toméis tantas molestias en dejar claro que no tenéis nada que ver con él. Ningún hombre inteligente creerá jamás que tenía algo que ver con vosotros. Como él mismo afirmaba, hacía y deshacía «bajo los auspicios de John Brown y de nadie más». El Partido Republicano no se da cuenta de a cuántos «su fracaso» les hará votar más correctamente de lo que lo habrían hecho. Han contado los votos de Pensilvania y compañía, pero no han contado correctamente el voto del capitán Brown. Él les ha arrebatado el viento de las velas, el poco que tenían, e incluso podría haberles hecho ponerse a la capa y carenar.

¡Y qué más da que no perteneciese a vuestra camarilla! Aunque no aprobéis su método o sus principios, reconoced su magnanimidad. ¿No os gustaría proclamar vuestra afinidad con él en este tema, aunque no se os parezca en nada más? ¿Acaso creéis que perderíais vuestra reputación? Lo que perderíais por un lado lo ganaríais por otro.

Si no se refieren a esto, entonces es que no dicen ni la verdad ni lo que piensan. Sencillamente siguen con los mismos trucos de siempre.

«Se le tenía —dice uno que lo llama loco— por un hombre íntegro, de comportamiento muy discreto y aparentemente inofensivo, hasta que se mencionaba el tema de la esclavitud: entonces exhibía un sentimiento de indignación sin precedentes».

El barco negrero viene de camino, abarrotado de víctimas moribundas; nuevos cargueros se le suman en mitad del océano;

una pequeña tripulación de traficantes de esclavos, con el beneplácito de gran parte de los pasajeros, ahoga a cuatro millones de esclavos bajo las escotillas y, aun así, el político afirma que el único modo de obtener la libertad es por «la pacífica difusión de los sentimientos humanitarios», sin necesidad de ningún «estallido violento». Como si los sentimientos de humanidad no fuesen nunca acompañados de sus actos y uno pudiera diseminarlos cual mercancía bajo pedido, con la misma facilidad de quien esparce agua con una regadera para asentar el polvo. ¿Qué es lo que oigo arrojar por la borda? Los cuerpos de los muertos que han hallado la libertad. Así es como «difundimos» la humanidad, y sus sentimientos con ella.

Directores de prensa prestigiosos e influyentes, acostumbrados a tratar con políticos, hombres de ínfimo grado, aseguran en su ignorancia que actuó «movido por la venganza». Es evidente que no conocen a este hombre. Han de engrandecerse para concebirlo. No me cabe duda de que llegará el día en que empezarán a verlo tal y como era. Deben considerarlo un hombre de fe y de principios religiosos y no un político o un indio; alguien que no esperó a que el asunto le tocara de cerca ni a que le desbaratasen algún insignificante plan para dar la vida por la causa de los oprimidos.

Si a Walker[18] se le considera el representante del Sur, me gustaría poder decir que Brown era el representante del Norte. Era un hombre superior. No valoraba su integridad física tanto como sus ideales. No reconocía las leyes humanas injustas y les hizo frente como le dictó la conciencia. Por una vez, nos elevamos por encima de la trivialidad y lo rastrero de la política hasta la región de la verdad y la hombría. Nadie en América se ha alzado

[18] Probablemente David Walker (1785-1830), un negro libre originario del Sur. Su *Appeal to the Coloured Citizens of the World*, publicado en 1829, fue uno de los documentos antiesclavistas más radicales: un llamamiento a la rebelión de los esclavos contra sus amos.

jamás con semejante perseverancia y eficacia por la dignidad de la naturaleza humana, sabiéndose un hombre y, por tanto, un igual a cualquier Gobierno. En ese sentido, fue el más americano de todos nosotros. No necesitaba que ningún abogado charlatán lo defendiera con falsos testimonios. Ningún juez que los votantes americanos o los burócratas de cualquier grado pudieran erigir era rival para él. No podría haberlo juzgado un tribunal de iguales, pues no tenía igual. Cuando un hombre se alza con serenidad contra la condena y la venganza de la humanidad, elevándose por encima de ellas *un cuerpo entero*, literalmente —aunque fuera el más vil de los asesinos tras ajustar cuentas consigo mismo—, el espectáculo resulta sublime —¿acaso no lo sabíais, vosotros, *Liberators*, *Tribunes*, *Republicans*?— y nosotros nos convertimos en delincuentes por comparación. Honraos a vosotros mismos reconociéndolo. Él no necesita vuestro respeto.

En cuanto a los periódicos demócratas, no son lo bastante humanos como para afectarme en lo más mínimo. Nada de lo que digan puede indignarme.

Soy consciente de que me anticipo un poco, ya que, según las últimas noticias, Brown sigue vivo en manos de sus enemigos; si ése fuera el caso, llevo todo este tiempo pensando en él y refiriéndome a él como si estuviera físicamente muerto.

No creo en erigir estatuas a quienes siguen vivos en nuestros corazones y cuyos huesos aún no se han desmoronado en la tierra que nos rodea, pero preferiría ver la estatua del capitán Brown en el patio del capitolio de Massachusetts antes que la de cualquier otro hombre que conozca. Me alegro de vivir en estos tiempos, de ser su contemporáneo.

¡Qué contraste, cuando volvemos a ese partido político[19] que con tanta preocupación trata de apartarlo a él y a su trama de su

[19] Se refiere al Partido Republicano, que, a pesar de su declarado antiesclavismo, consideraba peligrosa, inoportuna y de muy dudosa eficacia política la acción de Brown u otras parecidas.

camino y que mira a su alrededor en busca de algún esclavista disponible al que convertir tal vez en su candidato, o que al menos ejecute la Ley de Esclavos Fugitivos y todas aquellas leyes injustas contra las que él se alzó en armas!

¡Locos! ¡Un padre, seis hijos, un yerno y varios hombres más —al menos tantos como doce discípulos—, todos presos a la vez de la misma locura; mientras el tirano cuerdo mantiene con mano más firme que nunca a sus cuatro millones de esclavos, y un millar de directores de prensa igualmente cuerdos, sus cómplices, salvan al país y sus propios pellejos! Asimismo, locos fueron sus esfuerzos en Kansas. Preguntadle al tirano quién es su peor enemigo, si el cuerdo o el loco. ¿Acaso piensan que está loco las miles de personas que mejor lo conocen, que se alegraron de sus hazañas en Kansas y que le proporcionaron ayuda material allí? El uso de semejante palabra no es más que un tropo en boca de la mayoría que insiste en usarla y no me cabe duda de que muchos otros ya se han retractado en silencio de sus palabras.

Leed sus admirables respuestas a Mason[20] y a los demás. ¡Cómo los ridiculiza y derrota en comparación! Por un lado, preguntas medio toscas y medio timoratas; por el otro, la verdad, clara como un relámpago, estrellándose contra sus sienes obscenas. Están hechos para figurar junto a Pilatos, Gessler[21] y la Inquisición. ¡Qué ineficaces sus discursos y sus actos! ¡Y qué vano su silencio! No son más que herramientas inútiles en esta gran obra. Ningún poder humano los congregó en torno a este predicador.

¿Para qué han enviado Massachusetts y el Norte a unos cuantos representantes *cuerdos* al Congreso en los últimos años? ¿Qué tipo de sentimientos pretendían declarar? Todos sus discursos juntos y reducidos a su esencia —y ellos mismos probablemente lo confiesen— no pueden competir ni en franqueza y fuerza viril, ni en simple verdad, con los pocos comentarios espontáneos que el loco de John Brown, ese hombre al que estáis a punto de ahorcar y enviar al otro mundo, aunque no en *vuestra* representación, pronunció en la estación de bomberos de Harper's Ferry. No, no era nuestro representante en absoluto. Era un espécimen de hombre demasiado justo para que nos representase. ¿Quiénes *fueron*, entonces, sus electores? Si leéis sus palabras con atención, lo descubriréis. En su caso no hay elocuencia vacía, ni discursos elaborados e inaugurales ni cumplidos al opresor. La verdad es su inspiración, y la seriedad la que bruñe sus frases. Podía permitirse perder sus rifles Sharps mientras mantuviera la facultad de hablar: un rifle Sharps de alcance infinitamente mayor y más certero.

¡Y el *Herald* de Nueva York reproduce la conversación al pie de la letra! No es consciente de que se ha convertido en vehículo de palabras imperecederas.

No siento ningún respeto por la perspicacia de quien lea el informe de esa conversación y siga tachando su esencia de locura. Tiene el tono de una cordura más cuerda que una disciplina y unos hábitos de vida corrientes, más que una organización al uso, segura. Tomemos una frase cualquiera: «Responderé en buena lid, y de ningún otro modo, a cualquier pregunta que pueda contestar. En lo que a mí respecta, he hecho honor a la verdad en todo. Valoro mi palabra, señor». Los pocos que le reprochan su espíritu vengador, pero que en realidad admiran su heroísmo, carecen de criterio con que reconocer a un hombre noble, de amalgama alguna con la que combinar su oro puro. Lo que mezclan es su propia escoria.

Es un alivio pasar de estas calumnias al testimonio de sus carceleros y verdugos, que, aunque amedrentados, son más veraces. El gobernador Wise habla de él con mucha más justicia y con más aprecio que cualquier periódico, político o personaje

[20] James Murray Mason (1798-1871), senador demócrata por Virginia.
[21] Hermann Gessler figura en la leyenda de Guillermo Tell como el gobernador de Altdorf, presentado como un individuo colérico y sanguinario al que dio muerte el héroe.

público del Norte de los que haya tenido noticias. Sé que os podéis permitir oírlo hablar de nuevo sobre este asunto. Dice: «Quienes lo toman por loco se equivocan. [...] Es frío, sereno e indómito y es justo que diga que fue clemente con sus prisioneros. [...] Me inspiró una gran confianza en su integridad como hombre amante de la verdad. Es un fanático, un vanidoso y un charlatán —no hago mías estas palabras del señor Wise—, pero también es firme, honrado e inteligente. Los hombres que sobrevivieron también son como él. [...] El coronel Washington[22] asegura que era el hombre más frío y firme al que jamás viera desafiar el peligro y la muerte. Con un hijo muerto a su lado y otro herido de bala, le tomaba el pulso a su hijo agonizante con una mano y con la otra sujetaba el rifle y daba órdenes a sus hombres con el mayor aplomo, animándolos a mantenerse firmes y a vender sus vidas al mayor precio posible. De los tres prisioneros blancos, Brown, Stevens[23] y Coppoc[24], resultaba difícil decir cuál hacía gala de mayor firmeza».

¡Son casi los primeros norteños que se han ganado el respeto de los esclavistas!

El testimonio del señor Vallandigham, aunque menos valioso, sigue la misma línea al asegurar que «en vano puede subestimarse a este hombre o a su conspiración. [...] Es todo lo contrario a un rufián, un fanático o un loco común».

«Todo está tranquilo en Harper's Ferry», dicen los periódicos. ¿Cómo es esa calma que sigue cuando la ley y el esclavista prevalecen? Considero que este hecho es una piedra de toque diseñada con el fin de sacar a relucir, con deslumbradora claridad, la naturaleza de este Gobierno. Sólo necesitábamos que

[22] Uno de los rehenes de Brown en Harper's Ferry fue el coronel Lewis W. Washington, dueño de una plantación local y tataranieto del presidente George Washington.

[23] Aaron D. Stevens, guerrillero a quien Brown conoció en Nebraska en 1856.

[24] Edwin Coppoc, un cuáquero de veinticuatro años de Iowa que se unió a Brown un año antes del asalto a Harper's Ferry.

nos ayudaran a verlo a la luz de la Historia. Necesitaba verse a sí mismo. Cuando un Gobierno presta su fuerza a la injusticia, como hace el nuestro para mantener la esclavitud y matar a los libertadores del esclavo, se revela como una mera fuerza bruta, o peor aún, como una fuerza demoníaca. Es la cabeza de los Plug Uglies[25]. Ahora resulta más patente que nunca que la tiranía es la que manda. Veo con total claridad que este Gobierno se ha aliado eficazmente con Francia y Austria[26] para oprimir a la humanidad. Hay un tirano sentado con cuatro millones de esclavos encadenados en su poder; y ahí llega su heroico libertador. Este Gobierno, de lo más hipócrita y diabólico, levanta la mirada desde su asiento sobre los boqueantes cuatro millones y pregunta con presunción de inocencia: «¿Por qué me atacáis? ¿Acaso no soy un hombre honrado? Dejad de armar revuelo por este asunto u os convertiré también en esclavos, o mejor aún: os colgaré».

Hablamos de un Gobierno *representativo*, pero ¿qué monstruo de Gobierno es aquel en el que las facultades más nobles de la mente, y el corazón entero, no están *representados*? Es como si un tigre o un buey semihumanos, a los que hubieran arrancado el corazón y volado la tapa de los sesos, acecharan la tierra. Ha habido héroes que han seguido luchando sobre sus muñones cuando las balas alcanzaron sus piernas, pero nunca he oído que semejante gobierno haya hecho ningún bien.

[25] Los Plug Uglies eran una banda callejera a la que a veces se consideraba club político que operó en el oeste de Baltimore, Maryland, de 1854 a 1860. Como otras asociaciones similares en Baltimore y en otras ciudades de los Estados Unidos durante esta época, la influencia que ejercían los hacía útiles para los políticos, deseosos de controlar las encuestas cuando se celebraban comicios. Los Plug Uglies fueron las figuras centrales en el primer disturbio electoral de Baltimore acaecido en octubre de 1855. Fueron quienes planearon el frustrado asesinato de Lincoln cuando éste pasara por Baltimore, camino de Washington, para tomar posesión de su cargo de presidente en marzo de 1861.

[26] En 1859 estos países estaban sometidos al poder autocrático: Francia bajo Napoleón III y Austria bajo el emperador Francisco José.

El único Gobierno que reconozco —y no me importa los pocos que haya a la cabeza o cuán pequeño sea su ejército— es el que instaura la justicia en su territorio, nunca el que instaura la injusticia. ¿Qué hemos de pensar de un Gobierno para el que todos los hombres verdaderamente justos y valientes de su territorio son enemigos que se interponen entre él y aquellos a los que oprime? ¡Un Gobierno que se las da de cristiano y crucifica a un millón de Cristos cada día!

¡Traición[27]! ¿Dónde nace esa traición? No puedo evitar pensar en vosotros, Gobiernos, como merecéis. ¿Podéis secar las fuentes del pensamiento? Cuando la alta traición es resistencia a la tiranía aquí abajo, tiene su origen en el poder que forja y recrea eternamente al hombre, siendo ese poder el que la perpetra. Cuando hayáis capturado y colgado a todos esos rebeldes humanos, no habréis conseguido más que vuestra propia culpabilidad, pues no habréis secado el manantial. Suponéis que lucháis contra un enemigo al que no apuntan ni los cadetes ni el cañón estriado de West Point. ¿Puede todo el arte del fundidor de cañones tentar a la materia para que se vuelva contra su hacedor? ¿Es la forma en la que el fundidor cree forjarlo más importante que la materia que constituye el cañón y a él mismo?

Los Estados Unidos cuentan con una cáfila de cuatro millones de esclavos. Tienen la firme determinación de mantenerlos en esta condición y Massachusetts es uno de los superintendentes confederados encargados de impedir su fuga. No se trata de todos los habitantes de Massachusetts, sino de los que gobiernan y son obedecidos. Fue Massachusetts, junto con Virginia, quien sofocó la insurrección de Harper's Ferry. Fue este estado el que

[27] Brown fue acusado de asesinato, de conspiración para iniciar una revuelta de esclavos y de traición contra el Estado de Virginia. Como ha señalado Stephen Oates, experto en historia del siglo XIX de los Estados Unidos, el cargo de traición fue extraño, porque Brown «no era un ciudadano de ese estado y no le debía lealtad alguna».

mandó allí a los infantes de marina[28], y ahora tendrá que pagar por su pecado.

Suponed que existiese una sociedad en este estado que, de su propio bolsillo y por su propia magnanimidad, salvase a todos los esclavos fugitivos que huyen hacia nosotros, protegiese a nuestros conciudadanos de color y dejara el resto del trabajo al supuesto Gobierno. ¿No perdería rápidamente ese Gobierno su función y se convertiría en algo despreciable para la humanidad? Si los ciudadanos se ven obligados a desempeñar las funciones del Gobierno, a proteger al débil y a impartir justicia, entonces el Gobierno se convierte en un mero asalariado, en un empleado que realiza tareas menores. Por supuesto, un Gobierno que necesita un comité de vigilancia[29] para existir no es sino la sombra de un Gobierno. ¿Qué pensaríamos del cadí oriental tras el cual trabajara en secreto un comité de vigilancia? Pues, en general, ése es el carácter de nuestros estados norteños: cada uno tiene su propio comité de vigilancia. Y, hasta cierto punto, estos Gobiernos demenciales reconocen y aceptan esta relación. En la práctica, vienen a decir: «Estaremos encantados de trabajar para vosotros en estos términos, pero no arméis demasiado alboroto». Y de este modo el Gobierno, con el salario asegurado, se retira a la trastienda, llevándose consigo la Constitución, y dedica la mayor parte de su trabajo a repararla. A veces, cuando paso y lo oigo trabajar, me recuerda a esos granjeros que en invierno

[28] El primer día de enfrentamientos en Harper's Ferry, el presidente James Buchanan mandó tres compañías de artillería y noventa marines a la ciudad. Se trataba de tropas federales y, por tanto, estaban respaldadas por todos los estados de la Unión.

[29] Tras la aprobación de la Ley de Esclavos Fugitivos —según la cual un esclavo fugitivo de un estado del Sur podía ser perseguido en un estado del Norte y ser reclamado con una simple declaración de su propietario, y las autoridades locales se veían obligadas a perseguirlo y capturarlo—, los abolicionistas del Norte crearon comités de vigilancia para acometer actos de resistencia. En Boston, dichos comités fueron organizados por el reformador Samuel Gridley Howe (1801-1876) y el ministro Theodore Parker (1810-1860), que más tarde se hallarían entre los componentes del pequeño grupo «los Seis Secretos», que conocían con antelación los planes de Brown en Harper's Ferry.

tratan de sacarse unos centavos dedicándose al negocio de los toneles. ¿Y qué tipo de licor va a almacenar su barril? Especulan en los mercados y perforan las montañas, pero no son competentes ni para trazar una carretera decente. El comité de vigilancia posee y gestiona el único camino *libre*, el Ferrocarril Subterráneo[30]. Son *ellos* los que han construido túneles a todo lo ancho de esta tierra. Este Gobierno está perdiendo su poder y su respetabilidad y eso es tan cierto como que el agua se pierde en una vasija agrietada y se conserva en una en buen estado.

Oigo que muchos condenan a estos hombres por su reducido número, pero ¿cuándo fueron multitud los buenos y los valientes? ¿Lo habríais tenido esperando hasta que ese día llegase? ¿Hasta que vosotros y yo nos uniésemos a él? El mero hecho de que no estuviera rodeado de una turba o una tropa de mercenarios debería bastar para diferenciarlo de los héroes ordinarios. Pocos lo acompañaban, sí, porque pocos eran dignos de hacerlo. Cada uno de los que dieron su vida por los pobres y los oprimidos era un elegido, escogido entre muchos miles, si no millones; un hombre de principios, de valor inusitado y de devota humanidad, dispuesto a sacrificar su vida en cualquier momento por el bien de su prójimo. En este sentido, puede que alguien dude de que hubiera muchos más de sus iguales en todo el país —hablo sólo de sus seguidores—, pues su líder, sin duda, lo recorrió a todo lo largo y ancho tratando de engrosar su tropa. Sólo ellos estuvieron dispuestos a interponerse entre el opresor y el oprimido. Sin lugar a dudas, no podíais haber escogido mejores hombres que colgar. Ése era el mayor tributo que este país les podía rendir. Estaban maduros para la horca. Esta nación lleva mucho tiempo intentándolo y ya ha colgado a unos cuantos, pero nunca antes había encontrado a la persona adecuada.

[30] El «Underground Railroad» era el nombre por el que se conocía la red clandestina que ayudaba a los esclavos a llegar a Canadá.

Cuando pienso en él y en sus seis hijos, y en su yerno, por no hablar de los demás reclutados para esta lucha, dirigiéndose fría, reverente y humanamente al trabajo, durante meses o años, durmiendo y despertándose con ese pensamiento, ponderando la idea en verano y en invierno, sin esperar otra recompensa que una conciencia tranquila, mientras casi toda América se alineaba en el otro bando... vuelvo a decir que me llega al alma como si de un espectáculo sublime se tratase. Si algún periódico hubiese defendido «su causa», si algún órgano, como suele decirse, hubiera tocado la misma melodía monótona y tediosa y luego hubiera pasado la gorra, no habría tenido ninguna eficacia. Si hubiera actuado de modo que hubiese pasado desapercibido para el Gobierno, habría resultado sospechoso. Fue el hecho de que el tirano le diera paso, o más bien él al tirano, lo que lo distinguió de todos los reformistas que conozco.

Su doctrina particular consistía en que un hombre tiene perfecto derecho a intervenir por la fuerza ante un esclavista para salvar a un esclavo. Estoy de acuerdo con él. Aquellos que se escandalizan continuamente por la esclavitud tienen cierto derecho a escandalizarse por la muerte violenta de un esclavista, pero no los demás. Éstos se escandalizarán más por su vida que por su muerte. No me inclinaré a pensar que erró en el método, el más rápido y exitoso para liberar esclavos. Hablo en nombre del esclavo al decir que prefiero la filantropía del capitán Brown a esa otra filantropía que ni me dispara ni me libera. En cualquier caso, no creo que sea muy sensato pasarse la vida entera hablando o escribiendo sobre este asunto, a menos que uno esté inspirado de continuo, y yo no lo he hecho. Un hombre tiene otros asuntos que atender. No deseo matar ni que me maten, pero vislumbro circunstancias en las que ambas cosas podrían llegar a resultar inevitables. Preservamos la supuesta «paz» de nuestra comunidad mediante pequeños actos de violencia cotidiana. ¡Fijaos en la porra y en las esposas del policía!

¡Fijaos en la cárcel! ¡Fijaos en la horca! ¡Fijaos en el capellán del regimiento! Sólo aspiramos a vivir a salvo fuera del alcance de *ese* ejército provisional. De modo que nos defendemos a nosotros mismos y a nuestros gallineros y mantenemos la esclavitud. Sé que la inmensa mayoría de mis compatriotas cree que el único uso correcto que se le puede dar a un rifle Sharps y a un revólver es batirse en duelo con ellos cuando otras naciones nos insultan o cazar indios o disparar a esclavos fugitivos y ese tipo de cosas. Creo que, por una vez, los rifles Sharps y los revólveres se emplearon en una causa justa. Las herramientas estaban en manos de quien sabía usarlas.

La misma indignación que se dice que una vez desalojó el templo[31], lo volverá a desalojar. La cuestión no tiene nada que ver con las armas, sino con el espíritu con que se usan. Hasta ahora no había nacido nadie en América que amara tanto a sus semejantes y los tratase con tanta ternura. Vivía para ellos. Tomó su vida y la entregó por ellos. ¿Qué tipo de violencia es ésa que no alientan los soldados, sino los ciudadanos pacíficos; no tanto los legos como los ministros del Evangelio; no tanto las sectas combativas como los cuáqueros; y no tanto los cuáqueros varones como las mujeres cuáqueras?

Este suceso me advierte de que existe algo llamado muerte, la posibilidad de que un hombre muera. Parece como si ningún hombre hubiera muerto antes en América, pues, para morir, primero hay que haber vivido. No creo en los coches fúnebres, ni en los ataúdes ni en las exequias que han tenido. En ese caso no hubo muerte porque no había habido vida; simplemente se pudrieron o se descompusieron, como ya venían haciendo

[31] Referencia a Mateo 21, 12-13: «Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: "Escrito está: mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones"».

tiempo atrás. No se rasgó el velo del templo[32], sólo se abrió un agujero en algún sitio. Dejad que los muertos entierren a sus muertos. Los mejores tan sólo se quedaron sin cuerda como un reloj. Franklin, Washington... ellos fueron liberados sin morir: un buen día desaparecieron. Oigo a muchos fingir que se están muriendo o que incluso han muerto, qué más da. ¡Sandeces! Los desafío a que lo hagan. No hay suficiente vida en ellos. Se licuarán como los hongos y tendrán a cien panegiristas limpiando el sitio donde lo hicieron. Desde que comenzó el mundo, sólo ha muerto media docena o pocos más. ¿Cree usted que va a morir, señor? ¡No! No hay esperanza para usted. Aún no ha aprendido la lección. Castigado después de clase. Armamos un alboroto innecesario por la pena capital, que arrebata la vida, cuando no hay vida que arrebatar. ¡Memento mori! No entendemos esa frase sublime que una vez alguien respetable hizo esculpir en su lápida. La interpretamos en un sentido servil y quejumbroso; hemos olvidado por completo cómo morir.

Pero tened por seguro que moriréis. Haced vuestro trabajo y terminadlo. Si sabéis cómo empezar, sabréis cuándo terminar.

Estos hombres, al enseñarnos a morir, nos han enseñado también a vivir. Si los actos y las palabras de este hombre no propician un renacimiento, será la sátira más dura posible sobre los actos y las palabras la que lo haga. Es la mejor noticia que América haya oído jamás. Ya ha logrado acelerar el débil pulso del Norte y ha infundido más sangre generosa en sus venas y en su corazón que muchos años de lo que se da en llamar prosperidad política y económica. ¡Cuántos hombres que últimamente contemplaban la opción del suicidio tienen ahora algo por lo que vivir!

Un escritor dice que la peculiar monomanía de Brown hizo que «los de Misuri lo temieran como a un ser sobrenatural».

[32] Alusión a Mateo 27, 51: «Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, y la tierra tembló y las rocas se partieron».

Pues claro, un héroe en medio de unos cobardes como nosotros siempre es muy temido. Él es precisamente eso. Ha demostrado ser superior a la naturaleza. Tiene cierto halo de divinidad.

Si no se eleva sobre sí mismo,
¡Qué poca cosa es el hombre[33]!

Los periódicos también argumentan que una prueba de su *locura* reside en la idea de que fue designado para hacer lo que hizo, ¡que no dudó de sí mismo ni por un momento! Hablan como si en estos días fuera imposible que a un hombre «lo designara la Providencia» para llevar a cabo una tarea cualquiera, como si los votos y la religión estuvieran pasados de moda en relación con el trabajo cotidiano de los hombres, como si el agente que debiera abolir la esclavitud sólo pudiera ser nombrado por el presidente o por un partido político. Hablan como si la muerte de un hombre fuera un fracaso y la prolongación de su vida, sea ésta del carácter que sea, un éxito.

Cuando reflexiono acerca de la causa a la que con tanta devoción se entregó este hombre y luego reflexiono acerca de la causa a la que se entregan sus jueces y todos los que lo condenan con tanta rabia y elocuencia, me doy cuenta de que se hallan tan alejados entre sí como los cielos y la tierra.

En resumen: nuestros «líderes» son tipos inofensivos, y saben *perfectamente* que no fueron elegidos por la Providencia, sino por los votos de su partido.

¿Quién es aquél cuya seguridad requiere que el capitán Brown sea ahorcado? ¿Es indispensable para algún norteño? ¿Es que no queda otro recurso que arrojar también a este hombre al Minotauro? Si no queréis, decidlo sin ambages. Mientras suceden estas

[33] Versos pertenecientes al poema «To the Lady Margaret, Countess of Cumberland», del poeta e historiador inglés Samuel Daniel (1562-1619).

cosas, la belleza permanece velada y la música no es más que una mentira estridente. ¡Pensad en él, en sus inusuales atributos! En un hombre al que se tardan años en forjar y comprender; no en un héroe de pacotilla ni en el representante de ningún partido. Un hombre que el sol no volverá a iluminar en esta tierra sumida en la oscuridad. Alguien para cuya creación se emplearon los materiales más caros, el diamante más puro, y que fue enviado para redimir a los cautivos. ¡Y el único uso que le dais es colgarlo al final de una soga! Vosotros, que aparentáis sufrir por Cristo crucificado, pensad en lo que estáis a punto de hacerle a quien se ofreció como redentor de cuatro millones de hombres.

Cualquiera sabe cuándo están justificados sus actos y ni todas las luces del mundo pueden alumbrarlo en ese asunto. El asesino siempre sabe que su castigo es justo, pero, cuando un Gobierno le arrebata la vida a un hombre sin el consentimiento de su conciencia, nos encontramos ante un Gobierno temerario que da un paso hacia su propia disolución. ¿No es posible que un individuo tenga razón y un Gobierno no? ¿Deben acatarse las leyes simplemente porque se han promulgado? ¿O porque unos cuantos dicen que son buenas aunque no lo sean? ¿Qué necesidad hay de hacer del hombre un instrumento que lleve a cabo un acto que su mejor naturaleza desaprueba? ¿Es acaso la intención de los legisladores ahorcar a hombres buenos? ¿Van a interpretar los jueces la ley al pie de la letra y no según su espíritu? ¿Qué derecho tenéis a formalizar un pacto con vosotros mismos que diga que haréis esto o lo otro en contra de vuestra luz interior? ¿Está en vuestra mano decidir, tomar una u otra resolución, y rechazar las convicciones que os imponen y que escapan a vuestro entendimiento? Yo no creo en los abogados, en esa forma de atacar o defender a un hombre, porque nos rebaja a tratar con el juez en su propio terreno y, en los casos de mayor relevancia, que un hombre quebrante o no una ley humana carece de la menor importancia. Dejad que los abogados decidan en casos triviales. Los hombres de negocios

pueden arreglarlo entre ellos. Si se tratara de los intérpretes de las leyes eternas que obligan legítimamente al hombre, otro gallo cantaría. ¡Una fábrica de leyes falsas con un pie en la tierra de los esclavos y otro en la tierra de los hombres libres! ¿Qué tipo de leyes para hombres libres podéis esperar de eso?

Estoy aquí para defender su causa con vosotros. No suplico por su vida, sino por su naturaleza, por su vida inmortal; y así deja de ser su causa y se convierte en vuestra por completo. Hace mil ochocientos años, Cristo fue crucificado; esta mañana tal vez el capitán Brown haya sido ahorcado. Son los dos extremos de una cadena a la que no faltan eslabones. Ya no es el viejo Brown; es un ángel de luz.

Ahora comprendo que era necesario que ahorcaran al hombre más valiente y humano de todo el país. Tal vez él mismo lo haya comprendido. Casi temo oír en cualquier momento que ha sido liberado, pues dudo de que una vida prolongada, de que cualquier vida, pueda hacer tanto bien como su muerte.

«¡Descarriado!», «¡Charlatán!», «¡Loco!», «¡Vengativo!». Eso es lo que escribís desde vuestros butacones, y así es como él, herido, responde desde el suelo del arsenal, alto y claro como un cielo sin nubes, genuino como la voz de la naturaleza: «Nadie me envió aquí; fue mi propia voluntad y la de mi Creador. No reconozco a ningún amo en forma humana».

Y con qué tono dulce y noble continúa, dirigiéndose a sus captores, que lo observan de pie: «Creo, amigos míos, que sois culpables de una gran equivocación contra Dios y contra la humanidad, y sería por completo lícito que alguien os hiciera frente para liberar a los que perversamente os empeñáis en mantener en la esclavitud».

Y, con respecto a su movimiento: «Es, en mi opinión, el mayor servicio que un hombre puede prestar a Dios».

«Compadezco a los pobres que viven en la esclavitud y que no tienen a nadie que los ayude; ésa es la razón por la que estoy aquí: no para gratificar ninguna animosidad personal, venganza o espíritu rencoroso, sino por simpatía hacia los oprimidos y los agraviados, que son tan buenos como vosotros, e igual de valiosos a ojos de Dios».

No reconocéis vuestro testamento cuando lo veis.

«Quiero que comprendáis que respeto los derechos de los más pobres y débiles de entre la gente de color, oprimida por el poder de la esclavitud, tal y como hago con los de los más ricos y poderosos».

«Me gustaría añadir que será mejor que vosotros, los del Sur, os preparéis para zanjar esta cuestión, que se resolverá antes de lo que creéis. Cuanto antes os preparéis, mejor. Podéis deshaceros de mí con toda facilidad. Ya casi lo habéis hecho, pero queda esta cuestión por zanjar —me refiero a la cuestión de los negros—; esto aún no ha acabado».

Preveo un tiempo en que el pintor pintará esta escena y ya no tendrá que ir a Roma en busca de un motivo; el poeta la cantará; el historiador la registrará; y, junto con el Desembarco de los Peregrinos y la Declaración de Independencia, será el ornamento de una futura galería nacional, cuando deje de existir la esclavitud tal como la concebimos en estos momentos. Entonces seremos libres de llorar al capitán Brown. Entonces, y sólo entonces, nos cobraremos nuestra venganza.

Tan universal es la grandeza moral trascendental, tan estrechos son sus vínculos y tan idéntica es a la de cualquier época y lugar —como una pirámide que se contrae cuanto más nos aproximamos a su cúspide— que ahora, al ojear mi cuaderno de poesía, descubro que lo mejor de ella casi siempre puede aplicarse, en parte o por completo, al caso del capitán Brown. Sólo lo que es verdadero, fuerte y solemnemente serio puede acompañar nuestro ánimo en este momento. Casi cualquier verso noble puede leerse como su elegía o su elogio, o convertirse en el texto de un discurso en su honor. Efectivamente, ahora descubrimos que las partes de que consta una liturgia universal son aplicables a esos raros casos de héroes y mártires para los que ninguna iglesia posee ritual alguno. Ésta es la fórmula establecida en las alturas —su funeral— a la que cada gran genio ha contribuido con una estrofa o verso. Como Marvell escribió:

Cuando la espada brilla sobre la cabeza del juez,
Y el miedo silencia a los clérigos cobardes,
Es la hora del poeta; es entonces cuando desenvaina
Y en solitario defiende la causa abandonada de la virtud.
Cuando la rueda del imperio da marcha atrás,
Y aunque el eje deslavazado del mundo se rompa,
Él sigue cantando sobre derechos antiguos y tiempos mejores,

Sufre en su búsqueda del bien y triunfa en su castigo del delito[1].

El sentido de la poesía con mayúsculas, leída a la luz de este acontecimiento, sale a relucir como un escrito invisible cuando se arrima al fuego:

Todas las cabezas deben acabar
En la tumba fría.
Sólo los actos del justo
Emanan un olor dulce y florecen en el polvo[2].

Hemos sabido que la dama bostoniana que visitó recientemente a nuestro héroe en la cárcel lo encontró con la misma ropa con la que lo habían hecho prisionero, rota y desgarrada por los sables y las estocadas de las bayonetas, y con la que se había presentado en su juicio, además de sin sombrero. Ella pasó los ratos en la cárcel remendándosela y, como recuerdo, se llevó un alfiler lleno de sangre.

¿Cuáles son las ropas que perduran?

Las prendas que perviven por siempre
Son los actos de misericordia hacia el desposeído;
Y ni el prurito ni el tiempo ni la polilla
Raerán esa seda ni desgastarán este paño[3].

Los famosos versos titulados «El recado del alma»[4], que algunos atribuyen a sir Walter Raleigh mientras esperaba a que

[1] Fragmento del poema «Tom May's Death», obra del poeta metafísico, escritor satírico y parlamentario inglés Andrew Marvell (1621-1678), al que se relaciona con otros metafísicos como John Donne y George Herbert. Fue el primer ayudante de John Milton.

[2] Fragmento de la obra de teatro *Contention of Ajax and Ulysses*, del dramaturgo británico James Shirley (1596-1666).

[3] Versos del propio Thoreau.

[4] «The Soul's Errand».

lo ejecutasen al día siguiente, son al menos dignos de semejante origen e igualmente aplicables al caso que nos ocupa. Oídlos:

Ve, Alma, huésped del cuerpo,
Y da este ingrato mensaje;
No temas conmover a los mejores,
La verdad será tu garantía:
Ve, pues he de morir sin remedio,
Y desmiente al mundo.

Ve y dile a la corte que brilla
Y reluce como la madera podrida;
Ve y dile a la iglesia que predica
El bien y no lo hace;
Y si la iglesia y la corte replican,
Entonces desmiéntelas.

Diles a los potentados que viven
De los actos de los demás;
Que no son amados hasta que dan,
Que sólo sus facciones los hacen fuertes:
Y si los potentados replican,
Desmiéntelos.

Diles a los hombres de elevada condición,
Que dirigen asuntos de Estado,
Que su propósito es la ambición,
Y su costumbre el odio;
Y si alguna vez replican,
Entonces desmiéntelos.

Dile al celo que le falta devoción,
Dile al amor que no es sino lujuria;

Dile al tiempo que no es sino movimiento,
Dile a la carne que no es sino polvo;
Y ruega por que no repliquen,
Pues deberás desmentirlos.

Dile a la edad que se consume a diario;
Dile al honor que se altera;
Dile a la belleza que se marchita;
Dile al favor que vacila;
Y como replicarán,
Desmiéntelos uno por uno.

Dile a la fortuna que es ciega;
Dile a la naturaleza que se descompone;
Dile a la amistad que es cruel;
Dile a la justicia que se retrasa;
Y, si se atreven a replicar,
Desmiéntelas a todas.

Y, cuando hayas terminado tu parloteo
Como te he encomendado,
Aunque desmentir
No merezca menos de una puñalada,
Que te apuñale quien quiera,
Pues ninguna puñalada puede matar el alma.

«Cuando muera,
Que no quede escrito el día»,
Ni doblen las campanas[5]:
«El amor lo recordará»

[5] Los concejales de la ciudad se negaron a que doblaran las campanas en esta ocasión. (Nota de Thoreau).

Cuando el odio se enfríe.

Tú, Agrícola[6], eres afortunado no sólo porque tu vida fue gloriosa, sino porque tu muerte fue oportuna. Como nos cuentan quienes oyeron tus últimas palabras, aceptaste tu sino inalterable y dispuesto, como si, de estar en tu poder, pudieras hacer que el emperador pareciera inocente[7]. Pero, además de la amargura de haber perdido a un padre, a nuestra pena se suma el que no se nos permitiera atender a tu salud, contemplar tu rostro y recibir tu último abrazo; seguro que habríamos escuchado palabras e instrucciones que habríamos atesorado en lo más profundo de nuestras almas. Ése es nuestro dolor, ésa nuestra herida... Con pocas lágrimas te enterraron y, en tu última luz terrenal, tus ojos buscaron algo que no vieron.

Si existe alguna morada para el espíritu de los píos, si, como suponen los sabios, las grandes almas no se extinguen con el cuerpo, que descanses en paz, y que tus familiares dejen los débiles lamentos y los plañidos de mujer y recuerden tus virtudes, que no han de dolerse ni en silencio ni en voz alta. Déjanos honrarte más con nuestra admiración que con efímeras alabanzas y, con ayuda de la naturaleza, emulándote. Ése es el verdadero honor, ésa la piedad de quien es más afín a ti. También le enseñaría a tu familia a venerar tu memoria atesorando todos tus actos y palabras y a abrazar tu carácter y la forma de tu alma en lugar de la de tu cuerpo, no porque crea que las estatuas de mármol

[6] Cneo Julio Agrícola (40-93) fue un general y político romano, gobernador de Britania entre los años 77 y 84. Fue el único capaz de culminar la conquista de la isla, no tanto por su consumada pericia militar como por su hábil política a la hora de hacer que los britanos aceptaran la soberanía romana. Thoreau parece comparar su figura y su muerte con la de Brown.

[7] Agrícola pasó los últimos años de su vida en un exilio encubierto en Roma, hasta que el emperador Domiciano, según insinúa Tácito y asevera Dión Casio, lo asesinó o al menos forzó su muerte, pues era incapaz de soportar que siguiera con vida, haciéndole de algún modo sombra, el único hombre que habría sido capaz de afrontar la difícil situación de los ejércitos romanos en Germania y los territorios al norte del Danubio.

o de bronce deban condenarse, sino porque, tal y como ocurre con los rasgos del hombre, las imágenes que nos formamos de ellos son frágiles y perecederas. La forma del alma es eterna y podemos conservarla y expresarla, no mediante un material o un arte extraños, sino a través de nuestras propias vidas. Sea lo que sea que hayamos amado de Agrícola, sea lo que sea lo que hayamos admirado, perdura y seguirá perdurando en las mentes de los hombres y en los anales de la Historia, por los siglos de los siglos. Muchos de los antiguos caerán en el olvido como si fueran ignominiosos e innobles: Agrícola, descrito y transmitido a la posteridad, sobrevivirá.

La trayectoria de John Brown durante sus últimas seis semanas de vida fue meteórica e iluminó la oscuridad en que vivimos. No conozco nada más milagroso en nuestra historia.

En aquellos momentos, si alguien citaba en una conferencia o conversación un ejemplo antiguo de heroísmo, como el de Catón, Tell o Winkelried, y pasaba por alto las recientes hazañas y palabras de Brown, cualquier audiencia inteligente de norteños lo consideraba soporífero e inexcusablemente inverosímil.

En cuanto a mí, por norma general presto más atención a la naturaleza que al hombre, aunque admito que cualquier acontecimiento humano conmovedor puede nublar nuestra vista ante los objetos naturales. Estaba tan absorto en él que me sorprendía al descubrir que el mundo natural seguía con su rutina o al toparme con personas que continuaban con sus asuntos como si tal cosa. Me resultaba extraño que el pequeño mirlo acuático se zambullera plácidamente en el río como siempre, lo que me sugería que ese pájaro continuará zambulléndose aquí cuando Concord deje de existir.

Me daba la sensación de que si le preguntaran a él, un prisionero condenado a muerte en medio de sus enemigos, sobre su próximo paso o estrategia, respondería con más sensatez que el resto de sus compatriotas. Era el que mejor comprendía su situación, el que la contemplaba con más calma. En comparación, los demás, tanto del Norte como del Sur, estaban fuera de sí. Nuestros pensamientos eran incapaces de remontarse a un hombre

más grande, más sabio o mejor con quien compararlo, pues él estaba por encima de todos. El hombre al que este país estaba a punto de colgar parecía el más grande y mejor de su especie.

La opinión pública no necesitó años para experimentar una revolución; en este caso bastaron días, no, horas, para que se desencadenaran profundos cambios. Cincuenta hombres que, de camino al acto que celebramos en su honor en Concord, estaban dispuestos a pedir que lo colgaran probablemente no se atrevieran a decir lo mismo al salir. Escucharon la lectura de sus palabras, vieron los graves semblantes de la congregación y hasta puede que se unieran al canto del himno final de alabanza.

El orden de los instructores se invirtió. He sabido que un predicador, que en un principio se escandalizó y se mantuvo al margen, al final se vio obligado a convertir a Brown, después de que lo colgaran, en el tema de un sermón en el que, hasta cierto punto, lo elogiaba, aunque dijo que su acto había sido un fracaso. Un profesor influyente creyó necesario confesarles a sus alumnos mayores después del servicio que, al principio, pensaba como el predicador, pero que ahora creía que John Brown tenía razón. No obstante, resultaba patente que sus alumnos iban tan por delante del profesor como éste del sacerdote y sé a ciencia cierta que muchos niños pequeños ya habían preguntado a sus padres en casa con tono de sorpresa por qué Dios no había intervenido para salvarlo. En cada caso, los preceptistas autorizados eran conscientes sólo a medias de que no *dirigían*, sino que estaban siendo *arrastrados* y acusaban cierta pérdida de tiempo y poder.

Los predicadores más íntegros, los hombres de la Biblia, aquellos que hablan de principios y de no hacer a los demás lo que no querríamos que nos hicieran a nosotros, ¿cómo pudieron no reconocerlo si era con diferencia el mejor predicador de todos ellos, tenía la Biblia siempre presente en su vida y en sus actos, era la encarnación de los principios morales y quien verdaderamente aplicó la regla de oro? Todo aquel que había visto despertar su sentido moral, que había sentido la llamada del Altísimo para predicar, se ponía de su lado. ¡Qué confesiones arrancó a reticentes y conservadores! Es increíble, aunque en conjunto sea bueno, que no se aprovechara la ocasión para crear una nueva secta de *brownistas* en nuestro seno.

Aquellos que, tanto dentro como fuera de la Iglesia, se adhieren al espíritu y abandonan la letra y, por tanto, son llamados infieles, fueron, como de costumbre, los primeros en reconocerlo. Ya antes habían colgado a hombres en el Sur por intentar rescatar a esclavos y el Norte no se había inmutado demasiado por ello. ¿De dónde procede entonces esta maravillosa diferencia? No estábamos tan seguros de la devoción que aquéllos profesaban a sus principios. Habíamos establecido una sutil distinción, olvidado las leyes humanas y rendido homenaje a una idea. El Norte, quiero decir, el Norte *vivo*, se volvió completamente trascendental. Fue más allá de la ley humana, del fracaso aparente, y reconoció la justicia y la gloria eternas. Por norma general, los hombres viven según una fórmula y les basta con que se observe el orden de la ley, pero en este caso recuperaron, hasta cierto punto, el sentimiento original y se vivió un ligero resurgir de la antigua religión. Se dieron cuenta de que lo que se daba en llamar orden era confusión, la justicia, injusticia, y de que lo mejor se consideraba lo peor. Esta actitud sugería un espíritu más inteligente y generoso que el que había impulsado a nuestros antepasados y la posibilidad, con el paso de los años, de llevar a cabo una revolución en nombre de otro pueblo oprimido.

La mayoría de los norteños, y unos cuantos sureños, se conmovieron sobremanera por la conducta y las palabras de Brown. Vieron y sintieron que eran heroicas y nobles, y que no había habido nada que se les asemejara en este país ni en la historia reciente del mundo. Pero una minoría permaneció impasible. La actitud de sus vecinos sólo les provocaba sorpresa e irritación.

Admitían que Brown era valiente y que creía haber hecho lo correcto, pero no detectaron en él mayores peculiaridades.

Al no estar acostumbrados a realizar verdaderas distinciones ni a apreciar la magnanimidad, leyeron sus cartas y sus discursos como si no los hubieran leído. No eran conscientes de que se aproximaban a una declaración heroica, de que se *quemaban*. No advirtieron que Brown hablaba con autoridad y, en consecuencia, sólo recordaron que la ley debía cumplirse. Recordaban la vieja fórmula, pero no oían la nueva revelación. Quien no reconoce en las palabras de Brown sabiduría y nobleza y, por tanto, una autoridad superior a nuestras leyes, es un demócrata moderno. Ésa es la prueba para descubrirlo. En este sentido, no está ciego a propósito, sino de manera constitucional, y es coherente consigo mismo. Tal ha sido su vida en el pasado, sin la menor duda. De igual modo, ha leído la Historia y la Biblia, y acepta, o parece aceptar, esta última como una fórmula establecida, no porque le haya convencido. No encontraréis sentimientos semejantes en su breviario, si es que lo tiene.

Cuando se lleva a cabo un acto noble, ¿quién lo aprecia? Quienes son asimismo nobles. No me sorprendió que algunos de mis vecinos hablasen de John Brown como de un malhechor cualquiera, pues ¿qué son ellos? Tienen demasiadas carnes, demasiados cargos o demasiada ordinariez de algún tipo. No son ni mucho menos naturalezas etéreas. En ellos predominan las cualidades oscuras. Algunos son decididamente paquidérmicos. Lo digo con pena, no con enfado. ¿Cómo puede un hombre contemplar la luz si no tiene una luz interior propia? Son fieles a sus *miras*, pero cuando miran hacia este lado, no *ven* nada, están ciegos. Para los niños de la luz, combatir contra ellos es como una competición entre águilas y búhos. Mostradme a un hombre que sienta inquina hacia John Brown y dejadme oír qué noble verso es capaz de repetir. Se quedará tan mudo como si sus labios estuvieran sellados.

No todo el mundo puede ser cristiano, ni siquiera en un sentido muy moderado, sea cual sea la educación que se le dé. Después de todo, se trata de una cuestión de constitución y temperamento. Tendrá que volver a nacer muchas veces. He conocido a muchos que fingían ser cristianos, pero en ellos resultaba del todo ridículo, pues no tenían el genio necesario. Tampoco todo el mundo puede ser libre.

Los periódicos insistieron durante un tiempo en que Brown estaba loco, pero al final se limitaron a decir que había llevado a cabo un «plan disparatado» y la única prueba que aportaron fue que le había costado la vida. No me cabe duda de que, si hubiera ido con cinco mil hombres, liberado a mil esclavos y matado a cien o a doscientos esclavistas y hubieran muerto otros tantos en su bando pero no hubiera perdido la vida, estos mismos periódicos le habrían dedicado un apelativo más respetable. Sin embargo, él ha llegado mucho más lejos: ha liberado a muchos miles de esclavos, tanto en el Norte como en el Sur. Por lo visto, no saben lo que significa vivir o morir por una idea. Entonces todos lo llamaron loco; ¿quién lo llama loco ahora?

En medio de la agitación que ocasionó su excepcional intento y consiguiente conducta, la cámara legislativa de Massachusetts, que no dio un solo paso en defensa de sus ciudadanos, a los que probablemente llevaron a Virginia como testigos y expusieron a la violencia de la turba esclavista, se hallaba profundamente absorta en un asunto de venta de alcohol y se dejaba enredar en bromas pueriles sobre la palabra «extensión». Malos espíritus ocupaban sus pensamientos. Estoy seguro de que ningún estadista a la altura de las circunstancias habría atendido ese asunto en aquel momento, ¡un asunto demasiado vulgar para ser atendido en cualquier momento!

Cuando consulté la liturgia de la Iglesia de Inglaterra, publicada casi a finales del pasado siglo, para encontrar un servicio aplicable al caso de Brown, descubrí que el único mártir reconocido

que presentaba era el rey Carlos I, un ilustre bribón. De todos los habitantes de Inglaterra y del mundo, él era el único al que, según esa autoridad, la Iglesia había convertido en mártir y santo, y llevaba más de un siglo celebrando su supuesto martirio mediante un servicio anual. ¡Menuda sátira sobre la Iglesia!

No busquéis vuestra guía en cámaras legislativas o iglesias, ni en ningún otro organismo desalmado o corporativo, sino en los *inspirativos* o inspirados.

¿De qué sirven todos vuestros logros y conocimientos eruditos a la luz del sentido común y la hombría? Fijaos en la obra que este hombre comparativamente analfabeto e iletrado escribió en seis semanas, por no hablar del resto de su comportamiento. ¿Dónde podemos encontrar un profesor de *Belles-lettres*, o de Lógica y Retórica, que escriba tan bien? En prisión no escribió una historia del mundo, como Raleigh, sino un libro americano que creo que perdurará mucho más. No me constan palabras semejantes, pronunciadas en esas circunstancias, y aun así con tanta prolijidad, en la historia romana, en la inglesa o en cualquier otra. ¡Qué variedad de temas tocó en tan poco espacio de tiempo! Hay palabras en la carta a su esposa sobre la educación de sus hijas que merecen ser enmarcadas y colgadas encima de cada chimenea del país. Comparad esta sincera sabiduría con la del pobre Ricardo[1].

La muerte de Irving, que en cualquier otro momento habría llamado la atención universal, al producirse cuando acontecieron estos hechos, pasó casi desapercibida. Tendré que leer sobre ella en la biografía de autores.

Literatos, jefes de redacción y críticos creen que saben escribir porque han estudiado Gramática y Retórica, pero se equivocan

[1] Referencia al *Almanaque del pobre Ricardo* (*Poor Richard's Almanack*), publicado anualmente entre 1732 y 1758 por Benjamin Franklin, que adoptó el seudónimo de «Pobre Ricardo» o «Richard Saunders».

de parte a parte. El arte de la composición es tan simple como un disparo realizado con un rifle, y sus obras maestras suponen una fuerza infinitamente mayor. El discurso y la escritura de este hombre iletrado muestran un inglés medio. Él ha adaptado a la lengua corriente algunas palabras y expresiones como «valdrá la pena», que antes se consideraban vulgarismos y americanismos. Esto sugiere que la mayor regla de composición —y, si yo fuera profesor de Retórica, insistiría en ello— es *decir la verdad*. Esto es así que asá, aquí y en Pekín. Semejante actitud requiere sobre todo seriedad y hombría.

Parece que hemos olvidado que, entre los romanos, la expresión «educación *liberal*» hacía referencia originalmente a una educación digna de hombres *libres*, mientras que el aprendizaje de los oficios y profesiones mediante los cuales nos ganamos la vida se consideraba sólo digno de *esclavos*. Sin embargo, siguiendo un indicio de la palabra, me atrevería a ir un paso más lejos y a afirmar que no es el hombre rico y ocioso quien, aunque se dedique al arte, la ciencia y la literatura, se educa en sentido estricto de manera *liberal*, sino el hombre cabal y *libre*. En un país esclavista como éste, el Estado no puede tolerar nada semejante a una educación liberal, y los eruditos de Austria y Francia que, por muy instruidos que sean, se conforman con sus tiranías, sólo han recibido una educación *servil*.

Nada podían hacer sus enemigos, y esto redundó en su infinito beneficio, es decir, en beneficio de su causa. No lo colgaron de inmediato, sino que esperaron a que les predicara. Y entonces cometieron otro error garrafal: no colgaron a sus cuatro seguidores con él; esa escena se pospuso y con ello su victoria se prolongó y completó. Ningún director teatral habría recreado tan bien las cosas para dar efecto a su conducta y a sus palabras. ¿Y quién creéis que fue el director? ¿Quién situó a la esclava y a su hijo, a quien Brown se inclinó a besar en un acto simbólico, entre su prisión y el patíbulo?

Pronto comprendimos, como él mismo comprendió, que nadie lo iba a perdonar ni a rescatar. Eso habría significado desarmarlo, devolverle un arma material, un rifle Sharps cuando él ya blandía la espada del espíritu, la espada con la que verdaderamente había ganado sus mayores y más memorables victorias. Ahora no ha depuesto la espada del espíritu, pues todo él es espíritu puro y su espada también.

Nada común o vulgar hizo o pronunció
En aquella memorable escena...
Ni clamó a los dioses con vulgar resentimiento,
Para reivindicar su inútil derecho;
Sino que inclinó su hermosa cabeza
Como sobre un lecho[2].

¡Qué tránsito el de su cuerpo horizontal y solitario recién descolgado de la horca! Hemos leído que, en ese momento, pasó por Filadelfia y el sábado por la noche había llegado a Nueva York. De modo que, como un meteoro, ¡atravesó la Unión desde las regiones del Sur hacia el Norte! Los vagones no habían transportado un cargamento semejante desde que lo condujeran vivo al Sur.

El día de su traslado, estoy seguro de haber oído que lo habían *colgado*, pero no supe lo que significaba; no sentí pena por ello; durante un día o dos ni siquiera oí que hubiera *muerto* y no di crédito hasta pasados unos días. De todos mis supuestos contemporáneos, me pareció que John Brown era el único que *no había muerto*. Y ahora soy incapaz de oír hablar de alguien que se apellide Brown —y oigo hablar de ellos muy a menudo— o de alguien especialmente valiente o serio sin que mi primer pensamiento sea para John Brown y para la relación que esa persona

[2] Versos de «An Horatian Ode upon Cromwell's Return from Ireland», del ya mencionado Andrew Marvell.

pueda tener con él. Me lo encuentro en cada esquina. Está más vivo que nunca. Ha logrado la inmortalidad. No está confinado en North Elba ni en Kansas. Ya no obra en secreto. Obra en público y a la luz más clara que haya iluminado esta tierra.

No hace mucho, en un liceo, tuve la sensación de que el conferenciante había elegido un tema que le era totalmente ajeno y no logró interesarme tanto como habría cabido esperar. Se notaba que hablaba de cosas de las que no estaba convencido y sus argumentos eran débiles y superficiales. En este sentido, no hubo un verdadero pensamiento central o centralizador en toda la ponencia. Mejor habría sido que hubiera hablado de su experiencia más íntima, como hace el poeta. El mayor cumplido que me han hecho jamás fue cuando alguien me preguntó qué *opinaba* y esperó mi respuesta. Cuando esto ocurre me sorprendo, y me regocijo, pues el interrogador hace de mí un uso muy poco corriente, como si estuviera familiarizado con la herramienta. Por lo general, si alguien quiere algo de mí, es sólo para saber cuántos acres calculo que miden sus tierras —puesto que soy agrimensor— o, como mucho, de qué noticias triviales voy cargado. Ellos nunca se meterán en pleitos por mi carne; prefieren la concha. Una vez, un hombre vino desde bastante lejos para pedirme que diera una conferencia sobre la esclavitud, pero, al conversar con él, descubrí que tanto él como su camarilla esperaban quedarse con siete octavos de la conferencia y dejarme a mí tan sólo con uno, así que decliné la oferta. Cuando me invitan a dar una conferencia en cualquier sitio —pues poseo cierta experiencia en este asunto—, doy por sentado que existe un deseo de escuchar lo que *pienso* sobre un tema determinado —aunque tal vez sea el loco más rematado del país— y no que

deba limitarme a decir cosas agradables o con las que la audiencia comulgue; y decido, en consecuencia, darles una buena dosis de mí mismo. Han venido a buscarme, se han comprometido a pagarme y estoy decidido a entregarme en cuerpo y alma, aunque los aburra hasta lo indecible.

De modo que ahora os diré algo parecido, mis queridos lectores. Dado que *vosotros* sois mis lectores y yo no he sido un gran viajero, no os hablaré de gente que está a miles de millas de distancia, sino que me quedaré tan cerca de casa como me sea posible. Como dispongo de poco tiempo, dejaré de lado los cumplidos y me centraré en las críticas.

Pensemos en el modo en que pasamos nuestras vidas.

Este mundo es un lugar de negocios. ¡Qué incesante ajetreo! Casi todas las noches me despierta el jadeo de la locomotora. Interrumpe mis sueños. No hay domingos. Sería magnífico ver a la humanidad ociosa por una vez. Todo es trabajar, trabajar, trabajar. No me resulta fácil comprar un cuaderno en blanco en el que escribir pensamientos; siempre vienen rayados para los dólares y los centavos. Un irlandés, al verme apuntar algo en el campo, dio por sentado que estaba calculando mi salario. Si arrojaron a un hombre por una ventana cuando era niño y lo dejaron lisiado de por vida, o los indios le dieron un susto de muerte, la gente lo lamenta sobre todo porque eso lo incapacita para... ¡trabajar! Creo que no hay nada, ni siquiera el delito, más opuesto a la poesía, a la filosofía y a la vida misma, que este incesante ajetreo.

Un individuo codicioso, rudo y violento de las afueras de nuestra ciudad va a construir un muro al pie de la colina que rodee su finca. Las autoridades le han metido la idea en la cabeza con el fin de que evite visitas indeseadas y quiere que yo pase tres semanas allí cavando con él. Como resultado, él probablemente amase algo más de dinero y se lo deje a sus herederos para que lo dilapiden. Si lo hago, la mayoría me alabará por ser

un hombre solícito y trabajador, pero si elijo dedicarme a otras tareas que me reportan más beneficio real, aunque poco dinero, posiblemente me consideren un holgazán. Sin embargo, como no necesito que la policía del trabajo ocioso me controle y no veo absolutamente nada más loable en el proyecto de este individuo que en muchas de las empresas de nuestro propio Gobierno o de Gobiernos extranjeros, por muy ameno que les resulte a él o a ellos, prefiero terminar mi educación en otra escuela.

Si un hombre dedica la mitad del día a pasear por el bosque por puro placer, corre el riesgo de que lo tilden de holgazán, pero si consagra todo el día a especular, a talar los bosques y a dejar la tierra baldía antes de tiempo, lo tendrán por un ciudadano solícito y emprendedor. ¡Como si el único interés de una ciudad por sus bosques fuera talarlos!

La mayoría de los hombres considerarían un insulto que los emplearan en lanzar piedras por encima de un muro y luego en lanzarlas en sentido contrario con el único fin de ganarse el sueldo. Pero muchos no tienen un trabajo más digno. Por ejemplo: justo después del amanecer, una mañana de verano, divisé a uno de mis vecinos caminando junto a su yunta de bueyes, que tiraba lentamente de una pesada piedra tallada pendiente del eje. Parecía estar envuelto en cierto halo de diligencia —su jornada laboral había empezado, le sudaba la frente, todo un reproche para los gandules y ociosos—, se detenía a la altura del lomo de los bueyes y medio se giraba haciendo un ademán con su látigo misericordioso, mientras los animales le pasaban de largo. Y pensé: «Ése es el trabajo que el Congreso americano debe proteger —un trabajo honrado, duro y viril: honrado como el que más, que hace más dulce el pan y que mantiene la dulzura de la sociedad—, algo que todos los hombres respetan y han consagrado: un hombre de la Banda Sagrada que soporta la carga necesaria, aunque fastidiosa, del trabajo». De hecho, sentí un ligero remordimiento, pues observaba esta escena desde una

ventana y no estaba fuera atareado en una empresa similar. Ese mismo día pasé al atardecer por el patio de otro vecino que tiene muchos criados y que gasta dinero sin ton ni son, sin aportar nada al bien común, y allí reconocí la piedra de por la mañana junto a una caprichosa estructura que pretendía adornar la residencia de este tal «lord» Timothy Dexter y, en ese mismo instante, la dignidad del trabajo del yuntero se desvaneció ante mis ojos. En mi opinión, el sol fue creado para iluminar un trabajo más digno que ése. Añadiré que, poco después, su patrón huyó, dejando deudas en buena parte de la ciudad y, tras pasar por los tribunales, se ha asentado en otro sitio y ha vuelto a convertirse en mecenas de las artes.

Los modos por los que podemos ganar dinero nos envilecen casi sin excepción. Hacer algo por el *mero* hecho de ganar dinero es ser un auténtico vago o algo peor. Si el obrero no recibe más de lo que su patrón le paga, lo engañan y se engaña a sí mismo. Si ganaseis dinero como escritores o conferenciantes, os haríais famosos, lo cual conlleva un descenso perpendicular. Los servicios por los que la comunidad estará más dispuesta a pagar son los más desagradables de prestar. Te pagan por ser menos que un hombre. El Estado rara vez recompensa a un genio con mayor sensatez. Hasta el poeta laureado preferiría no tener que ensalzar los advenimientos de la realeza. Hay que sobornarlo con una pipa de vino; y tal vez aparten a otro poeta de su musa para evaluar esa misma pipa. En cuanto a mi propio negocio, a mis contratantes no les interesa ese tipo de agrimensura que yo haría con la mayor satisfacción. Preferirían que hiciese un trabajo tosco y no demasiado bien, no lo suficiente. Cuando observo que existen diferentes maneras de realizar la medición, mi patrón suele preguntarme cuál le proporcionará más terreno, no cuál es la más correcta. Una vez inventé una regla para medir leña apilada e intenté introducirla en Boston, pero el tasador de allí me dijo que los vendedores no querían que su leña se midiera

correctamente, que él ya les resultaba demasiado preciso y, por tanto, hacían que se la midieran en Charlestown antes de cruzar el puente.

El objetivo del trabajador no debería ser ganarse el sustento ni conseguir un «buen empleo», sino dominar uno a la perfección y así a una ciudad le resultaría rentable, incluso en sentido pecuniario, pagar a sus trabajadores tan bien que éstos no sintieran que trabajan con fines pedestres, como la mera subsistencia, sino con fines científicos o incluso morales. No contratéis a alguien que trabaje por dinero, sino a quien lo haga por amor al arte.

Es sorprendente que haya pocos hombres tan bien empleados, tan conformes, que un poco de dinero o de fama no los aparte de su actual ocupación. Veo anuncios destinados a jóvenes *activos*, como si la actividad lo fuera todo en el capital de un joven. No obstante, me ha sorprendido que uno de ellos me haya propuesto en confianza a mí, un hombre adulto, que me embarque en una de sus empresas, como si yo no tuviera nada mejor que hacer y mi vida, hasta el momento, hubiera sido un completo fracaso. ¡Qué dudoso cumplido me hace! ¡Como si me hubiera encontrado en mitad del océano mientras luchaba contra el viento y sin rumbo y me propusiera que lo acompañase! Si lo hiciera, ¿qué creéis que pensarían las aseguradoras? ¡No, no! No estoy desempleado a estas alturas del camino. A decir verdad, vi un anuncio que buscaba marineros en buena condición física cuando era un crío y deambulaba por mi puerto natal y, en cuanto alcancé la mayoría de edad, me embarqué.

No hay soborno con el que la sociedad tiente a un hombre sensato. Podéis recaudar tanto dinero como para abrir un túnel en una montaña, pero no para contratar a un hombre que se ocupa de *sus propios* asuntos. Un hombre eficiente y capaz hace lo que sabe hacer, tanto si la comunidad le paga como si no. Los ineficientes ofrecen su ineficiencia al mejor postor y siempre

están a la espera de que los coloquen. Como podemos suponer, rara vez quedan decepcionados.

Tal vez sea más celoso de lo normal con respecto a mi libertad. Siento que mi conexión y mi obligación para con la sociedad siguen siendo muy débiles y pasajeras. Esas pequeñas tareas que me proporcionan un sustento y que me permiten, hasta cierto punto, prestar un servicio a mis contemporáneos constituyen por lo general un placer para mí y no me recuerdan constantemente que son una necesidad. Por ahora me ha ido bien. No obstante, preveo que, si mis necesidades aumentasen mucho, el trabajo necesario para satisfacerlas se convertiría en una pesada carga. Si vendiera mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como la mayoría parece hacer, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que seguir viviendo. Confío en que nunca tenga que vender mi primogenitura por un plato de lentejas[1]. Lo que pretendo sugerir es que un hombre puede ser muy trabajador y aun así no emplear bien el tiempo. No hay mayor inepto que el que pasa la mayor parte de su vida ganándose el pan. Todas las grandes empresas son autosuficientes. El poeta, por ejemplo, debe alimentar su cuerpo con la poesía, como un aserradero de vapor alimenta sus calderas con las virutas que produce. Debemos ganarnos la vida amando. Pero, como ocurre con los comerciantes, de los que se dice que noventa y siete de cada cien fracasan, la vida de los hombres en general, sometida a esta pauta, es un fracaso y la bancarrota puede profetizarse con total seguridad.

El simple hecho de venir al mundo como heredero de una fortuna no es nacer, sino más bien morir al nacer. Que nos mantenga la caridad de los amigos, una pensión del Gobierno —siempre y cuando sigamos respirando— o cualquiera de los refinados sinónimos con los que describís estas relaciones, es como ir a un

[1] Génesis 25, 34: «Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura».

hospicio. Los domingos, el pobre deudor va a la iglesia para hacer balance de sus bienes y descubre, como es lógico, que sus gastos han sido mayores que sus ingresos. En la Iglesia católica, sobre todo, va a la cancillería, se confiesa, renuncia a todo y trata de empezar de nuevo. De este modo, los hombres se tumban a la bartola, hablan sobre la caída del hombre y nunca se esfuerzan por levantarse.

En cuanto a lo que los hombres piden a la vida en comparación, es importante diferenciar entre quien se conforma con cierto éxito y alcanza todas sus metas al instante y quien, por muy mediocre y desgraciada que sea su vida, eleva constantemente su objetivo, aunque en un ángulo muy leve con respecto al horizonte. Yo preferiría ser más bien como este último, aunque, como dicen los orientales: «La grandeza no llega al que siempre mira hacia abajo, y quienes miran hacia arriba se empobrecen».

Resulta curioso que haya poco o nada memorable escrito sobre la cuestión de ganarse la vida, sobre cómo hacer que no sea algo meramente honrado y honorable, sino por completo apetecible y glorioso, pues si *ganarse* la vida no es eso, entonces la vida no es vida. Podríamos pensar, al echar un vistazo a la literatura, que esta cuestión nunca ha perturbado las meditaciones de un solo individuo. ¿Es que acaso los hombres están tan asqueados de su experiencia como para hablar de ella? Pretendemos obviar la valiosa lección que enseña el dinero y que al Creador del Universo le ha costado tanto esfuerzo enseñarnos. En cuanto a los medios de ganarse la vida, es increíble la indiferencia que muestran hacia ellos los hombres de toda clase y condición, incluso los llamados reformistas, ya hereden, ganen o roben. Creo que la sociedad no ha hecho nada por nosotros a este respecto, o al menos ha deshecho lo que había hecho. El frío y el hambre parecen más acordes con mi naturaleza que los métodos que los hombres han adoptado y nos aconsejan para mantenerlos a raya.

El adjetivo *sabio* se aplica mal en la mayoría de los casos. ¿Cómo puede uno ser sabio si no sabe mejor que otro cómo vivir o si es tan sólo más astuto y sutil? ¿Trabaja la sabiduría en un molino de rueda o nos enseña a triunfar *siguiendo su ejemplo*? ¿Existe algo parecido a la sabiduría no aplicada a la vida o ésta no es más que el molinero que muele la lógica más fina? Resulta pertinente preguntar si Platón se ganaba la *vida* mejor o con más éxito que sus contemporáneos o si sucumbió a las dificultades de la vida como los demás. ¿Parecía prevalecer sobre algunos de ellos por mera indiferencia o por darse aires de grandeza? ¿O la vida le resultó más fácil porque su tía se acordó de él en su testamento? El modo en que la mayoría de los hombres se gana la vida, es decir, vive, no es más que un arreglo provisional y una forma de esquivar el verdadero propósito de la vida, y es así sobre todo porque éstos no conocen nada mejor y también porque no se lo plantean.

La avalancha hacia California, por ejemplo, y la actitud, no sólo de los comerciantes, sino de los supuestos filósofos y profetas al respecto, refleja la mayor desgracia de la humanidad. ¡Hay muchos hombres dispuestos a vivir de la fortuna y así conseguir dirigir el trabajo de otros menos afortunados sin aportar el menor valor a la sociedad! ¡Y a eso lo llaman emprender! No conozco mayor desarrollo de la inmoralidad del comercio y de los demás modos habituales de ganarse la vida. La filosofía, la poesía y la religión de esa humanidad no merecen el polvo de un bejín. El cerdo, que se gana la vida hozando y removiendo la tierra, se avergonzaría de semejante compañía. Aunque pudiera disponer de la riqueza de todos los mundos con sólo levantar un dedo, no pagaría *ese* precio. Hasta Mahoma sabía que Dios no creó este mundo en broma. Eso lo convertiría en un caballero acaudalado que tira un puñado de monedas para ver cómo la humanidad se pelea por ellas. ¡La lotería del mundo! ¡Echar a suertes el hecho de subsistir en los

dominios de la Naturaleza! ¡Menuda crítica, menuda sátira sobre nuestras instituciones! La humanidad acabaría por colgarse de un árbol. ¿Es eso lo que los preceptos de todas las Biblias nos han enseñado? ¿Y es la última y más admirable invención de la raza humana un simple rastrillo para el estiércol? ¿Son éstas las premisas donde confluyen orientales y occidentales? ¿Así nos indicó Dios que nos ganásemos la vida, cavando donde nunca hemos plantado? ¿Acaso nos recompensará Él con pepitas de oro?

Dios le entregó al hombre justo un certificado que le daba derecho a comida y abrigo, pero el injusto encontró una copia del mismo en las arcas de Dios y se apropió de ella, y obtuvo comida y abrigo como el primero. Es uno de los sistemas más extendidos de falsificación que el mundo ha conocido. No sabía que la humanidad sufriera por falta de oro. Yo lo he visto en pequeña cantidad. Sé que es muy maleable, pero no tanto como el sentido común. Un grano de oro puede dorar una gran superficie, pero no tanto como un grano de sensatez.

El buscador de oro en los barrancos de las montañas es tan jugador como su compañero en los salones de San Francisco. ¿Qué diferencia hay entre agitar tierra o unos dados? Si ganas, la sociedad pierde. El buscador de oro es el enemigo del trabajador honrado, por muchas restricciones y compensaciones que haya de por medio. No basta con que me digáis que habéis trabajado duro para extraer vuestro oro. El diablo también trabaja duro. Los modos de los transgresores pueden ser duros en muchos aspectos. El observador más humilde que vaya a una mina verá y dirá que buscar oro es una especie de lotería; el oro así obtenido nada tiene que ver con el salario ganado por un trabajo honrado. Pero, en la práctica, olvida lo que ha visto, pues sólo ha percibido el hecho, no el principio, y se mete en el negocio, es decir, compra un boleto para lo que, por norma general, resulta ser otra lotería, aunque no tan obvia.

Una tarde, después de leer el relato de Howitt[2] sobre los buscadores de oro australianos, pasé toda la noche imaginando los numerosos valles con sus arroyos completamente fragmentados por fétidos pozos de diez a cien pies de profundidad y media docena de pies de ancho, tan cercanos entre sí como es posible cavarlos, y medio llenos de agua; la zona hacia la que los hombres se abalanzan con frenesí para probar fortuna, sin saber dónde deben abrir el suelo, ignorando si el oro está bajo su mismo campamento, perforando a veces ciento sesenta pies antes de dar con una veta, o sin encontrarla por un pie, convertidos en demonios que no respetan los derechos de los demás en su sed de riqueza; e imaginando los valles enteros a lo largo de treinta millas agujereados de repente como un panal de miel por los pozos de los mineros, donde incluso cientos de ellos perecen ahogados, pues, metidos en agua y cubiertos de lodo y barro, trabajan día y noche hasta morir de frío y enfermedad. Tras leer esto, y haberlo olvidado en parte, estuve pensando, por casualidad, en mi propia vida insatisfactoria haciendo lo mismo que los demás y, con esa visión de las excavaciones aún resonando en mi memoria, me pregunté por qué no me ponía *yo* a lavar un poco de oro cada día, aunque sólo fueran las partículas más finas; por qué no cavaba *yo* mismo una galería hasta el oro que hay en mi interior y trabajaba esa mina. *Ahí* está vuestro Ballarat, vuestro Bendigo. ¿Y si dierais con otro Sulky Gully? Al menos seguiría algún sendero, por muy solitario, estrecho y tortuoso que fuera, por el que caminar con amor y reverencia. Siempre que un hombre se separa de la multitud y sigue su propio camino con ese ánimo, se halla ciertamente ante una bifurcación en la carretera, aunque el viajero común sólo vea un hueco en

[2] William Howitt (1792-1879) fue un historiador y prolífico escritor inglés, autor, entre otras obras, de *Land, Labour, and Gold; or, Two Years in Victoria* (1855), donde habla de las minas de Ballarat, Bendigo y Sulky Gully.

la empalizada. Su camino solitario a campo traviesa resultará el *más elevado* de los dos.

Los hombres se dirigen en desbandada hacia California y Australia como si el verdadero oro se encontrara en esa dirección, pero van precisamente en el sentido contrario. Hacen prospecciones cada vez más lejos del verdadero filón y, cuanto más exitosos se creen, más desafortunados son. ¿No es aurífero nuestro suelo *natal*? ¿Acaso no fluye un arroyo por nuestro valle desde las montañas doradas? ¿Y no ha ido arrastrando durante eras geológicas partículas brillantes y formando pepitas para nosotros? En cambio, por extraño que parezca, si un buscador se escabullera a las soledades inexploradas que nos rodean para hacer prospecciones de este oro verdadero, no existiría peligro de que alguien siguiera sus pasos e intentara suplantarlo. Podría incluso reclamar y excavar todo el valle, tanto las parcelas cultivadas como las que no lo están, en paz durante toda su vida, pues nadie le disputaría jamás su derecho. No les importarían ni sus cribas ni sus canaletas. No estaría confinado a un espacio de doce pies cuadrados, como en Ballarat, sino que podría cavar en todas partes y lavar el mundo entero si quisiera en sus artesas.

Howitt dice del hombre que encontró la pepita gigante que pesó veintiocho libras en las excavaciones de Bendigo, en Australia: «Pronto empezó a beber, se compró un caballo y cabalgaba casi siempre a todo galope y, cuando se encontraba con alguien, le preguntaba si sabía quién era y luego le informaba amablemente de que era "el maldito desgraciado que había encontrado la pepita". Al final, se estrelló a toda velocidad contra un árbol y a punto estuvo de perder la sesera». Con todo, no creo que corriera ese peligro, pues ya la había perdido con la pepita. Howitt añade: «El individuo vive en la más absoluta miseria». Pero es un ejemplo de esa clase de hombres. Todos ellos son disolutos. Escuchad algunos de los nombres de los lugares donde excavan: «La llanura del imbécil», «El barranco de la cabeza de la oveja»,

«El banco de arena del asesino», etc. ¿No veis sátira en estos nombres? Dejad que se lleven su sucia riqueza adonde quieran; donde viven seguirá llamándose «La llanura del imbécil» o «El banco de arena del asesino».

La última fuente de nuestra energía ha sido la profanación de tumbas en el istmo de Darién, una empresa que parece estar en su primera infancia, pues, según dicen, en la cámara legislativa de Nueva Granada se ha aprobado una ley en segunda lectura que regula este tipo de minería y un corresponsal del *Tribune* ha escrito: «En la estación seca, cuando el tiempo permita que se hagan prospecciones adecuadas del terreno, no cabe duda de que se descubrirán otras guacas [es decir, cementerios] ricas». A los emigrantes, les dice: «No vengáis antes de diciembre; tomad la ruta del istmo mejor que la de la Boca del Toro; no traigáis equipaje innecesario y no carguéis con una tienda, aunque os vendrán bien un par de mantas; un pico, una pala y un hacha de buena calidad serán casi todo lo que necesitéis», consejo que podría haber extraído perfectamente de la *Guía de Burke*[3]. Y concluye con esta línea en bastardilla y versalitas: «*Si os va bien en casa*, QUEDAOS AHÍ», que muy bien puede interpretarse como: «Si os ganáis bien la vida expoliando cementerios en casa, quedaos ahí».

Pero ¿por qué ir a California a por un lema? Este estado es la criatura de Nueva Inglaterra, criada en su propia escuela e iglesia.

Resulta inconcebible que, entre todos los predicadores, haya tan pocos maestros de la moral. Los profetas se dedican a excusar el comportamiento de los hombres. La mayoría de los reverendos de cierta edad, los *illuminati* de esta era, me recomiendan,

[3] William Burke (1792-1829) fue un famoso asesino irlandés que, junto con William Hare (1792 o 1804-1829), mató a dieciséis personas, cuyos cadáveres vendió a la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo, y que profanaba tumbas con el mismo propósito.

con una sonrisa amable y nostálgica en los labios, entre un suspiro y un estremecimiento, que no me enternezca demasiado con estas cosas..., que deje el agua correr, es decir, que deje correr el oro. El mejor consejo que he oído al respecto era rastrero. En resumidas cuentas, venía a decir: «No merece la pena perder el tiempo en emprender la reforma del mundo en este sentido. No preguntéis cómo untan mantequilla a vuestro pan; si lo hacéis, os arrepentiréis», y cosas por el estilo. Un hombre debería pasar hambre antes que perder su inocencia mientras se gana el pan. Si dentro del hombre sofisticado no hay otro sencillo, entonces no es más que un ángel del diablo. A medida que envejecemos, vivimos de manera más tosca, relajamos un poco nuestra disciplina y, hasta cierto punto, dejamos de obedecer nuestros instintos más puros. Pero deberíamos ser escrupulosos hasta el extremo de la cordura e ignorar las burlas de aquellos que son menos afortunados que nosotros.

Ni siquiera en nuestra ciencia y filosofía se da una explicación verdadera y absoluta de las cosas. El espíritu de secta y de intolerancia ha plantado su pezuña entre las estrellas. Sólo hay que abrir un debate sobre si las estrellas están habitadas o no para descubrirlo. ¿Por qué vamos a embadurnar los cielos como hemos hecho con la tierra? Que el doctor Kane y sir John Franklin fueran masones resultó ser un descubrimiento desafortunado, pero más cruel fue la sugerencia de que, posiblemente, ésa fuera la razón por la que el primero fue en busca del segundo[4]. No hay una revista popular en este país que se atreva a publicar la opinión de un niño sobre temas importantes sin añadir algún comentario. Todo debe pasar por los doctores en Teología. Yo preferiría que lo sometieran al juicio de la avefría.

[4] Elisha Kent Kane (1820-1857), oficial médico estadounidense de la Armada de los Estados Unidos, participó en dos de las expediciones al Ártico organizadas para rescatar a la desaparecida expedición británica de sir John Franklin (1786-1847).

Venimos de asistir al funeral de la humanidad para asistir a un fenómeno natural. Una pequeña idea entierra a todo el mundo.

No conozco a casi ningún *intelectual* que sea tan verdaderamente liberal y tenga la amplitud de miras suficiente para que se pueda pensar en alto en su presencia. La mayoría de aquellos con los que intento hablar no tardan en arremeter contra alguna institución en la que parecen tener cierto interés, es decir, muestran una manera particular, no universal, de ver las cosas. Nos interponen continuamente su techo bajo, con un estrecho tragaluz, cuando lo que deberían verse son cielos despejados. ¡Apartad las telarañas de vuestro camino; limpiad vuestras ventanas! En algunos liceos me comentan que han decidido eliminar el tema de la religión, pero ¿cómo sé yo cuál es su religión y cuándo estoy cerca o lejos de ella? He abordado semejante tema y he hecho lo posible por confesar mi vivencia personal con la religión, y la audiencia nunca ha sospechado de qué hablaba. La conferencia les resultaba tan inofensiva como la luz de la luna. En cambio, si les hubiera leído la biografía de los grandes pícaros de la Historia, habrían pensado que había escrito las vidas de los diáconos de su iglesia. Por lo general, la pregunta es: «¿De dónde viene?» o «¿Adónde va?», pero una vez oí que uno de mis oyentes le planteaba a otro una pregunta mucho más pertinente: «¿A favor de qué es la conferencia?». Me hizo estremecer.

Para ser imparcial, he de confesar que los mejores hombres que conozco no son serenos, no son un mundo en sí mismos. En su mayoría, se obsesionan por las formas y halagan y estudian las apariencias con más perspicacia que el resto. Seleccionamos el granito para apuntalar nuestras casas y graneros, construimos cercas de piedra, pero nosotros no descansamos en puntales de verdad granítica, la roca más primitiva de todas. Nuestros cimientos están podridos. ¿De qué material está hecho el hombre que no coexiste en nuestro pensamiento con la verdad más pura y sutil? A menudo acuso a mis mejores amigos de una inmensa

frivolidad, pues, aunque no caemos en formalidades y cumplidos, no nos damos el uno al otro lecciones de honradez y sinceridad como hacen los animales, ni de firmeza y solidez como hacen las rocas. Sin embargo, la culpa suele ser mutua, porque no acostumbramos a exigir demasiado los unos de los otros.

¡Fijaos qué típico, a la par que superficial, fue ese entusiasmo por Kossuth[5]! Sólo otra especie de política o de baile. Los hombres le dedicaron discursos por todo el país, pero todos expresaban únicamente la idea, o la falta de ideas, de la multitud. No había ni un solo hombre genuino. Se limitaban a hacer piña, como de costumbre: los unos se apoyaban en los otros, y todos juntos en la nada; como los hindúes que hacían descansar el mundo en un elefante, el elefante en una tortuga y la tortuga en una serpiente y no tenían nada que poner bajo la serpiente. Nosotros, como único fruto de toda esa conmoción, tenemos el sombrero de Kossuth.

Sirva este ejemplo para demostrar cuán vacía e inútil es, en su mayor parte, nuestra conversación cotidiana. La superficie topa con la superficie. Cuando nuestra vida deja de ser interior y privada, la conversación degenera en simple cotilleo. Rara vez nos encontramos con alguien que nos cuente alguna noticia que no haya leído en un periódico o que no le haya contado su vecino y, casi siempre, la única diferencia entre nosotros y nuestro semejante es que él ha leído el periódico o ha salido a tomar el té y nosotros no. En proporción al fracaso de nuestra vida interior, vamos con más asiduidad y desesperación a la oficina de correos. Podéis estar seguros de que el pobre diablo que va con el mayor

[5] Luis Kossuth de Kossuth y Udvard (1802-1894) fue un político y patriota noble húngaro. Se caracterizó por ser un ferviente nacionalista, contrario a mantener algunas concesiones a la Casa de Austria y por defender la independencia de Hungría. Sus propósitos independentistas fueron aplastados en 1849 y se vio obligado a exiliarse del país. Kossuth trató de instalarse en el Reino Unido, pero la reina Victoria medió para impedirlo, temerosa de posibles represalias del Continente por dar cobijo a un revolucionario. Posteriormente, se instaló en Estados Unidos. De hecho, un condado de Iowa lleva su nombre.

número de cartas, orgulloso de tan abultada correspondencia, no ha tenido noticias de sí mismo desde hace tiempo.

Yo no sé, pero leer un periódico a la semana me parece ya demasiado. Lo he intentado recientemente y me pareció que durante todo este tiempo no había vivido en mi región natal. El sol, las nubes, la nieve y los árboles no me cuentan tanto. No podéis servir a dos amos[6]. Necesitáis dedicar más de un día a conocer y poseer la riqueza de un día.

Puede que nos avergüence contar las cosas que hemos leído u oído a lo largo del día. No sé por qué mis noticias tienen que ser tan triviales, teniendo en cuenta cuáles son nuestros sueños y expectativas, ni por qué nuestro progreso tiene que ser tan insignificante. La mayoría de las noticias que oímos no aportan nada a nuestro espíritu. Son rancias repeticiones. A menudo nos sentimos tentados de preguntar por qué se da tanto énfasis a tal o cual experiencia que hemos vivido: ¡después de veinticinco años hemos vuelto a encontrarnos con Hobbins, registrador de sucesos, por la calle! ¿Es que acaso no hemos avanzado ni una pulgada? Ésas son las noticias del día. Los sucesos parecen flotar en la atmósfera, insignificantes como las esporas de los hongos, e impactar contra algún *thallus* abandonado o contra la superficie de nuestras mentes, que les proporciona una base sobre la que crecer como parásitos. Deberíamos librarnos de semejantes noticias. ¿Qué consecuencia tendría que nuestro planeta explotara si no hubiera nadie involucrado en la explosión? En nuestro sano juicio, no sentimos la menor curiosidad por semejantes acontecimientos. No vivimos para el divertimento ocioso. Yo no doblaría corriendo la esquina para ver cómo explota el mundo.

Puede que durante todo el verano, y hasta bien entrado el otoño, os hayáis olvidado inconscientemente de los periódicos

[6] Mateo 6, 24: «Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno, y amará al otro; o apreciará al uno, y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas».

y de las noticias y ahora hayáis descubierto que era porque vuestras mañanas y vuestras tardes estaban llenas de ellas. Vuestros paseos estaban llenos de incidentes. No atendíais a los asuntos de Europa, sino a vuestros propios asuntos en los campos de Massachusetts. Si resulta que vivís, os movéis y os encontráis en ese fino estrato en el que transpiran los acontecimientos que generan las noticias —más fino que el papel en el que están impresas—, entonces estas cosas llenarán vuestro mundo, pero si os eleváis por encima de ese plano u os sumergís por debajo de él, ya no las recordaréis, ni ellas a vosotros. Ver realmente cómo sale y se pone el sol cada día, participar en un hecho universal, nos mantendrá cuerdos por siempre jamás. ¡Naciones! ¿Qué son las naciones? ¡Tártaros, hunos y chinos! Pululan como un enjambre de insectos. El historiador lucha en vano por hacerlos memorables. Hay muchos hombres, pero ni uno solo de verdad. Son los individuos los que pueblan el mundo. Cualquier hombre pensante podría decir con el espíritu de Lodin:

Desde las alturas contemplo las naciones
Y se convierten en cenizas ante mí,
Mi morada en las nubes es tranquila,
Placenteros son los grandes campos de mi reposo[7].

Que nos dejen vivir sin ser arrastrados por perros —a la manera de los esquimales— que recorren montañas y valles y se muerden las orejas los unos a los otros.

De vez en cuando suelo advertir, no sin cierto estremecimiento ante el peligro, lo cerca que ha estado mi mente de admitir los detalles de algún asunto trivial, las noticias de la calle, y me

[7] Thoreau copió este poema en su diario a partir de una edición de 1790 de *The Poems of Ossian*, de James Macpherson (1736-1796). Thoreau se refiere al espíritu de Loda, cuyo discurso parafrasea con ligeras variantes.

sorprende observar lo dispuesta que está la gente a abarrotar sus mentes con semejante basura, a permitir que rumores ociosos e incidentes de la mayor insignificancia irrumpan en un terreno que habría de estar consagrado al pensamiento. ¿Debería ser la mente una plaza pública donde se discutieran los asuntos de la calle y los cotilleos de la hora del té o una estancia del propio cielo, un templo hipetro, consagrado al servicio de los dioses? Me resulta tan difícil desechar los pocos hechos que me parecen significativos que vacilo ante la idea de sobrecargar mi mente con aquellos que son insignificantes y que sólo una mente divina podría ilustrar. Tales son, en general, las noticias de los periódicos y las conversaciones. Es importante preservar la castidad de la mente al respecto. ¡Imaginad que admitiéramos los detalles de un solo caso de la sala de lo penal en nuestros pensamientos y profanásemos su mismísimo *sanctum sanctorum* durante una o muchas horas! ¡Que hiciéramos de la estancia más íntima de la mente una auténtica taberna, como si el polvo de la calle nos hubiera invadido durante mucho tiempo, como si la propia calle, con todo su trasiego, su ajetreo y su suciedad, hubiera pasado por el santuario de nuestros pensamientos! ¿No sería eso un suicidio moral e intelectual? Cuando me he visto obligado a sentarme como espectador y oyente en la sala de un tribunal durante horas y he visto que mis vecinos, que no estaban obligados, entraban sigilosamente de vez en cuando andando de puntillas con las manos y las caras lavadas, me ha dado la impresión de que, al quitarse el sombrero, sus orejas se desplegaban de repente hasta formar grandes tolvas auditivas entre las que incluso sus estrechas cabezas se comprimían. Como las aspas de los molinos de viento, captaban las ondas anchas pero superficiales del sonido que, tras unos cuantos giros que producían un cosquilleo en sus cerebros dentados, salía por el otro lado. Me pregunté si, al llegar a casa, pondrían tanto empeño en lavarse las orejas como habían hecho antes con las manos y las caras. En esos momentos me pareció que el público y los testigos, el jurado y el

abogado, el juez y el delincuente en el banquillo —suponiendo que sea culpable antes de ser condenado— eran igual de culpables y que un rayo iba a descender para fulminarlos a todos.

¡Excluid mediante toda clase de trampas y cartelas que amenacen con el castigo último de la ley divina a esos intrusos del único terreno sagrado para vosotros! ¡Resulta tan difícil olvidar lo que no sirve de nada recordar! Si tuviera que ser un cauce, preferiría serlo de los riachuelos de las montañas, de los arroyos parnasos, y no de las alcantarillas de una ciudad. Está la inspiración, ese bisbiseo que llega al oído de una mente atenta desde las cortes celestiales, y está la revelación profana y manida de la taberna y del juzgado de guardia. El mismo oído está capacitado para recibir ambas comunicaciones, pero sólo el carácter del que escucha determina a cuál se abre y a cuál no. Creo que la mente puede quedar permanentemente profanada por el hábito de dar pábulo a asuntos triviales, de modo que todos nuestros pensamientos se vean teñidos de trivialidad. Nuestro propio intelecto debería estar, por así decir, macadamizado, con un buen recebo sobre el firme, para que las ruedas del viaje pasaran sin problema por encima; y, si queréis saber cómo construir un pavimento más duradero, mejor que con cantos rodados, bloques píceos y asfalto, sólo tenéis que examinar algunas de las mentes que se han sometido a este tratamiento durante mucho tiempo.

Si nos hemos profanado a nosotros mismos de ese modo —¿y quién no?—, el remedio será volver a consagrarnos con cautela y devoción y convertir de nuevo la mente en un templo. Deberíamos tratar a nuestras mentes, es decir, a nosotros mismos, como a niños inocentes e ingenuos de los que somos guardianes, y vigilar qué objetos y cuestiones reclaman su atención. No leáis el *Times*. Leed el *Eternidad*[8]. Los convencionalismos son tan malos

[8] Juego de palabras con el nombre del famoso periódico británico *The Times*, cuyo significado literal es «los tiempos».

como las inmoralidades. Incluso los descubrimientos científicos pueden empañar la mente con su aridez, a menos que se borren de algún modo cada mañana o los fertilice el rocío de la verdad fresca y viva. El conocimiento no nos llega mediante detalles, sino a través de destellos de luz procedentes del cielo. Sí, cada pensamiento que pasa por la mente contribuye a desgastarla y desgarrarla y a ahondar los surcos que, como en las calles de Pompeya, dan cuenta del uso que de ellas se hizo. ¡Sobre cuántas cosas deberíamos deliberar para decidir si sería mejor conocerlas, dejar que condujeran sus carretas, incluso al trote o paso más lento, por ese puente glorioso que confiamos atravesar al fin desde el margen más lejano del tiempo hasta la orilla más cercana de la eternidad! ¿Acaso no tenemos cultura, refinamiento? ¿O es que tan sólo disponemos de habilidad para vivir toscamente y servir al diablo, para adquirir un poco de riqueza mundana, o fama, o libertad, y alardear de ella como si fuésemos todo cáscara y concha, sin pulpa viva y tierna? ¿Serán nuestras instituciones como esas castañas que contienen frutos malogrados y que sólo sirven para pincharnos los dedos?

Dicen que América es el campo donde se librará la batalla por la libertad, pero lo cierto es que no puede referirse a libertad en el sentido estrictamente político. Aunque admitamos que el americano se ha librado de un tirano político, sigue siendo esclavo de un tirano económico y moral. Ahora que la república —la *res publica*— se ha consolidado, es hora de prestar atención a la *res privata* —los asuntos privados— y de procurar que, como el Senado romano aconsejaba a sus cónsules, *ne quid res PRIVATA detrimenti caperet*, que los asuntos *privados* no sufran detrimento alguno.

¿Es ésta la que llamamos la tierra de los hombres libres? ¿Qué sentido tiene liberarse del rey Jorge y continuar siendo los esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué sentido tiene nacer libres y no vivir libremente? ¿Cuál es el valor de la libertad política sino el de un

medio para alcanzar la libertad moral? ¿De qué nos jactamos: de nuestra libertad para ser esclavos o de nuestra libertad para ser libres? Somos un país de políticos, preocupados únicamente por la defensa más superficial de la libertad. Con suerte, los hijos de nuestros hijos serán realmente libres. Nos imponemos una carga injusta. Hay una parte de nosotros que no está representada. Es un gravamen sin representación. Alojamos a tropas, a tontos y a ganado de todo tipo. Alojamos a nuestros bastos cuerpos en nuestras pobres almas, hasta que los primeros devoran toda la sustancia de las segundas.

Con respecto a una cultura y una virilidad auténticas, seguimos siendo esencialmente provincianos, no metropolitanos: meros fulanos. Somos provincianos porque no encontramos nuestro modelo en casa; porque no veneramos la verdad, sino el reflejo de la verdad; porque la devoción exclusiva a los negocios, al comercio, a las fábricas, a la agricultura y similares, que no son más que medios, no fines, nos pervierte y nos limita.

El Parlamento inglés también es provinciano. Se traicionan a sí mismos como simples paletos de campo en cuanto se les presenta un asunto más importante que resolver: la cuestión irlandesa, por ejemplo. ¿Por qué no habré dicho «la cuestión inglesa»? Sus naturalezas están condicionadas por aquello en lo que trabajan. Su «buena cuna» sólo respeta aspectos secundarios. Los modales más refinados del mundo se convierten en torpeza y necedad cuando se los compara con una inteligencia superior. Se nos presentan como simples modas del pasado: mera cortesía, jarreteras y calzones estrechos, todos anticuados. Es el vicio, y no la exquisitez de los modales, lo que los despoja de carácter; son ropas o conchas desechadas, que exigen el respeto que pertenecía a la criatura que las habitaba. Se nos muestra la concha en lugar de la carne y no es excusa que, en el caso de ciertos moluscos, las conchas valgan más que la carne. Quien me impone sus modales actúa como si insistiera en mostrarme su

gabinete de curiosidades, cuando lo que yo quiero es verlo a él. No fue en este sentido en el que el poeta Decker llamó a Cristo «el primer caballero de verdad que jamás haya existido»[9]. Repito que, en este sentido, la corte más espléndida de la cristiandad es provinciana, pues sólo tiene autoridad para hacer consultas sobre intereses transalpinos, no sobre los asuntos de Roma. Un pretor o un procónsul bastarían para resolver las cuestiones que absorben la atención del Parlamento inglés y del Congreso americano.

¡Gobierno y legislación! ¡Y yo que creía que ésas eran profesiones respetables! Hemos oído hablar de Numas, Licurgos y Solones celestiales en la historia del mundo, cuyos *nombres* al menos pueden representar a legisladores ideales, pero ¡pensad en lo que supone legislar para *regular* la crianza de esclavos o la exportación de tabaco! ¿Qué tienen que ver los legisladores divinos con la exportación o la importación del tabaco? ¿Y los humanos con la crianza de esclavos? Suponed que tuvierais que plantearle la cuestión a un hijo de Dios cualquiera —¿es que Él no tiene hijos en el siglo XIX? ¿Acaso se trata de una familia extinta? ¿En qué circunstancias la recuperaríais?—: ¿Qué diría de sí mismo el día del Juicio Final un estado como Virginia, cuya principal cosecha, cuya materia prima, ha sido ésa? ¿Qué espacio queda para el patriotismo en semejante estado? Extraigo los datos de las tablas estadísticas que los propios estados han publicado.

¡Un comercio que blanquea los mares en busca de nueces y pasas y que convierte a sus marineros en esclavos con este propósito! El otro día vi un navío que había naufragado; se habían perdido muchas vidas y su cargamento de harapos, nebrinas y almendras amargas andaba desperdigado por la orilla. No me pareció que mereciera la pena tentar los peligros del mar entre

[9] Cita de *The Honest Whore*, comedia jacobina cuya primera parte fue escrita al alimón por Thomas Dekker o Decker (1572-1632) y Thomas Middleton (1580-1627).

Leghorn y Nueva York por un cargamento de nebrinas y almendras amargas. ¡América va al Viejo Mundo en busca de sus frutos amargos! ¿No son ya el piélago y el naufragio autóctonos lo bastante amargos como para hundir en ellos el cáliz de la vida? Y, sin embargo, así es en gran medida nuestro comercio tan cacareado; y quienes se precian de ser estadistas y filósofos están tan ciegos que piensan que el progreso y la civilización dependen precisamente de este tipo de intercambio y actividad, que más bien parece la actividad de las moscas sobrevolando una cuba de melaza. «Sería estupendo que los hombres fueran ostras», observa uno. «Sería estupendo que fueran mosquitos», contesto yo.

El teniente Herndon, a quien nuestro Gobierno envió a explorar el Amazonas, según dicen, para extender el área de la esclavitud, advirtió que allí hacía falta «una población laboriosa y activa que supiese cuáles son las comodidades de la vida y que tuviera necesidades artificiales que les indujeran a extraer los grandes recursos del país». Pero ¿cuáles son esas «necesidades artificiales» que hay que fomentar? Creo que no es el amor a los lujos, como el tabaco y los esclavos de su Virginia natal, ni el hielo, el granito u otras riquezas materiales de nuestra Nueva Inglaterra natal; ni tampoco «los grandes recursos de un país» son la fertilidad o la aridez del suelo que los produce. La principal necesidad que he detectado en cada uno de los estados que he visitado es la de un propósito elevado y serio en sus habitantes. Eso es lo único que extrae «los grandes recursos» de la Naturaleza y, en última instancia, le confiere valor más allá de éstos, pues el hombre se extingue, de manera natural, sin ella. Cuando preferimos la cultura a las patatas y la ilustración a las ciruelas confitadas, los grandes recursos de un mundo son valorados y extraídos, y el resultado, o la materia prima esencial, no son los esclavos ni los obreros, sino los hombres, esos frutos singulares a los que llamamos héroes, santos, poetas, filósofos y redentores.

En resumen, al igual que cuando deja de soplar el viento se forma un cúmulo de nieve, podríamos decir que cuando deja de soplar la verdad, surge una institución, aunque la verdad le sopla encima y finalmente la derriba.

Lo que se da en llamar política es algo tan superficial e inhumano en comparación que en la práctica nunca he reconocido abiertamente que me interese. Veo que los periódicos dedican algunas de sus columnas específicamente a la política o al Gobierno sin cargo alguno, y esto, podríamos decir, es lo único que los salva, pero, como adoro la literatura y, hasta cierto punto, también la verdad, nunca leo esas columnas. No quiero embotar demasiado mi sentido de lo correcto. No he tenido que rendir cuentas por haber leído un solo mensaje del presidente. ¡Qué era tan extraña la de este mundo en la que imperios, reinos y repúblicas vienen a pedir a la puerta de un hombre y le vierten todas sus quejas! No puedo coger un periódico sin descubrir que algún Gobierno desdichado, acorralado y en las últimas, me pide a mí, el lector, que le vote, con mayor insistencia que un mendigo italiano; y, si se me ocurre echar un vistazo a su certificado, redactado, tal vez, por el secretario de un comerciante benévolo o por el patrón del barco que lo trajo, pues no habla ni una palabra de inglés, probablemente leeré algo sobre la erupción de algún Vesubio o el desbordamiento de algún Po, verdadero o falso, que lo redujo a esa condición. En ese caso, no dudo en sugerirle que trabaje o que acuda a un hospicio. O si no, ¿por qué no aguanta su vela, como suelo hacer yo? El pobre presidente, entre preservar su popularidad y cumplir con su deber, está desbordado por completo. Los periódicos son el poder dominante. Cualquier otro Gobierno se reduce a unos cuantos infantes de marina en Fort Independence. Si un hombre descuida su lectura del *Daily Times*, el gobierno se arrodillará ante él, pues ésa es la única traición en nuestro tiempo.

Las cosas que más atraen ahora la atención de los hombres, como la política y la rutina diaria, son, ciertamente, funciones

vitales de la sociedad humana, pero deberían llevarse a cabo de forma inconsciente, como ocurre con las correspondientes funciones fisiológicas del cuerpo. Son *infrahumanas*, una especie de vegetación. A veces las descubro funcionando a mi alrededor en una suerte de semiconsciencia, como quien se percata de ciertos procesos digestivos en un estado mórbido y tiene lo que llaman dispepsia. Es como si un pensador se sometiera a que lo triturase la gran molleja de la Creación. La política es, por así decir, la molleja de la sociedad, llena de gravilla y arena, y los dos partidos políticos son sus dos mitades enfrentadas; a veces se dividen en cuartos y se restriegan entre sí. Por tanto, no sólo los individuos, sino también los estados, han confirmado su dispepsia, que ya podréis imaginar con qué elocuencia se expresa. De modo que en nuestra vida no todo es olvidar, sino también, ¡ay!, en gran medida, recordar aquello de lo que nunca deberíamos haber sido conscientes, al menos no en nuestras horas de vigilia. ¿Por qué no nos reunimos alguna vez, no sólo como dispépticos que se cuentan sus pesadillas, sino como *eupépticos*, para congratularnos los unos a los otros por el glorioso amanecer de cada día? Estoy seguro de que no es una petición desorbitada.

*Desobe-
diencia* es el vigésimo
octavo libro de la colección La
muchacha de dos cabezas. Compuesto en
tipos Dante, se terminó de imprimir en los talle-
res de KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDI-
TORES en octubre de dos mil quince, dos milenios y dos
siglos después de que miles y miles de mujeres romanas,
que ya no ostentaban la docilidad de sus nobles matronas, se
echaran a la calle y cerraran el paso al Foro y a los templos,
acosando con sus razonamientos a los hombres por calles
y plazas, en un clima de evidente insurrección, hasta que
al cabo de unos días el Senado de la República se vio
obligado a derogar por fin la infame Lex Oppia que
prohibía, tanto a las mozas como a las damas, pa-
sear con una mínima cantidad de oro, llevar
vestidos coloridos o conducir ellas
mismas los carros.

